



Oswaldo Soriano



Una antología preparada por el *Salón de Lectura Deportiva*

<https://lastimaanadiemaestro.com/>



SUSCRIBITE

VOS SOS PARTE

ANM



LÁSTIMA A NADIE, MAESTRO

Literatura, historia y política de la pelota



Cuentos incluidos en esta selección:

De *Cuentos de los años felices*:

- El penal más largo del mundo
- Orlando el Sucio
- El Mister Peregrino Fernández
- El hijo de Butch Cassidy
- Final con rojos en Ushuaia
- Últimos días de William Brett Cassidy

De *Piratas, dinosaurios y fantasmas*:

- El pibe de oro
- Mercedes Negrette, millonario
- Centrofóbal
- Aristides Reynoso
- Gallardo Pérez, referí
- Bombero y vendido
- Peregrino Fernández
- Nostalgias
- Casablanca

De *Arqueros, ilusionistas y goleadores*:

- Últimos días del arquero feliz – A un siglo de la invención del penal
- Genevieve
- Don Salvatore, pianista del Colón
- Maradona sí, Galtieri no
- Otoño del `53
- Obdulio Varela – El reposo del centrorojás
- El chango Agüero Schopenhauer y el descenso
- Francisco Xarau y Juan Giannella – El nacimiento de San Lorenzo

- Arístides Reynoso
- Las memorias del Míster Peregrino Fernández
 01. Shoteador
 02. Cabeza de chingolito
 03. Bataclanas
 04. Polizonte
 05. Invierno del 42
 06. Lejos del barrio
 07. El ahorcado huye
 08. El oro del príncipe
 09. Viajes con el general
 10. El alma del guerrero
 11. La misión
 12. Escritor ejemplar
 13. Algunas lecciones

EL PENAL MAS LARGO DEL MUNDO

El penal más fantástico del que yo tenga noticia se tiró en 1958 en un lugar perdido del Valle de Río Negro, un domingo por la tarde en un estadio vacío. Estrella Polar era un club de billares y mesas de baraja, un boliche de borrachos en una calle de tierra que terminaba en la orilla del río. Tenía un equipo de fútbol que participaba en el campeonato del Valle porque los domingos no había otra cosa que hacer y el viento arrastraba la arena de las bardas y el polen de las chacras. Los jugadores siempre eran los mismos o los hermanos de los mismos. Cuando yo tenía quince años ellos tendrían treinta y me parecían viejísimos. Díaz, el arquero, tenía casi cuarenta y el pelo blanco que le caía sobre la frente de indio araucano. En la copa participaban dieciséis clubes y Estrella Polar siempre terminaba más abajo del décimo puesto. Creo que en 1957 habían terminado en el decimotercer lugar y volvían a sus casas cantando, con la camiseta roja bien doblada en el bolso porque era la única que tenían. En 1958 empezaron ganándole uno a cero a Escudo Chileno, otro club de miseria.

A nadie le llamó la atención eso. En cambio, un mes después, cuando habían ganado cuatro partidos seguidos y eran los punteros del torneo, en los doce pueblos del Valle empezó a hablarse de ellos.

Las victorias habían sido por un gol, pero alcanzaban para que Deportivo Belgrano, el eterno campeón, el de Padín, Constante Gauna y el Tata Cardiles, quedara relegado al segundo puesto, un punto más abajo. Se hablaba de Estrella Polar en la escuela, en el ómnibus, en la plaza, pero nadie imaginaba todavía que al terminar el otoño tuvieran 22 puntos contra 21 de los nuestros.

Los terrenos se llenaban para verlos perder de una buena vez. Eran lentos como burros y pesados como; roperos pero marcaban hombre a hombre y gritaban

como marranos cuando no tenían la pelota. El entrenador, un tipo de traje negro, bigotitos finitos, un lunar en la frente y pucho apagado entre los labios, corría junto a la línea de toque y los azuzaba con una vara de mimbre cuando pasaban a su lado. El público se divertía con eso y nosotros, que por ser menores jugábamos los sábados, no nos explicábamos por qué ganaban si eran tan malos. Daban y recibían golpes con tanta lealtad y entusiasmo que terminaban apoyándose unos sobre otros para salir de la cancha mientras la gente les aplaudía el 1 a 0 y les alcanzaba botellas de vino refrescadas en la tierra húmeda. Por las noches celebraban en el prostíbulo de Santa Ana y la Gorda Zulema se quejaba de que se comieran las pocas cosas que guardaba en la heladera. Eran la atracción y en el pueblo se les permitía todo. Los viejos los recogían de los bares cuando tomaban demasiado y se ponían pendencieros; los comerciantes les regalaban algún juguete o caramelos para los chicos y en el cine las novias les consentían caricias por encima de las rodillas. Fuera de su pueblo nadie los tomaba en serio, ni siquiera cuando le ganaron a Atlético San Martín por 2 a 1. En medio de la euforia perdieron como todo el mundo en Barda del Medio y al terminar la primera rueda dejaron el primer puesto cuando Deportivo Belgrano los puso en su lugar con siete goles. Todos creímos, entonces, que la normalidad se había restablecido.

Pero el domingo siguiente ganaron 1 a 0 y siguieron con su letanía de laboriosos, horribles triunfos y llegaron a la primavera con solo un punto menos que el campeón.

El último enfrentamiento fue histórico por el penal. El estadio estaba repleto y los techos de las casas vecinas también y todo el pueblo esperaba que Deportivo Belgrano, de local, repitiera por lo menos los siete goles de la primera rueda. El día era fresco y soleado y las manzanas empezaban a colorearse en los árboles. Estrella Polar trajo más de quinientos hinchas que tomaron la tribuna por asalto y los bomberos tuvieron que sacar las mangueras para que se quedaran quietos.

El arbitro que pitó el penal era Herminio Silva, un epiléptico que vendía rifas en el club local y todo el mundo entendió que se estaba jugando el empleo cuando a

los cuarenta minutos del segundo tiempo estaban uno a uno y todavía no había sancionado la pena máxima por más que los de Deportivo Belgrano se tiraran de cabeza en el área de Estrella Polar y dieran cabriolas y volteretas para impresionarlo. Con el empate el local era campeón y Herminio Silva quería conservar el respeto por sí mismo y no daba el penal porque no había infracción.

Pero a los 42 minutos todos nos quedamos con la boca abierta cuando el puntero izquierdo de Estrella Polar clavó un tiro libre desde muy lejos y puso 2 a 1 al visitante. Entonces sí, Herminio Silva pensó en su empleo y alargó el partido hasta que Padín entró en el área y no bien se le acercó un defensor pitó. Ahí nomás dio un pitazo estridente, aparatoso, y señaló el penal. En ese tiempo el lugar de ejecución no estaba señalado con una marca blanca y había que contar doce pasos de hombre. Herminio Silva no alcanzó siquiera a recoger la pelota porque el lateral derecho de Estrella Polar, el Coló Rivero, lo durmió de un cachetazo en la nariz. Hubo tanta pelea que se hizo de noche y no hubo manera de despejar la cancha ni de despertar a Herminio Silva. El comisario, con la linterna encendida, suspendió el partido y ordenó disparar al aire. Esa noche el comando militar dictó el estado de emergencia, o algo así, y mandó enganchar un tren para expulsar del pueblo a toda persona que no tuviera apariencia de vivir allí.

Según el tribunal de la Liga, que se reunió el martes, faltaban jugarse veinte segundos a partir de la ejecución del tiro penal, y ese match aparte entre Constante Gauna el shoteador, y el Gato Díaz al arco, tendría lugar el domingo siguiente, en el mismo estadio, a puertas cerradas. De manera que el penal duró una semana y fue, si nadie me informa de lo contrario, el más largo de toda la historia.

El miércoles faltamos al colegio y nos fuimos al pueblo vecino a curiosear. El club estaba cerrado y todos los hombres se habían reunido en la cancha, entre las bardas. Formaban una larga cola para patearle penales al Gato Díaz y el entrenador de traje negro y lunar en la frente trataba de explicarles que esa no era la mejor manera de probar al arquero. Al final, todos tiraron su penal y el Gato atajó unos cuantos porque le pateaban con zapatillas y zapatos de calle. Un soldado bajito,

callado, que estaba en la cola, le tiró un puntazo con el borceguí militar y casi arranca la red.

Al caer la tarde volvieron al pueblo, abrieron el club y se pusieron a jugar a las cartas. Díaz se quedó toda la noche sin hablar, tirándose para atrás el pelo blanco y duro hasta que después de comer se puso un palillo en la boca y dijo:

—Constante los tira a la derecha.

—Siempre —dijo el presidente del club.

—Pero él sabe que yo sé.

—Entonces estamos jodidos.

—Sí, pero yo sé que él sabe —dijo el Gato.

—Entonces tírate a la izquierda y listo —dijo uno de que estaban en la mesa.

—No. Él sabe que yo sé que él sabe —dijo el Gato Díaz y se levantó para ir a dormir.

—El Gato está cada vez más raro —dijo el presidente del club cuando lo vio salir pensativo, caminando despacio.

El martes no fue a entrenar y el miércoles tampoco, el jueves, cuando lo encontraron caminando por las vías del tren, estaba hablando solo y lo seguía un perro con el rabo cortado.

—¿Lo vas a atajar? —le preguntó, ansioso, el empleado de la bicicletería.

—No sé. ¿Qué me cambia eso? —preguntó.

—Que nos consagramos todos, Gato. Les tocamos el culo a esos maricones de Belgrano.

—Yo me voy a consagrar cuando la rubia Ferreira me quiera querer —dijo y silbó al perro para volver a su casa.

El viernes, la rubia Ferreira estaba atendiendo la tercería cuando el intendente del pueblo entró con un ramo de flores y una sonrisa ancha como una sandía abierta.

—Esto te lo manda el Gato Díaz y hasta el jueves vos decís que es tu novio. — Pobre tipo —dijo ella con una mueca y ni miró las flores que habían llegado desde Neuquén por el ómnibus de las diez y media.

A la noche fueron juntos al cine. En el entreacto el Gato salió al hall a fumar y la rubia Ferreira se quedó sola en la media luz, con la cartera sobre la falda, leyendo cien veces el programa sin levantar la vista.

El sábado a la tarde el Gato Díaz pidió prestadas dos bicicletas y fueron a pasear a orillas del río. Al caer la tarde la quiso besar pero ella dio vuelta la cara y dijo que el domingo a la noche tal vez, si atajaba el penal, en el baile.

—¿Y yo cómo sé? —dijo él.

—¿Cómo sabes qué?

—Si me tengo que tirar para ese lado.

La rubia Ferreira le tomó una mano y lo llevó hasta donde habían dejado las bicicletas.

—En esta vida nunca se sabe quién engaña a quién —dijo ella.

—¿Y si no lo atajo? —preguntó el Gato.

—Entonces quiere decir que no me querés —respondió dio la rubia, y volvieron al pueblo.

El domingo del penal salieron del club veinte camiones cargados de gente, pero la policía los detuvo a la entrada del pueblo y tuvieron que quedarse a un costado de la ruta, esperando bajo el sol. En aquel tiempo y en aquel lugar no había televisión ni emisoras de radio ni forma de enterarse de lo que ocurría en un

terreno cerrado, de manera que los de Estrella Polar establecieron una posta entre el estadio y la ruta.

El empleado del ciclero subió a un techo desde donde se veía el arco del Gato Díaz y desde allí narraba lo que ocurría a otro muchacho que había quedado en la vereda y que a su vez transmitía a otro que estaba a veinte metros y así hasta que cada detalle llegara a donde esperaban los hinchas de Estrella Polar.

A las tres de la tarde los dos equipos salieron a la cancha vestidos como si fueran a jugar un partido en serio. Herminio Silva tenía un uniforme negro, desteñido pero limpio y cuando todos estuvieron reunidos en el medio de la cancha fue derecho hasta donde estaba el Coló Rivero que le había dado el cachetazo el domingo anterior y lo expulsó de la cancha. Todavía no se había inventado la tarjeta roja y Herminio señalaba la boca del túnel con una mano firme de la que colgaba el silbato. Al fin, la policía sacó a empujones al Coló que quería quedarse a ver el penal. Entonces el arbitro fue hasta el reo con la pelota apretada contra una cadera, contó doce pasos y la puso en su lugar. El Gato Díaz se había peinado a la gomina y la cabeza le brillaba como una cacerola de aluminio.

Nosotros lo veíamos desde el paredón que rodeaba la cancha, justo detrás del arco, y cuando se colocó sobre la raya de cal y empezó a frotarse las manos desnudas empezamos a apostar hacia dónde tiraría Constante Gauna.

En la ruta habían cortado el tránsito y todo el mundo estaba pendiente de ese instante porque hacía diez años que el Deportivo Belgrano no perdía una copa ni un campeonato. También la policía quería saber, así que dejaron que la cadena de relatores se organizara a lo largo de tres kilómetros y las noticias llegaban de boca en boca apenas espaciadas por los sobresaltos de la respiración.

Recién a las tres y media, cuando Herminio Silva consiguió que los dirigentes de los dos clubes, los entrenadores y las fuerzas vivas del pueblo abandonaran la cancha, Constante Gauna se acercó a acomodar la pelota. Era flaco y musculoso y tenía las cejas tan pobladas que parecían cortarle la cara en dos. Había tirado tantas

veces ese penal —contó después—, que volvería a hacerlo a cada instante de su vida, dormido o despierto.

A las cuatro menos cuarto, Herminio Silva se puso a medio camino entre el arco y la pelota, se llevó el silbato a la boca y sopló con todas sus fuerzas. Estaba tan nervioso y el sol le había machacado tanto sobre la nuca que cuando la pelota salió hacia el arco sintió que los ojos se le reviraban y cayó de espaldas echando espuma por la boca. Díaz dio un paso al frente y se tiró a su derecha. La pelota salió dando vueltas hacia el medio del arco y Constante Gauna adivinó enseguida que las piernas del Gato Díaz llegarían justo para desviarla hacia un costado. El Gato pensó en el baile de la noche, en la gloria tardía, en que alguien corriera a tirar la pelota al córner porque había quedado picando en el área.

El petiso Mirabelli llegó primero que nadie y la tiro afuera, contra el alambrado, pero Herminio Silva no podía verlo porque estaba en el suelo, revolcándose con un ataque de epilepsia. Cuando todo Estrella Polar se arrojó sobre el Gato Díaz para festejar, el juez de línea corrió hacia Herminio Silva con la bandera levantada y desde el paredón donde estábamos sentados oímos que gritaba: «¡No vale, no vale!».

La noticia corrió de boca en boca, jubilosa. La atajada del Gato y el desmayo del árbitro. Entonces en la ruta todos abrieron damajuanas de vino y empezaron a celebrar, aunque el «no vale» llegara balbuceado por los mensajeros con una mueca atónita.

Hasta que Herminio Silva no se puso de pie, desencajado por el ataque, no hubo respuesta definitiva. Lo primero que preguntó fue «qué pasó» y cuando se lo contaron sacudió la cabeza y dijo que había que tirar de nuevo porque él no había estado allí y el reglamento señala que el partido no puede jugarse con un árbitro desmayado. Entonces el Gato Díaz apartó a los que querían pegarle al vendedor de rifas de Deportivo Belgrano y dijo que había que apurarse porque esa noche él tenía una cita y una promesa y fue a ponerse otra vez bajo el arco.

Constante Gauna debía tenerse poca fe porque le ofreció el tiro a Padín y solo después fue hacia la pelota mientras el juez de línea ayudaba a Herminio a mantenerse parado. Afuera se escuchaban bocinazos de festejo de los de Deportivo Belgrano y los jugadores de Estrella Polar empezaron a retirarse de la cancha rodeados por la policía.

El pelotazo salió a la izquierda y el Gato Díaz fue para el mismo lado con una elegancia y una seguridad que nunca más volvió a tener. Constante Gauna miró al cielo y se echó a llorar. Nosotros saltamos el paredón y fuimos a mirar de cerca a Díaz, el viejo, que miraba la pelota que tenía entre las manos como si se hubiera sacado la sortija en la calesita.

Dos años más tarde, cuando el Gato era una ruina y yo un joven insolente, me lo encontré otra vez, a doce pasos de distancia y lo vi inmenso, agazapado en puntas de pie, con los dedos abiertos y largos. En una mano llevaba un anillo de matrimonio que no era de la rubia Ferreira sino de la hermana del Coló Rivero, que era tan india y tan vieja como él. Evité mirarlo a los ojos y le cambié la pierna; después tiré de zurda, abajo, sabiendo que no llegaría porque ya estaba muy duro y le pesaba la gloria. Cuando fui a buscar la pelota dentro del arco estaba levantándose como un perro apaleado.

—Bien, pibe —me dijo—. Algún día vas a andar contando por ahí que le hiciste un gol al Gato Díaz, pero nadie te lo va a creer.

ORLANDO EL SUCIO

Orlando el Sucio vino al club como entrenador en 1961. Declaró que nos iba a conducir a la copa de la mano o a las patadas. «Yo soy un ganador nato», nos dijo y se refregó la nariz achatada.

Era petiso, barrigón, de pelo grasiento y tenía tantos bolsillos en la ropa que cuando viajaba no necesitaba equipaje. Después del primer entrenamiento nos llamó uno a uno a todos los del plantel. No sé qué les dijo a los otros, pero a Pancho González y a mí nos llevó a un costado del terreno y nos invitó con caramelos de limón que sacó del bolsillo más pequeño.

—Usted tiene aspecto de no hacerle un gol a nadie —dijo y miró los ojos tristes de Pancho. Orlando tenía las pupilas grises como nubes de tormenta y la barba mal afeitada.

—Para eso está él —le contestó González y me señaló con la cabeza. Pancho era nuestro Pelé, un tipo capaz de arrancarle música a la pelota y si no hacía goles creo que era por temor a que después no le devolvieran la pelota.

—Usted es duro con la derecha, viejo —me dijo a mí—, pero desde mañana empieza a pegarle contra la pared hasta que se le ablande.

Desde entonces me tuvo un mes haciendo rebotar la pelota contra una pared con la pierna más torpe. Había colgado un neumático de coche a un metro del suelo y yo tenía que embocar en el agujero desde veinticinco metros de distancia. A cada rebote corría para recogerla al vuelo otra vez con el mismo pie y así me quedaba, horas y horas. Orlando el Sucio me vigilaba y de tanto en tanto se acercaba a invitarme con un caramelo y decirme que un goleador debe ser preciso como un relojero y ágil como una liebre.

Cuando vio que yo había afinado la puntería, llamó a González y nos reunió en un boliche de mala muerte donde el viento del desierto sacudía la puerta y entraba por las rendijas de las ventanas.

Pedimos vino blanco y queso de las chacras y Orlando revolvió en los bolsillos hasta que encontró un frasco sin etiqueta y una libreta de apuntes. Echó la cabeza hacia atrás, se llenó la nariz con unas gotas amarillentas, respiró hondo con un gesto de disgusto y nos miró como a dos amigos de mucho tiempo.

—No quiero pudrirme en este lugar de mierda —dijo con voz desencantada—. Hay que rajar para Buenos Aires antes de que nos lleve el viento o nos agarre la fiebre amarilla.

González asintió con su cara dulce y se dio por aludido.

—Tengo que tirar más seguido al arco —se disculpó.

—No, usted va a hacer algo más útil. Mire.

Bebió un trago de vino que se le chorreó sobre la camisa, abrió la libreta llena de apuntes a lápiz y se puso a dibujar un arquero con trazo torpe. Lo hizo con gorra pero sin ojos ni nariz ni boca.

—Este es su hombre en el córner —y buscó en otro bolsillo un pañuelo con un nudo—. Usted lo anula y él la manda adentro.

Me estaba señalando con el lápiz. Pancho González puso cara de sorpresa.

—En el área chica no se puede cargar al arquero.

—No, no se trata de eso, hay que darle un pinchazo, nada más.

Al principio no entendimos pero cuando desanudó el pañuelo vimos las espinas de cactus atadas con un hilo azul.

—Aquí, ¿ve? —señaló la silueta del arquero a la altura de las nalgas—. Se quedan duros como estarnas.

Sacó dos espinas, las miró al trasluz y nos alcanzó una a cada uno. González observó la suya con curiosidad y un poco de repugnancia, él, que siempre se marchaba del terreno felicitado por los adversarios.

—Yo no soy ningún criminal —dijo y tiró la espina sobre la mesa. En ese momento el viento hizo temblar las ventanas y los tres quedamos cubiertos de polvo.

Orlando el Sucio hizo una mueca de contrariedad o de desilusión y le puso una mano sobre el brazo:

—Vea, González, usted no le va a marcar un gol a nadie en toda su vida y yo necesito salir de aquí. Si usted no quiere hacerlo, puedo poner a otro. Piénselo. Uno no puede pasarse la existencia con la nariz seca y pagando mujeres en el prostíbulo. Yo tengo un contacto en Boca y si ganamos nos vamos los tres a Buenos Aires. ¿Ustedes ya conocen?

Los dos dijimos que no. Entonces me miró a mí, con sus ojos de tormenta y se tocó la nariz.

—¿Usted sangra fácil? —me preguntó.

Al principio no entendí pero más tarde tomé conciencia de que en esa mesa habíamos empezado a ganar la final que un mes después se jugó dos mil kilómetros más al sur, en Río Gallegos.

—Como todo el mundo —le contesté—. Si me dan un codazo...

—Justamente —dijo—, usted va a recibir un codazo y se va a quedar en el suelo, chorreando sangre. Sin hacer aspaviento, medio desmayado, ¿me sigue?

—La verdad, no.

—En el momento en que yo le haga una seña desde el banco usted se pellizca la nariz hasta que sangre. Hay que hacerlo expulsar al cinco de ellos que es el que lleva la manija.

Después, en la pensión donde él vivía, Orlando el Sucio me revisó la nariz con una linterna, encontró la vena adecuada y me explicó cómo debía hacerlo.

Detestaba ese lugar y si había venido desde Buenos Aires era porque necesitaba algún dinero y andaba detrás de alguien. Por las noches se sentaba solo en el bar mirando el fondo del vaso y dibujaba la silueta de una mujer en las servilletas. La madrugada antes de viajar a Río Gallegos lo encontré en el prostíbulo del pueblo. Estaba sentado en el sillón de la sala de espera de la gitana Natasha, diluido detrás de una lámpara, con el cigarrillo entre los dedos y un paquete de masas sobre las rodillas apretadas.

Al verme puso cara de reproche pero después me convidó con un caramelo de limón y señaló la puerta de la pieza con un gesto.

—¿Usted también cobró?

Le dije que sí.

—Un goleador tiene que cuidarse —dijo y volvió a señalar la puerta de la habitación—. Si usted aprende a pegarle con la derecha nos vamos a llenar de oro.

—Eso ya me lo dijo otro entrenador.

No me oyó. Metió la mano en un bolsillo perdido entre los pliegues de la cazadora y sacó una revista arrugada, abierta en la página donde había una foto de la calle Corrientes en el cruce del Obelisco.

—Mire —me dijo—, aquí tenemos que llegar nosotros. Yo tengo un amigo...

—En Boca —dije.

—Boca —sonrió—. Ese es el primer paso. Después Barcelona o Juventus. Pero para eso hay que manejar las dos piernas y acercarse a algún lugar civilizado donde nos puedan ver.

—¿Por qué odia tanto a este pueblo? —le pregunté.

—Algún día, cuando llegue aquí —señaló la foto de la revista—, se lo voy a contar.

La gitana Natasha abrió la puerta y lo vi darle un beso en la mejilla mientras dejaba el paquete de masas sobre la cama. Afuera el viento levantaba remolinos de arena y hacía rechinar los dientes de las mujeres que esperaban clientes en la puerta. Entré en lo de una flaca muy blanca, de piernas afeitadas, que hablaba todo el tiempo de unos inspectores de higiene que la perseguían y la extorsionaban. Mientras le pagaba vi, abajo del cenicero, la misma revista que tenía Orlando el Sucio, abierta en la misma página.

Al día siguiente salimos para Río Gallegos en un ómnibus al que hubo que empujar en los pantanos y en las subidas. En dos días llegamos a una ciudad cubierta de nieve y fuimos a jugar casi sin descansar, con un frío inolvidable.

Pancho González se puso a pisar la pelota, a hacer amagues, a mover la cintura, a picar y a gambetear hasta que nos mareó a todos. El cinco de ellos no se me acercó demasiado pero igual yo protesté y me quejé varias veces para que el referí lo tuviera bien señalado. Cuando empezó el segundo tiempo pasé a su lado, me pellizqué la vena de la nariz y me tiré al suelo con la camisa bañada en sangre.

El cinco se cansó de explicar que no me había hecho nada. Yo estaba allí en el piso, sangrando como un cordero degollado y a él lo expulsaron de la cancha por juego sucio. Orlando vino a ponerme una pomada para cicatrizar la herida y me dijo que así nunca iríamos al cielo pero que tal vez llegáramos a Chacarita y en una de esas a Boca. Enseguida Pancho González hizo un gol de tiro libre y nos asombró a todos. Después fue goleada y todo anduvo bien hasta que en un córner se produjo un entrevero y González se dejó la espina clavada en un brazo del arquero. El árbitro se enfureció pero como le discutíamos y alguien se atrevió a patearle los tobillos, suspendió el partido y llamó a los gendarmes para que pusieran orden.

Estuvimos tres días refugiados en un cuartel de bomberos y no hubo manera de salir por la carretera donde nos esperaban los hinchas de Río Gallegos. Al

amanecer los gendarmes nos pusieron en un barco de carga y esa fue la única vez que estuve en el mar. Viajamos dos semanas sin camarote, comiendo porquerías, hasta que nos arrojaron en un puerto miserable. Mucho tiempo después nos enteramos de que el partido había sido declarado nulo y que ese año no hubo campeón. Orlando el Sucio ya no estaba con nosotros.

Años más tarde, cuando yo era periodista en Buenos Aires, se apareció en la redacción, ya calvo, pero siempre lleno de bolsillos. Venía a publicitar un método infalible para ganar a la ruleta y me preguntó por qué me había frustrado como goleador.

—No sé, un día el arco se me hizo más chico —le dije.

—A veces pasa —me dijo, y me alcanzó una foto de cuando él era joven. Estaba con la camiseta de Independiente—. Tres cosas marcaron mi vida —explicó—. El día que se me achicó el arco, la noche que perdí cien mil pesos en el casino y la madrugada que se fue la mujer de la que estaba enamorado. Cuando nos conocimos en Leí Sur yo estaba buscando a esa mujer y a alguien que hiciera los goles en mi lugar. Usted no pudo ser por aquel accidente, pero encontré a otro pibe en Mendoza y nos cansamos de ganar finales. ¿Sabe cómo volví a Buenos Aires? ¡Me trajeron en andas!

—¿Encontró a la mujer? —le pregunté.

—No —dijo, y se le ensombreció la mirada—. Siempre hay que resignar algo en la vida. ¿Quiere que le diga una cosa? Usted tenía talento en el área. Es una lástima que haya terminado así, teniendo que escribir tonterías. Seguro que no aprendió a pegarle con la derecha.

—Al menos tengo suerte con las mujeres —mentí. Me miró con una mueca despectiva, sacó un par de caramelos de limón y me pasó uno.

—Ese es un buen consuelo —dijo, y me guiñó un ojo.

EL MISTER PEREGRINO FERNANDEZ

A Peregrino Fernández le decíamos el Mister porque venía de lejos y decía haber jugado y dirigido en Cali, ciudad colombiana que en aquel pueblo de la Patagonia sonaba tan misteriosa y sugerente como Estrasburgo o Estambul.

Después de que nos vio jugar un partido que perdimos 3 a 2 o 4 a 3, no recuerdo bien, me llamó aparte en el entrenamiento y me preguntó:

—¿Cuánto le dan por gol?

—Cincuenta pesos —le dije.

—Bueno, ahora va a ganar más de doscientos —me anunció y a mí el corazón me dio un brinco porque apenas tenía diecisiete años.

—Muy agradecido —le contesté. Ya empezaba a creermelo tan grande como Sanfilippo.

—Sí, pero va a tener que trabajar más —me dijo enseguida—, porque lo voy a poner de back.

—Cómo que me va a poner de back —le dije, creyendo que se trataba de una broma. Yo había jugado toda mi vida de centro-delantero.

—Usted no es muy alto pero cabecea bien —insistió—; el próximo partido juega de back.

—Discúlpeme, nunca jugué en la defensa —dije—. Además, así voy a perder plata.

—Usted suba en el contragolpe y con el cabezazo se va a llenar de oro. Lo que yo necesito es un hombre que se haga respetar atrás. Ese pibe que jugó ayer es un angelito.

El angelito al que se refería era Pedrazzi, que esa temporada llevaba tres expulsiones por juego brusco.

Muchos años después, Juan Carlos Lorenzo me dijo que todos los técnicos que han sobrevivido tienen buena fortuna. Peregrino Fernández no la tenía y era terco como una mula. Armó un equipo novedoso, con tres defensores en zona y otro —yo

— que salía a romper el juego. En ese tiempo eso era revolucionario y empezamos a empatar cero a cero con los mejores y con los peores. Pedrazzi, que jugaba en la última línea, me enseñó a desequilibrar a los delanteros para poder destrozarlos mejor. «¡Tócalo!», me gritaba y yo lo tocaba y después se escuchaba el choque contra Pedrazzi y el grito de dolor. A veces nos expulsaban y yo perdía plata y arruinaba mi carrera de goleador, pero Peregrino Fernández me pronosticaba un futuro en River o en Boca.

Cuando subía a cabecear en los corners o en los tiros libres, me daba cuenta hasta qué punto el arco se ve diferente si uno es delantero o defensor. Aun cuando se esté esperando la pelota en el mismo lugar, el punto de vista es otro. Cuando un defensor pasa al ataque está secretamente atemorizado, piensa que ha dejado la defensa desequilibrada y vaya uno a saber si los relevos están bien hechos. El cabezazo del defensor es rencoroso, artero, desleal. Al menos así lo percibía yo porque no tenía alma de back y una tarde desgraciada se me ocurrió decírselo a Peregrino Fernández.

El Mister me miró con tristeza y me dijo:

—Usted es joven y puede fracasar. Yo no puedo darme ese lujo porque tendría que refugiarme en la selva. Así fue. Al tiempo todos empezaron a jugar igual que nosotros y los mejores volvieron a ser los mejores. Un domingo perdimos 3 a 1 y al siguiente 2 a 0 y después seguimos perdiendo, pero el Mister decía que estábamos ganando experiencia. Yo no encontraba la pelota ni llegaba a tiempo a los cruces y a cada rato andaba por el suelo dando vueltas como un payaso, pero él

decía que la culpa era de los mediocampistas que jugaban como damas de beneficencia. Así los llamaba: damas de beneficencia. Cuando perdimos el clásico del pueblo por 3 a 0 la gente nos quiso matar y los bomberos tuvieron que entrar a la cancha para defendernos.

Peregrino Fernández desapareció de un día para otro, pero antes de irse dejó un mensaje escrito en la pizarra con una letra torpe y mal hilvanada: «Cuando Soriano esté en un equipo donde no haya tantos tarados va a ser un crack». Más abajo, en caligrafía pequeña, repetía que Pedrazzi era un angelito sin futuro.

Yo era su criatura, su creación imaginaria, y se refugió en la selva o en la cordillera antes de admitir que se había equivocado.

No volví a tener noticias de él pero estoy seguro de que con los años, al no verme en algún club grande, debe haber pensado que mi fracaso se debió, simplemente, a que nunca volví a jugar de back. Pero lo que más le debe haber dolido fue saber que Pedrazzi llegó a jugar en el Torino y fue uno de los mejores zagueros centrales de Europa.

EL HIJO DE BUTCH CASSIDY

El Mundial de 1942 no figura en ningún libro de historia pero se jugó en la Patagonia argentina sin sponsors ni periodistas y en la final ocurrieron cosas tan extrañas como que se jugó sin descanso durante un día y una noche, los arcos y la pelota desaparecieron y el temerario hijo de Butch Cassidy despojó a Italia de todos sus títulos.

Mi tío Casimiro, que nunca había visto de cerca una pelota de fútbol, fue juez de línea en la final y años más tarde escribió unas memorias fantásticas, llenas de desaciertos históricos y de insanias ahora irremediables por falta de mejores testigos.

La guerra en Europa había interrumpido los mundiales. Los dos últimos, en 1934 y 1938, los había ganado Italia y los obreros piamonteses y emilianos que construían la represa de Barda del Medio en la Argentina y las rutas de Villarrica en Chile se sentían campeones para siempre. Entre los obreros que trabajaban de sol a sol también había indios mapuches conocidos por sus artes de ilusionismo y magia y sobre todo europeos escapados de la guerra. Había españoles que monopolizaban los almacenes de comida, italianos de Genova, Calabria y Sicilia, polacos, franceses, algunos ingleses que alargaban los ferrocarriles de Su Majestad, unos pocos guaraníes del Paraguay y los argentinos que avanzaban hacia la lejana Tierra del Fuego. Todos estaban allí porque aún no había llegado el telégrafo y se sentían a salvo del terrible mundo donde habían nacido.

Hacia abril, cuando bajó el calor y se calmó el viento del desierto, llegaron sorpresivamente los electrotécnicos del Tercer Reich que instalaban la primera línea de teléfonos del Pacífico al Atlántico. Con ellos traían una punta del cable que inauguraba la era de las comunicaciones y la primera pelota del mundo a válvula

automática que decían haber inventado en Hamburgo. Luego de mostrarla en el patio del corralón para admiración de todos desafiaron a quien se animara a jugarles un partido internacional. Un ingeniero de nombre Celedonio Sosa, que venía de Balvanera, aceptó el reto en nombre de toda la nación argentina y formó un equipo de vagos y borrachos que volvían decepcionados de buscar oro en las hondonadas de la Cordillera de los Andes.

El atrevimiento fue catastrófico para los argentinos que perdieron 6 a 1 con un pésimo arbitraje del William Brett Cassidy, que se decía hijo natural del cowboy Butch Cassidy que antes de morir acribillado en Bolivia vivió muchos años en las estancias de la Patagonia con el Sundance Kid y Edna, la amante de los dos.

No bien advirtieron la diversidad de países y razas representados en ese rincón de la tierra, los alemanes lanzaron la idea de un campeonato mundial que debía eternizar con la primera llamada telefónica su paso civilizador por aquellos confines del planeta. El primer problema para los organizadores fue que los italianos antifascistas se negaban a poner en juego su condición de campeones porque eso implicaba reconocer los títulos conseguidos por los profesionales del régimen de Mussolini.

Algunos irresponsables, ganados por la curiosidad de patear una pelota completamente redonda y sin tiento, se dejaban apabullar por los alemanes a la caída del sol mientras la línea del teléfono avanzaba por la cordillera hacia las obras del dique: un combinado de almaceneros gallegos e intelectuales franceses perdió por 7 a 0 y un equipo de curas polacos y desarraigados guaraníes cayó por 5 a 0 en una cancha improvisada al borde del río Limay.

Nadie recordaba bien las reglas del juego ni cuánto tiempo debía jugarse ni las dimensiones del terreno, de manera que lo único prohibido era tocar la pelota con las manos y golpear en la cabeza a los jugadores caídos. Cualquier persona con criterio para juzgar esas dos infracciones podía ser el árbitro y así fue como mi tío y

el hijo de Butch Cassidy se hicieron famosos y respetables hasta que por fin llegó el teléfono.

Hubo un momento en que la posición principista de los italianos se volvió insostenible. ¿Cómo seguir proclamándose campeones de una Copa que ni siquiera reconocían cuando los alemanes goleaban a quien se les pusiera adelante? ¿Podían seguir soportando las pullas y las bromas de los visitantes que los acusaban de no atreverse a jugar por temor a la humillación?

En mayo, cuando empezaron las lloviznas, el capataz calabrés Giorgio Casciolo advirtió que con la arena mojada la pelota empezaba a rebotar para cualquier parte y que los enviados del Führer, que ya probaban el teléfono en secreto y abusaban de la cerveza, no las tenían todas consigo. En un nuevo partido contra los guaraníes el resultado, luego de dos horas de juego sin descanso fue apenas de 5 a 2. En otro, los ingleses que colocaban las vías del ferrocarril se pusieron 4 goles a 5 cuando se hizo de noche y los alemanes argumentaron que había que guardar la pelota para que no se perdiera entre los espesos matorrales. A fin de mes los pescadores del Limay, que eran casi todos chilenos, perdieron por 4 a 2 porque William Brett Cassidy concedió dos penales a favor de los alemanes por manos cometidas muy lejos del arco.

Una noche de juerga en el prostíbulo de Zapala mientras un ingeniero de Baden-Baden trataba de captar noticias sobre el frente ruso en la radio de la señora Fanny-La-Joly, un anarquista genovés de nombre Mandril al que le habían robado los pantalones se puso a vivir al proletariado de Barda del Medio y salió a los pasillos a gritar que ni los alemanes ni los rusos eran invencibles. En el lugar no había ningún ruso que pudiera darse por aludido, pero el ingeniero alemán dio un salto, levanté, el brazo y aceptó el desafío. El capataz Casciolo, que estaba en una habitación vecina con los pantalones puestos, escuchó la discusión y temió que la Copa de 1938 empezara a alejarse para siempre de Italia.

A la madrugada, mientras regresaban a Barda del Medio a bordo de un Ford A, los italianos decidieron jugarse el título y defenderlo con todo el honor que fuera posible en ese tiempo y en ese lugar. Solo cinco o seis de ellos habían jugado alguna vez al fútbol pero uno, el anarquista Mancini, había pasado su infancia en un colegio de curas en el que le enseñaron a correr con una pelota pegada a los pies.

Al día siguiente la noticia corrió por todos los andamios de la obra gigantesca: los campeones del mundo aceptaban poner en juego su Copa. Los mapuches no sabían de qué se trataba pero creían que la Copa poseía los secretos de los blancos que los habían diezmado en las guerras de conquista. Los ingleses lamentaban que sus enemigos alemanes se quedaran con la gloria de aquel torneo fugaz; los argentinos esperaban que el gobierno los sacara de aquel infierno de calor y de arena y en secreto tramaban un sistema defensivo para impedir otra goleada alemana. Los guaraníes habían hecho la guerra por el petróleo con Bolivia y estaban acostumbrados a los rigores del desierto aunque no tenían más de tres o cuatro hombres que conocieran una pelota de fútbol. También formaron equipos los curas y obreros polacos, los intelectuales franceses y los almaceneros españoles. Los franceses no eran suficientes y para completar los once pidieron autorización para incorporar a tres pescadores chilenos.

Los alemanes insistieron en que todo se hiciera de acuerdo con las reglas que ellos creían recordar: había que sortear tres grupos y se jugaría en los lugares adonde llegaría el teléfono para llamar a Berlín y dar la noticia. William Brett Cassidy insistió en que los árbitros fueran autorizados a llevar un revólver para hacer respetar su autoridad y como la mayoría de los jugadores entraban a la cancha borrachos y a veces armados de cuchillos, se aprobó la iniciativa.

Se limpiaron a machetazos tres terrenos de cien metros y como nadie recordaba las medidas de los arcos se los hizo de diez metros de ancho y dos de altura. No había redes para contener la pelota pero tanto Cassidy como mi tío Casimiro, que officiarían de árbitros, se manifestaron capaces de medir con un golpe de vista si la pelota pasaba por adentro o por afuera del rectángulo.

El sorteo de las sedes y los partidos se hizo con sistema de la paja más corta. La inauguración, en Barda del Medio, quedó para la Italia campeona y el aguerrido equipo de los guaraníes. Al otro lado del río, en Villa Centenario, jugaron alemanes, franceses y argentinos sobre la ruta de tierra, cerca del prostíbulo, se enfrentaron españoles, ingleses y mapuches.

En todos los partidos hubo incidentes de arma blanca y las obras del dique tuvieron que suspenderse, por los graves rebrotes de nacionalismo que provocaba el campeonato. En la inauguración Italia les ganó 4 a 1 a los guaraníes que no tenían otra bandera que la del Paraguay. En las otras canchas salieron vencedores los alemanes contra los franceses y los indios mapuches se llevaron por delante a los ingleses y a los almaceneros españoles por cinco o seis goles de diferencia.

Los dos primeros heridos fueron guaraníes que no acataron las decisiones de Cassidy. El referí tuvo que emprenderla a culatazos para hacer ejecutar un penal en favor de Italia. Al otro lado del río mi tío Casimiro tuvo que disparar contra un delantero mapuche que se guardó la pelota abajo de la camisa y empezó a correr como loco hacia el arco británico en el segundo partido de la serie, Los mapuches tuvieron dos o tres bajas pero ganaron la zona porque los británicos se empecinaron en un fair play digno de los terrenos de Cambridge.

La memoria escrita por mi tío flaquea y tal vez confunde aquellos acontecimientos olvidados. Cuenta que hubo tres finalistas: Alemania, Italia y los mapuches sin patria. La bandera del Tercer Reich flameó más alta que las otras durante todo el campeonato sobre las obras del dique pero por las noches alguien le disparaba salvas de escopeta. William Brett Cassidy permitió que los alemanes eliminaran a la Argentina gracias a la expulsión de sus dos mejores defensores. Es verdad que el arquero cordobés se defendía a piedrazos cuando los alemanes se acercaban al arco, pero ese era un recurso que usaban todos los defensores cuando estaban en peligro. Antes de cada partido los hinchas acumulaban pilas de cascotes detrás de cada arco y al final de los enfrentamientos, una vez retirados los heridos, se juntaban también las piedras que quedaban dentro del terreno.

En la semifinal ocurrieron algunas anormalidades que Cassidy no pudo controlar. Los alemanes se presentaron con cascos para protegerse las cabezas y algunos llevaban alfileres casi invisibles para utilizar en los amontonamientos. Los italianos quemaron un emblema fascista y entonaron a Verdi pero entraron a la cancha escondiendo puñados de pimienta colorada para arrojar a los ojos de sus adversarios.

Cassidy quiso darle relieve al acontecimiento y sorteó los arcos con un dólar de oro, pero no bien la moneda cayó al suelo alguien se la robó y ahí se produjo el primer revuelo. El capitán alemán acusó de ladrón y de comunista a un cocinero italiano que por las noches leía a Lenin encerrado en una letrina del corralón. En aquel lugar nada estaba prohibido, pero los rusos eran mal vistos por casi todos y el cocinero fue expulsado de la cancha por rebelión y lecturas contagiosas. Antes de dar por iniciado el partido, Cassidy lanzó una arenga bastante dura sobre el peligro de mezclar el fútbol con la política y después se retiró a mirar el partido desde un montículo de arena, a un costado de la cancha.

Como no tenía silbato y las cosas se presentaban difíciles, él solo bajaba de la colina revólver en mano para apartar a los jugadores que se trezaban a golpes. Cassidy disparaba al aire y aunque algunos espectadores escondidos entre los matorrales le respondían con salvas de escopeta, el testimonio de mi tío asegura que afrontó las tres horas de juego con un coraje digno de la memoria de su padre.

Cassidy hizo durar el juego tanto tiempo porque los italianos resistían con bravura y mucho polvo de pimienta el ataque alemán y en los contragolpes el anarquista Mancini se escapaba como una anguila entre los defensores demasiado adelantados. Hubo momentos en que Italia, que jugaba con un hombre menos, estuvo arriba 2 a 1 y 3 a 2 pero a la caída del sol alguien le devolvió a Cassidy su dólar de oro en una tabaquera donde había por lo menos veinte monedas más. Entonces el hijo de Butch Cassidy decidió entrar al terreno y poner las cosas en orden.

En un córner, Mancini fue a buscar la pelota de cabeza pero un defensor alemán le pinchó el cuello con un alfiler y cuando el italiano fue a protestar, Cassidy le puso el revólver en la cabeza y lo expulsó sin más trámite. Luego, cuando descubrió que los italianos usaban pimienta colorada para alejar a los delanteros rivales detuvo el juego y sancionó tres penales en favor de los alemanes. El capataz Casciolo, furioso por tanta parcialidad, se interpuso entre el arquero y el hombre que iba a tirar los penales pero Cassidy volvió a cargar el revólver y lo hirió en un pie. Un ingeniero prusiano bastante tímido, que había jugado todo el partido recitando el Eclesiastés, se puso los anteojos para ejecutar los penales (Cassidy había contado solo nueve pasos de distancia) y anotó dos goles. Enseguida el hijo de Butch Cassidy dio por terminado el partido y así se le escapó a Italia la Copa que había ganado en 1934 y 1938.

Los alemanes se fueron a festejar al prostíbulo y ni siquiera imaginaron que los mapuches bajados de los Andes pudieran ganarles la final como ocurrió tres días más tarde, un domingo gris que la historia no recuerda. Ese día el teléfono empezó a funcionar y a las tres de la tarde Berlín respondió a la primera llamada desde la Patagonia. Toda la comarca fue a la cancha a ver el partido y el flamante teléfono negro traído por los alemanes. Un regimiento basado en la frontera con Chile envió su mejor tropa para tocar los himnos nacionales y custodiar el orden pero los mapuches no tenían país reconocido ni música escrita y ejecutaron una danza que invocaba el auxilio de sus dioses.

Mi tío, que ofició de juez de línea, anota en su memoria que a poco de comenzado el partido aparecieron bailando sobre las colinas unas mujeres de pecho desnudo y enseguida empezó a llover y a caer granizo. En medio de la tormenta y las piedras Cassidy pensó en suspender el partido, pero los alemanes ya habían anunciado la victoria por teléfono y se negaron a postergar el acontecimiento. Pronto la cancha se convirtió en un pantano y los jugadores se embarraron hasta hacerse irreconocibles. Después, sin que nadie se diera cuenta, los arcos desaparecieron y por más que se jugó sin parar hasta la hora de la cena ya no había

dónde convertir los goles. A medianoche cuando la lluvia arreciaba, Cassidy detuvo el juego y conferenció con mi tío para aclarar la situación. Los alemanes dijeron haber visto unas mujeres que se llevaban los postes y de inmediato el árbitro otorgó seis penales de castigo contra los mapuches pero nadie encontró los arcos para poder tirarlos. Una partida del ejército salió a buscarlos, pero nunca más se supo de ella. El juego tuvo que seguir en plena oscuridad porque Berlín reclamaba el resultado, pero ya ni siquiera había pelota y al amanecer todos corrían detrás de una ilusión que picaba aquí o allá, según lo quisieran unos u otros.

A la salida del sol el teléfono sonó en medio del desierto y todo el mundo se detuvo a escuchar. El ingeniero jefe pidió a Cassidy que detuviera el juego por unos instantes pero fue inútil: los mapuches seguían corriendo, saltando y arrojándose al suelo como si todavía hubiera una pelota. Los alemanes, curiosos o inquietos pero seguramente agotados, fueron a descolgar el teléfono y escucharon la voz de su Führer que iniciaba un discurso en alguna parte de la patria lejana. Nadie más se movió entonces y el susurro alborotado del teléfono corrió por todo el terreno en aquel primer Mundial de la era de las comunicaciones.

En ese momento de quietud uno de los arcos apareció de pronto en lo alto de una colina, a la vista de todos, y las mujeres reanudaron su danza sin música. Una de ellas, la más gorda y coloreada de fiesta, fue al encuentro de la pelota que caía de muy alto, de cualquier parte, y con una caricia de la cabeza la dejó dormida frente a los palos para que un bailarín descalzo que reía a carcajadas la empujara derecho al gol.

William Brett Cassidy anuló la jugada a balazos pero en su memoria alucinada mi tío dio el gol como válido. Lástima que olvidó anotar otros detalles y el nombre de aquel alegre goleador de los mapuches.

FINAL CON ROJOS EN USHUAIA

El hijo de Butch Cassidy no conoció a su padre pero la leyenda del cowboy le pesó toda la vida. Al muchacho le hubiera gustado estudiar filosofía pero todos querían verlo con un revólver a la cintura, igual que su padre. Si luego William Brett se convirtió en uno de los árbitros más temibles que el fútbol haya tenido en todos los tiempos, eso fue fruto del azar y de la rapidez con que desenfundaba el revólver.

Cuando en 1942 le tocó arbitrar el Mundial que ganaron los indios mapuches, la justicia argentina lo buscaba por dos asesinatos y varios asaltos a los bancos de la provincia de Santa Cruz. Al otro lado de la Cordillera de los Andes los chilenos le reprochaban haberse llevado todo el oro de Villarrica y secuestrado a las dos mujeres más hermosas de la comarca. Pero así como su padre, la hermosa Edna y el Sundance Kid habían robado mil trenes y bancos en la Patagonia, William Brett andaba por el mundo siempre solo y desamparado.

Llevaba una vida errante y soñaba con llegar un día a las praderas de Texas y Arizona donde su padre se había hecho fama de ladrón inapresable. A todos les decía que era norteamericano y en las conversaciones fingía un inglés de cinematógrafo aunque había nacido en una estancia y era desertor del ejército argentino.

Nadie lo conocía más allá de los desiertos de la Patagonia hasta que dirigió el olvidado Mundial del 42 y tuvo que escapar hacia el norte para no caer en manos de los alemanes despechados por la derrota. Así se hizo cowboy y arbitro de fútbol e iba de pueblo en pueblo —siempre en dirección de la lejana Arizona— ganándose la vida en partidos legendarios que se jugaban solo para que él los dirigiera.

La gente de esos parajes lo creía ecuánime porque llevaba una bolsa llena de libros y en los partidos nunca expulsaba a un jugador sin presentarle excusas aun si después le disparaba un balazo a los pies. Iba a caballo por los caminos de tierra y conocía a todos los viajantes de comercio y a los aventureros que recorrían la región, incluso los que se hacían pasar por Jesucristo resucitado. Aparte de los que se veían en las películas, Cassidy era el único cowboy en un país de gauchos. Eso le granjeaba algunas simpatías y el odio de todos los comisarios de policía que soñaban con arrastrar su cadáver hasta Buenos Aires para ganarse un ascenso.

Una noche del invierno de 1943, Cassidy estaba durmiendo en el prostíbulo de Mendoza en la cama de la señora Brigitte La Tempete, cuando lo sorprendió un espantoso dolor de muelas. Era la primera vez que le ocurría y pensó que esa tortura era una señal de que el destino empezaba a jugarle en contra. Tal fue su desesperación que empezó a correr por el prostíbulo disparando al techo y dándose la cabeza contra las paredes. Las pupilas más novatas pensaron que se trataba de un cliente descontento e intentaron hacerlo entrar en razón a botellazos, pero Cassidy siguió a los balazos hasta que se topó con un profesor llamado Sandro Folcini, que lo desmayó de un ladrillazo. Al despertar, el cowboy le señaló la muela que lo atormentaba y como allí no había dentista ni barbero, el profesor pidió una pinza de mecánico y le arrancó todas las muelas del lado dolorido.

El hijo de Butch Cassidy le quedó agradecido por el resto de su vida y la amistad de los dos hombres no se alteró ni siquiera cuando el cowboy se enteró, escuchando a través de la puerta, de que el profesor Folcini era un enviado de los comunistas italianos para organizar el frente popular antifascista en las estancias de la Patagonia. William Brett no tenía la menor idea de lo que era la Tercera Internacional pero de inmediato la relacionó con algún campeonato de fútbol jugado o a jugarse y esa noche mientras vaciaba unas cuantas botellas con el profesor se ofreció para dirigir la final cualquiera fuese el lugar donde se jugara.

Folcini, que venía de Cerdeña, tenía serios problemas con los socialistas que en la isla de Tierra del Fuego se habían aliado con radicales y conservadores y no

aceptaban el pacto de unidad propuesto por los comunistas. Naturalmente, no podía expresárselo a Cassidy en esos términos, de modo que siguió la lógica futbolística de su amigo y mientras se bañaba en una palangana le trazó un cuadro de relación de fuerzas que incluía equipos imaginarios, jugadores díscolos, transferencias inesperadas, algunos cambios de camiseta y varios arbitrajes nefastos.

William Brett Cassidy creyó comprender el problema y propuso un partido pacificador en el cual el perdedor tendría que aceptar la unidad con el que consiguiera la victoria. El profesor Folcini advirtió entonces que Cassidy no era tan imbécil como le había parecido hasta entonces y corrió al telégrafo para transmitir esa propuesta a los socialistas de Tierra del Fuego.

Al regresar encontró al cowboy sumido en una honda depresión: su sueño de llegar a Arizona, o al menos a Texas, se alejaba cada vez más porque esas tierras quedaban diez mil kilómetros más al norte y el partido que acababa de proponer debía jugarse en el extremo sur del continente. Folcini comprendió la congoja de su amigo, que ignoraba las miserias del american way of Life, y en nombre del futuro Frente Popular de la Patagonia le aseguró que después del partido le costearía un pasaje a Nueva York en el primer barco que pasara por el Estrecho de Magallanes.

Los socialistas no eran tan ingenuos como para caer en la trampa del hijo de Butch Cassidy y si hasta entonces habían rechazado la unidad era solo por precaución y orgullo. La propuesta del profesor Folcini les pareció ecuaníme y cualquiera fuese el resultado del partido la unidad les daría un respiro para reponerse de la ruidosa agitación de los comunistas. De manera que enseguida se dieron a la tarea de formar un equipo con lo mejor de las fuerzas democráticas de la isla.

Los radicales propusieron tres jugadores de menos de cincuenta años e insistieron en formar un medio campo sólido, que les evitara las malas sorpresas. Los conservadores juzgaron que lo mejor sería el juego defensivo, con cinco

hombres en línea y por lo menos uno que los respaldara. Los socialistas, en cambio, querían un sistema cautelosamente progresivo, con un delantero (el doctor González, un abogado miope pero bastante ágil cuando practicaba esgrima) y por lo menos un mediocampista que pudiera pasar al ataque si las cosas se presentaban bien. El mayor problema surgió a la hora de buscar un zurdo, alguien que pudiera atacar por la izquierda hasta la línea de fondo y lanzar los centros que debía recoger el abogado González.

Folcini y Cassidy tardaron un mes en llegar por ferrocarril y por barco hasta la Tierra del Fuego. En el trayecto acordaron que el arbitraje sería riguroso y neutral pero Cassidy se negó terminantemente a deponer el arma que llevaba a la cintura. Los marineros británicos intentaron enseñarle algunas reglas de fútbol que él no conocía, pero no consiguieron hacerle entender la del fuera de juego. Por las noches, mientras imaginaba las Montañas de Arizona y los calientes desiertos de Texas, el cowboy leía a Spinoza y a Hegel y de esas lecturas recogió algunas experiencias que luego lo pusieron mil veces en peligro.

El profesor Folcini no conocía a sus jugadores porque casi todos vivían en la clandestinidad, pero había diseñado una estrategia de juego ofensivo que le parecía digna del discurso leninista.

El problema era que para eso hacían falta cinco delanteros. El profesor había jugado en Cerdeña pero jamás había visto cinco atacantes juntos. En sus equipos los curas ponían uno solo y si los fascistas alguna vez habían usado dos lo hacían por pura prepotencia, sin ningún sentido de conjunto. Desde alta mar Folcini envió a los suyos un mensaje cifrado para que buscaran a todos los delanteros fieles a la causa que se pudieran hallar en aquellos parajes de hielo y de viento. Así fue como, entusiasmados por la fiebre del fútbol, los cinco hermanos Moretti entraron al primer Partido Comunista de la Patagonia y tuvieron por el resto de su vida al ejército y la policía mordiéndoles los talones.

Dos de los Moretti, Darío y Carlos, eran bibliotecarios en la parte chilena de la isla; los otros tres, Lucas, Manuel y Lorenzo, eran maestros de escuela e ignoraban cómo debía jugarse sobre el hielo. Darío, el mayor, tenía cuarenta y cinco años y ya estaba bastante achacoso, pero los otros todavía podían correr una hora seguida antes de sufrir los primeros calambres.

Cassidy releyó a Hegel e hizo veinte veces el camino entre la sede de los socialistas y el escondite de los comunistas. Por las noches se torturaba el alma para disipar la tentación de tomar partido por los unos o por los otros. No podía olvidar que el profesor Folcini le había arrancado aquel terrible dolor de muelas, pero cuando los comunistas se ponían a teorizar sobre la injusticia en las reglas del fútbol el cowboy se alteraba y perdía el rumbo.

Como las dos partes se decían internacionalistas, Cassidy decidió construir la cancha en la misma frontera: entre la Argentina y Chile. El partido se jugó un domingo por la tarde ante un público heterogéneo de familias; nómades e indios mapuches que festejaban todavía su título mundial de 1942. Antes de disparar el balazo inicial, Cassidy palpó de armas a todos los jugadores y amonestó a Lorenzo Moretti por esconder una petaca de whisky en la cintura del pantalón. El final del partido se fijó a la puesta del sol y los incidentes más serios fueron provocados por un grupo de indios tehuelches que surgieron de un bosque cercano dando vivas a León Trotsky cuando el partido estaba empatado en cuatro goles.

Como en ese tiempo no existían las tarjetas de amonestación y expulsión, a cada fallo discutido Cassidy sacaba la Ética y se sentaba en el medio de la cancha a explicarles a los jugadores las definiciones de Spinoza sobre el amor, el orgullo, la envidia y los celos. Eso provocaba largas demoras porque los socialistas y los comunistas, abrumados por las citas de Cassidy, acudían para replicarle con los prohibidísimos textos de Marx, Engels y Lenin.

Fue inevitable que el porcentaje de juego real, que ahora se mide por cronómetro y computadora para divertimento de la televisión, resultara bastante

bajo y los intelectuales de los dos equipos, un poco desbordados por los acontecimientos, tuvieran el tiempo suficiente para recuperarse y elaborar algunas hipótesis de trabajo que les permitieran aguantar la fatiga hasta el final.

En el momento que llegaron los trotskistas tehuelches, los mapuches empezaron a danzar para invocar a sus dioses y el partido volvió a interrumpirse porque tanto socialistas como comunistas sintieron la necesidad de repudiar el extremismo de unos y el populismo de los otros. Para entonces el profesor Folcini había errado un penal porque ignoraba que a la pelota hay que pegarle con el empeine y no con la punta del pie y su tiro fue a parar a la copa del árbol más alto. Los mapuches campeones, obligados a abandonar sus danzas, se reían a más no poder de aquellos intelectuales que pateaban una pelota por primera vez en su vida; los tehuelches, en cambio, improvisaban cánticos que descalificaban por igual a stalinistas y socialdemócratas mientras Cassidy tenía serias dificultades para distinguir entre las camisas rojas de un equipo y las rosadas del otro.

El sol había bajado sobre los cerros cuando con el marcador 7 a 7 Darío Moretti quiso alejar la pelota de cabeza pero tuvo la desgracia de batir su propia valla. Esa acción desafortunada provocó un inmediato y descalificador cólico intestinal al arquero vencido, que era también el tesorero del Partido, y como dos de los radicales que vestían la camiseta socialista se pusieron a hacer consideraciones que afectaban el honor del enfermo, Cassidy los expulsó de inmediato.

No fueron esas las únicas expulsiones del partido. Antes Cassidy había echado a dos de los Moretti por insubordinación y muy a su pesar había tenido que amonestar al profesor Folcini que se bajó los pantalones para repudiar la acción desleal de los conservadores que durante las lecturas doctrinarias de los rojos habían aprovechado para correr los postes y achicar el arco que defendían. Del otro lado, uno de los bibliotecarios Moretti había aprovechado un córner para robarle los anteojos al abogado González que era el atacante más peligroso de los socialistas. Desde entonces, cada vez que tomaba la pelota, González corría en

cualquier dirección fuera de la cancha y dos o tres veces los mapuches tuvieron que ir a sacarlo de las aguas del lago o de los espinillos del bosque para recuperar la pelota.

Los socialistas mantenían un gol de diferencia y por consejo de radicales y conservadores se habían atrincherado en una defensa cerrada en torno del arco. Faltaban pocos segundos para que todo terminara cuando el árbitro temió que la derrota de los comunistas le hiciera olvidar al profesor Folcini la promesa de subirlo a un barco que lo llevaría a Norteamérica. Entonces recordó las consideraciones de Spinoza sobre la congoja y el placer y no bien vio que uno de los socialistas desviaba la pelota con una mano disparó un balazo al aire y cobró el penal con un gesto aparatoso y muy aplaudido por el público.

Todos se quedaron mirándolo incrédulos porque el único resultado que no servía para sellar la unidad antifascista era el empate. El propio Cassidy había propuesto al profesor Folcini la fórmula del triunfo o la derrota para terminar con las disputas y por eso los comunistas no se habían esforzado para remontar el resultado.

Mientras Cassidy medía a pasos largos los once metros reglamentarios, todos los jugadores que quedaban en la cancha lo miraban con asombro. El arco socialista había sido achicado tantas veces que apenas había lugar para que entrara la pelota, pero también en eso Cassidy mostró una autoridad y una honestidad dignas de sus lecturas. Antes de que Lorenzo Moretti se acomodara para tirar el penal, el hombre que soñaba con Texas y Arizona les pidió a los espectadores mapuches y tehuelches que pusieran los postes en el lugar en que debían estar. Eso provocó el penúltimo disturbio de aquel domingo: los tehuelches llamaron a una asamblea para saber si el finado Trotsky hubiera aprobado que ellos se inmiscuyeran en los asuntos de la Tercera Internacional en lugar de ocuparse de la Cuarta. Los mapuches, en cambio, juzgaron que acomodar los arcos en un partido como ese significaba tomar partido en asuntos ajenos y como por cosas menos graves sus antepasados habían sido

diezmados y perseguidos por los blancos, decidieron retirarse a sus tolderías, detrás de los cerros.

El sol desapareció detrás de las montañas pero Cassidy recordó que los marineros británicos le habían dicho que la única prolongación reglamentaria consentida en un partido de fútbol era la ejecución de un tiro penal y se mantuvo firme, pelota en mano, en el lugar de la sentencia. A esa hora gris del día, mientras los trotskistas tehuelches seguían en asamblea permanente y los jugadores trataban de persuadir a Cassidy con citas de todos los teóricos del proletariado, las primeras tropas de la policía chilena y una columna del ejército argentino aparecieron por encima de las montañas y cargaron sobre esa confusión de rojos en desacuerdo.

Aquellos esbirros del orden se llevaron a todos los jugadores y también al cowboy y filósofo William Brett Cassidy, acusado de todos los delitos cometidos en la región. Los que tenían domicilio en Chile fueron deportados a los desiertos del Perú donde acordaron una política de unidad más por principio que por necesidad ya que no había en esos parajes proletarios ni campesinos. En cambio los que vivían en la Argentina pasaron varios años en la cárcel de Tierra del Fuego y solo Cassidy pudo fugarse en un descuido de la guardia hacia el otoño de 1945.

En sus apuntes para Una verdadera historia de la Patagonia, el investigador inglés Charles Everton señala que el profesor Folcini regresó a Cerdeña después de la Segunda Guerra Mundial para dar cuenta detallada a Palmiro Togliatti de su trabajo con el proletariado de Tierra del Fuego. El arbitro Cassidy, obsesionado por la suerte de su padre y el Sundance Kid, se largó un día camino de Norteamérica, aunque un viajero alemán de nombre Brucher dice haberlo visto hacia 1950 dirigiendo un muy extraño partido de fútbol en el Altiplano, a más de cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar.

ÚLTIMOS DÍAS DE WILLIAM BRETT CASSIDY

Desde Tierra del Fuego hasta Texas hay más de diez mil kilómetros de distancia pero después de escapar de la cárcel el hijo de Butch Cassidy no tenía otra cosa que hacer y decidió emprender el viaje a caballo. Durante un tiempo, mientras en Europa terminaba la guerra, estuvo escondido en los montes, escapando de la gendarmería y de los ejércitos de frontera. Por más que lo golpearon en la cárcel, nunca pudo explicar qué hacía en ese lugar perdido de la frontera arbitrando un partido entre comunistas y socialistas que nunca llegó a terminar.

En la prisión de Ushuaia, cuando llegaban la primavera y el deshielo, dirigía partidos de fútbol entre presos y guardianes. A veces, para matar el aburrimiento, se organizaban campeonatos en los que participaban equipos de carceleros, gendarmes, criminales, espías, ladrones, asaltantes de bancos, condenados por error, bolcheviques, anarquistas y todos los réprobos alojados en la fortaleza más austral del mundo. Hacia 1945, en la final por la Copa del Presidio, William Brett Cassidy anuló por fuera de juego un gol que los gendarmes les marcaron a los anarquistas rusos y aprovechó de la batahola para saltar un muro y escapar a la frontera de Chile.

Allí, en los bosques de la Cordillera de los Andes, se procuró un caballo, un pasaporte chileno y un revólver, que era todo lo que necesitaba, y vivió por un tiempo de la caza y de la pesca. Extrañaba sus libros, sobre todo la Ética de Spinoza, y como temía que aquel fuera un ejemplar único y se hubiera perdido para siempre, decidió reproducirlo de su propia memoria en las horas perdidas.

Quienes llegaron a conocerlo aseguran que Cassidy tenía una memoria larga pero pésima. Podía recordar por años una cara que había visto apenas un instante, pero cuando volvía a encontrarla le daba otro nombre y más de una vez tuvo que

batirse a duelo con la persona ofendida. Era tan empecinado que debió matar a cuatro o cinco hombres para poder seguir llamándolos con el nombre que él les había dado en su vago recuerdo. Por eso no son confiables los textos de Spinoza y de Hegel que circulan en español (algunos fueron retraducidos con audacia al francés) y menos aún una Sagrada Familia que Cassidy había leído en italiano y reprodujo en dos gruesos cuadernos de escuela cuando llegó al Altiplano de Bolivia, a cuatro mil metros sobre el nivel del mar.

Cassidy había aprendido a leer todas las lenguas sin comprender ninguna en las estancias inglesas de la Patagonia. Como no existía ninguna librería en dos mil kilómetros a la redonda, creía que los libros eran únicos como los diamantes y que pasaban de mano en mano a la muerte de quien los tenía consigo. El primer Hegel lo encontró al lado de unos cadáveres que dejó el ejército cuando dispersó a los bolcheviques del Chubut. La Ética se la llevó de un bar después de que un gaucho encorador matara de una puñalada a un intelectual irlandés, incidente que Jorge Luis Borges mistificó años más tarde en un cuento para La Nación, de Buenos Aires. En realidad el libro era del gaucho, no del intelectual, y cuando este se lo quiso robar sobrevino la pelea y la muerte horrenda que puso a Cassidy en posesión del primer Spinoza. A Marx lo conoció por el profesor Folcini, de Cerdeña, que le arrancó las muelas doloridas en un prostíbulo del bajo Mendoza y luego lo arrastró a dirigir el partido de Tierra del Fuego entre comunistas y socialistas.

Las transcripciones del hijo de Butch Cassidy cayeron en manos de un viajante de comercio boliviano que iba de La Paz a Cochabamba con mensajes para los mineros en huelga en los socavones de Patino. Ocurrió durante un vibrante partido entre huelguistas del estaño y tropas del gobierno, dirigido por Cassidy, que había dejado sus cuadernos en el recado de su caballo. Sobre el final del partido se produjo un serio incidente a la entrada del área de las Fuerzas Armadas, que jugaban de uniforme y con sable en la mano. El marcador estaba 2 a 2 cuando un minero que llevaba la pelota fue decapitado sin ninguna necesidad, puesto que el

árbitro ya había señalado que estaba fuera de juego y el atacante había detenido su carrera tras la pelota que era de goma y picaba sin destino entre los arbustos.

Cassidy amonestó al defensor y mandó retirar al degollado fuera del terreno, pero el soldado discutió el arbitraje y el cowboy tuvo que expulsarlo para hacerse respetar. Un oficial rubio y alto, que jugaba de mediocampista, ordenó al soldado que resistiera la orden y entonces empezaron los incidentes porque Cassidy tuvo que desenfundar el revólver frente a la amenaza de los sables. El viajante de comercio, que hacía de juez de línea, temió que le reprocharan su parcialidad a favor de los mineros y aprovechó la confusión para montar el caballo del árbitro y partir al galope. Así fue como Cassidy perdió sus transcripciones de Spinoza y Hegel.

Tiempo después, un editor de Santa Cruz de la Sierra que andaba a la caza de manuscritos innovadores compró los cuadernos por monedas y publicó esos textos de autor anónimo respetando los errores de latín y las confusiones de gramática. Al fin, en 1950, un editor de Buenos Aires creyó disipar el equívoco y lanzó doscientos ejemplares de la Ética y cuatrocientos de La Sagrada Familia firmados por los que creía sus verdaderos autores. Desde entonces se han producido varios incidentes en las facultades de Filosofía y Letras de Lima, Córdoba, Montevideo y Buenos Aires y sin saberlo algunas guerrillas utilizaron las versiones de Cassidy para sus discusiones internas.

Ajeno a todo eso el cowboy argentino seguía la pista de su padre norteamericano que según los rumores había muerto en una aldea de Bolivia. Todavía George Roy Hill no había hecho la película y su padre no era tan famoso como ahora. Ciertos memoriosos le habían dicho que en verdad Butch Cassidy y el Sundance Kid habían caído baleados en San Luis y otros preferían la Patagonia, donde está enterrado el agente de la Pinkerton que los persiguió durante años. Pero más que el lugar de la muerte a William Brett le interesaba el de la vida y por eso iba para Texas o para Arizona, no lo sabía bien y poco le importaba. En el

Altiplano, a cuatro mil metros de altura, se preguntó qué demonios podía haber ido a hacer su padre allí si el mundo estaba tan lleno de bancos para robar.

Cuando pasó por el pueblo donde se decía que habían matado a su padre, William Brett desenfundó el revólver y asaltó dos bancos y el correo sin que nadie le opusiera resistencia. Era un gesto de orgullo pero también un acto de pura necesidad, ya que le estaban haciendo falta otro caballo y alguna ropa para cubrirse. Los que se llevó eran billetes con muchos ceros pero antes de llegar a la frontera con el Brasil la moneda se había devaluado tanto que apenas pudo comprar un par de botellas de whisky y un regalo para una muchacha que le había devuelto la sonrisa en un almacén de Palo Alto.

La joven no aceptó el regalo pero Cassidy no se sorprendió porque nunca había tenido suerte con las mujeres. Al día siguiente continuó viaje hacia el norte por las selvas y los ríos del Amazonas, donde dirigió varios partidos para ganarse su comida y la del caballo. De esos partidos conservó buenos recuerdos porque en el Amazonas no se aplicaba la ley de fuera de juego y para combatir las estrategias defensivas los caciques de las tribus habían decidido que cada tres corners cedidos por un equipo el árbitro debía conceder un tiro penal en favor del otro. Esas innovaciones daban resultados amplios y generosos pero nunca fueron aceptadas más allá de esa Comarca.

Hacia 1952 William Brett Cassidy pasó por México, andrajoso y envejecido. Ya no tenía ambiciones y solo pensaba en procurarse una mujer que le contara las películas que no había podido ver. En el mercado de Cuernavaca encontró un ejemplar de la edición boliviana de su *Ética* y al recorrer las páginas creyó que ese ejemplar era el mismo que había perdido cuando lo llevaron preso. Lo asaltó la idea de un milagro: creyó que el libro lo había seguido en su larga marcha y se convenció de que su memoria era perfecta. Lo compró y siguió a paso rápido hacia la frontera con Texas.

Cuando vio el alambrado que separaba los dos países y al otro lado una estación de servicio y una llanura pelada, el corazón empezó a darle saltos. En ese lugar Butch Cassidy y el Sundance Kid habían pasado su juventud robando todos los bancos y William Brett creyó que, además, habían sido felices. Se acercó a la frontera llorando de emoción pero en el puesto de policía le pidieron el pasaporte y la visa para ingresar en los Estados Unidos de América. El cowboy ignoraba lo que era una visa pero se manifestó dispuesto a pagar por ella con los meses de cárcel que fueran necesarios.

Un funcionario de policía sacó un formulario de un cajón y le preguntó si padecía enfermedades contagiosas o hereditarias, a lo que Cassidy respondió sin bajarse del caballo que solo lo habían aquejado dolores de muelas y tormentos de oídos. Luego le requirieron si tenía la intención de asesinar al presidente de los Estados Unidos. El hijo de Butch Cassidy preguntó quién ocupaba el cargo en ese momento y cuando escuchó el nombre de Eisenhower manifestó no conocerlo personalmente ni tener cuentas pendientes con él. Al fin, cuando le preguntaron si había pertenecido al Partido Comunista o a alguno de sus insidiosos colaterales, recordó al profesor Folcini, de quien no había vuelto a tener noticias, y declaró con orgullo que unos años antes había sido elegido para dirigir un partido de fútbol entre socialistas y comunistas en la lejana Tierra del Fuego.

El policía se puso de pie, alertó al sheriff y a los aduaneros y le pidió a Cassidy que se alejara del país de la libertad. El cowboy alegó que había viajado durante años atravesando el continente americano para llegar a Texas y citó un par de veces a Hegel para llamar a la razón a los funcionarios. Pero no hubo caso: el sheriff lo intimó a alejarse de la frontera y desenfundó el revólver para hacer más convincente la orden. Ese fue el gesto decisivo. Cassidy sacó también su revólver, se afirmó sobre la montura y mandó al caballo que saltara por encima del alambrado. La pobre bestia lo intentó, pero ya no estaba para esos trotes e hizo un triste papel. Un policía disparó al aire pero Cassidy empezó a tirar con la misma determinación que, pensaba, alguna vez lo había hecho su padre. En la confusión

alcanzó a saltar al otro lado de la frontera y sintió, bajo sus pies casi descalzos, la tierra caliente del desierto de Texas.

Eso es lo último que sabemos de él. El sheriff, en su informe, dice haber disparado seis veces y sus hombres más de veinte. William Brett Cassidy había cumplido el destino inverso de su padre que salió de los Estados Unidos y fue acribillado en América del Sur. Entre tanto, casi sin proponérselo, alcanzó a ser el más temible y justo de todos los árbitros que hubo en los mundiales de fútbol.



EL PIBE DE ORO

A fines de 1933, desde el puerto de Ingeniero White, llegó a Buenos Aires un muchacho de dieciocho años, Ernesto Lazzati, quien pronto iba a convertirse en el mejor centro medio que había tenido Boca Juniors. Su debut en primera división fue en la tercera fecha del campeonato oficial de la Liga Argentina de Football, ante Chacarita Juniors. El muchacho de Ingeniero White se mostró ese día como un jugador al que había que prestarle atención: Boca ganó por 3 a 2 y los diarios y las revistas lo apodaron El pibe de oro, un mote que lo siguió durante toda su carrera que culminó en el primer equipo de la ribera en 1947, pero que se prolongó un par de años en el club Danubio, de Montevideo. En ese lapso, Ernesto Lazzati fue cinco veces campeón con Boca. Aún tuvo otra satisfacción: en 1954, como ayudante de campo —no le gusta la expresión «director técnico»— Boca fue otra vez campeón. Integró la selección nacional, aunque no fue uno de los más llamados para su puesto. Nunca fue expulsado de la cancha, lo que señala su conducta ejemplar no solo como jugador, sino como ser humano. Él cumplió lo que suele denominarse «el sueño del pibe»: era hincha de Boca y cuando jugaba en Comercial de White llegó a vestir la casaca azul y oro sin que su pase costara un centavo. Su primer contrato era de trescientos pesos mensuales y llegó a estar entre los mejores pagados de la época. Luego, junto a Dante Panzeri, llegó a ser un brillante periodista. En 1972, Lazzati me contó la historia de su vida. Tuve que buscar y rebuscar entre viejos papeles sepultados en cajas arruinadas por el tiempo. Quería encontrarlo y leerlo otra vez. Aquí está, de nuevo, la voz del gran centrojás de Boca Juniors.

Soy hijo de una familia de obreros. Mi padre era ferroviario en Ingeniero White y murió muy joven, de modo que desde chico tuve que hacer cualquier trabajo para ayudar a mi madre y a mis cuatro hermanos. No había nadie en la familia que jugara al fútbol, pero a mí nada me importaba más que escaparme al

baldío y después de diez o doce horas de trabajar como mensajero en la Casa Dreyfus, me ponía a jugar un picado con otros muchachos. Yo era el dueño de la pelota y eso ya me hacía un poco el caudillo del grupo. En 1926, cuando tenía once años, jugaba en la quinta división del equipo de Comercial de Ingeniero White que era uno de los clubes que mejor fútbol tenía en la Liga del Sur de Bahía Blanca. Jugaba, como todos, en cualquier puesto, pero casi siempre me ponían de insider derecho.

Yo siempre les decía después a los de la Capital que nosotros, los del interior, teníamos sobre ellos una ventaja: desde muy chicos jugábamos al fútbol junto a los grandes, es decir, nos mezclábamos pibes de diez u once años con tipos de veinticinco o veintiséis, porque allá los clubes no tienen muchas veces los elementos para completar todas las divisiones y se produce esa mezcla de edades donde uno aprende cosas muy pronto.

Ingeniero White era un puerto de pescadores y de ferroviarios, y por entonces la aspiración máxima de un chico era ser empleado del ferrocarril. Ese era un puesto muy codiciado por el prestigio que daba, así que yo creía que alguna vez iba a ser ferroviario. Pero lo del fútbol fue tan rápido que pronto la ilusión aquella se derrumbó. A los dieciséis años yo jugaba en la primera división de Comercial y en el seleccionado de la Liga del Sur. Mis ídolos entonces eran Adolfo Zumelzú, de Sportivo Palermo, y Luis Monti, de San Lorenzo. Ellos resumían todas mis aspiraciones como futbolista. Monti era, como se decía entonces, un tipo de garra, mientras que Zumelzú era todo lo contrario, jugaba como Juan Carlos Corazzo. En Comercial me gustaba mucho el centro medio, Santos Ursino. Yo lo seguía por todos lados para ver cómo jugaba. Los pibes que estábamos en las inferiores íbamos a los entrenamientos de la primera para ver si por ahí faltaba alguno y nos dejaban colar en el picado.

Yo andaba detrás de Ursino, le llevaba la valija, todo. Terminó por tomarme cariño y se fue a ver la quinta división, donde yo jugaba de entrealeta derecho. Entonces me dijo: «Vos tenés que jugar de centrojás. Además tenés que jugar sin

gorra y con el pelo corto». Desde ese día y hasta que dejé de jugar en Boca, jamás me volví a poner la gorra, ni tuve el pelo largo. Con el correr del tiempo, Ursino dejó de jugar en primera y yo ocupé su puesto. Mucho después se enfermó, tuvieron que amputarle las piernas y poco después murió.

Comercial era, junto a Pacífico, uno de los mejores equipos de la Liga. Fue el que más jugadores le dio a Buenos aires; Ursino —primo de Santos— jugó en Lanús; luego llegaron a Lanús-Talleres Troncoso y Romano, dos muy buenos jugadores. Por supuesto, yo soñaba con venir a Buenos Aires. No digo que estuviera seguro de llegar a jugar acá, pero a los dieciocho años se sueña mucho. Yo soy un hombre muy tímido en la vida para todas las cosas, pero nunca para el fútbol. En eso siempre fui muy audaz.

A los dieciséis años yo ya jugaba en el seleccionado de la Liga del Sur de Bahía Blanca. Entonces fuimos a jugar a Pergamino. Esa fue la primera vez que salí de mi pueblo y la primera vez que me dieron algo de dinero, creo que eran cinco pesos por día para viáticos. ¡Imagínese lo que era para mí salir de Ingeniero White! ¡Venir a la Capital! Porque para ir a Pergamino debíamos venir primero a Buenos Aires. Paramos en el hotel Mar del Plata, en Congreso, en Rivadavia casi Callao. Yo era muy amigo de Rosini, que jugaba de ala conmigo, él era puntero.

Siempre recordaré algo que me dijo cuando veníamos: «Este viaje vos lo vas a hacer pronto de vuelta, porque vas a venir a jugar aquí». Yo no sabía qué decir, y Rosini agregó: «Mirá, en Buenos Aires nadie esconde la pelota bajo del pasto». Me quería decir que acá nadie hacía milagros, ¿no? Nunca olvidaré esa frase. Cuando vine me di cuenta de que era así: jugué acá igual que allá, nunca hice nada nuevo. Cuando volví por primera vez a Ingeniero White, la gente me dio un recibimiento bastante frío y nunca sabré por qué. Yo les dije a algunos amigos: «No esperen que yo haga nada distinto de lo que hacía acá; el fútbol es igual, el mismo que yo jugaba en Comercial». La única diferencia fue que aquí enfrentaba a gente con más capacidad que la que jugaba allá.

Cómo llegué a jugar en Boca es todavía un misterio. White era un pueblo muy chico, donde todos nos conocíamos. Un amigo consiguió en La Plata que yo fuera allí a probarme para Gimnasia y Esgrima. No era Boca, pero me interesaba mucho. Jugué un partido y conformé. Luego fue un delegado de Gimnasia a White, pero no arregló con el club. Eso fue a principios de 1933. Casi al final de ese año jugaban en Montevideo un partido los seleccionados de la Argentina y Uruguay. Estábamos escuchando el partido en el que Varallo había hecho un gol. Entonces un tío mío me dijo: «Mirá, yo voy a mandar una carta a Boca para que te prueben». En ese momento Gimnasia estaba haciendo gestiones otra vez para que yo fuera a La Plata. Mi tío quería que fuera a Boca, así que mandó la carta. Pedía que me mandaran los gastos de viaje, que eran treinta y dos pesos para el viaje y ocho pesos para la cama. Hasta el día de hoy no sé quién recibió la carta en Boca, ni quién la contestó. Cuando conocí Boca supe la cantidad de cartas que llegaban ofreciendo jugadores, así que no sé quién tuvo el coraje de contestarla. La cosa es que vino un telegrama diciendo que fuera. Creo que el telegrama llegó más o menos a las cinco de la tarde, así que esa misma noche a las siete me embarqué. Me acuerdo que era un viernes. No sé de dónde salió el coraje, pero me metí en el tren y vine a Buenos Aires. En ese momento lo único que hice fue decírselo a mi madre. Ella me contestó: «Si es por tu bien, andá».

Llegué a Constitución, tomé un coche y me presenté con el telegrama en la puerta de Boca. El sábado a mediodía, jugué en una práctica que hacía la reserva. El que miraba el partido —un amistoso contra Sportivo Barracas— era Mario Fortunato.

Cuando terminó el partido me dijeron que ya era jugador de Boca. Imagínese lo que yo sentí en ese momento. A la noche nomás me fui de nuevo para Bahía Blanca. Entonces pensé otra vez en quién habría mandado el telegrama. Pensé también que como Boca en ese tiempo no tenía un eje medio, aceptaban a cualquiera, y que ese cualquiera era yo.

Cuando me contrató Boca, yo era mensajero en la Casa Dreyfus y ganaba tres pesos por día. Mi pase no costó nada, porque en ese tiempo había una cláusula que permitía el pase libre y Boca hizo opción de ella. Cuando vine acá, firmé mi primer contrato por trescientos pesos de sueldo al principio.

Jugué varios partidos amistosos y dos oficiales en la reserva de Boca. En la tercera fecha debuté contra Chacarita. Ganamos 3 a 2 y creo que anduve bien. No me achiqué a pesar de la tribuna. Además, todos los muchachos me recibieron muy bien, como se recibía siempre a los que llegaban, fueran del interior o de la Capital. Me fui a vivir al hotel América y luego a casa de unos parientes a Temperley, por un tiempo. Los dirigentes, con mucha visión, enseguida me facilitaron todo para que pudiera traer a mi familia a Buenos Aires. Traje a mi madre y a mis hermanos a Temperley y desde entonces nos quedamos acá.

Mucha gente dice ahora que en ese tiempo no nos entrenábamos. Yo los escucho con pena. Desde que llegué a Boca nos entrenábamos todos los días, de ocho de la mañana a doce, menos el sábado; prácticamente como ahora. Se hacían carreras y mucho fútbol. Se practicaba, sí, menos gimnasia. A mí me duele cuando la gente de esa época dice que antes los jugadores comían tallarines y esas cosas. Todas mentiras. Habría, como lo hay ahora, algún inconsciente. Es cierto que había jugadores más gordos, sí, pero no todos. Yo pesaba sesenta y tres kilos. Ahora está mejor tratado el físico, porque se lo prepara desde el principio; no se olvide que las chicas también tienen hoy cuerpos más estilizados. Es posible que se haya cambiado, antes no se cuidaba tanto la silueta. Cherro, por ejemplo, era gordo, pero Varallo no, Benítez Cáceres tampoco. Así que no digan que no nos entrenábamos.

Casi inmediatamente empezaron a llamarme El pibe de oro. Sobre quién inventó eso tengo una versión: creo que fue Fioravanti. Boca era un club muy familiar, donde se reunían periodistas, artistas y otra gente que se quedaba con nosotros. Comíamos allí y luego nos quedábamos por la tarde. Iban Fioravanti, Borocotó y otros periodistas. Había también un muchacho que le llamábamos El pelado Casimi, que era de Santa Fe. Según me contó después Fioravanti, Casimi fue

al diario Noticias Gráficas, donde trabajaba Fioravanti y le dijo: «Andá a Boca y hacé una nota, porque allá hay un pibe de oro». Parece que de ahí salió el apodo.

A esas reuniones asistían Enrique Muiño, Tito Lusiardo, Fernando Ochoa, Quinquela Martín. Nos íbamos a comer al Tuñín de la Boca con Cherro, Varallo y Fortunato; allí nos encontrábamos con Quinquela, con Juan de Dios Filiberto. Cuando íbamos al centro era para tomar un café en La Meca, en Cangallo, al lado de la cortada Carabelas. Después nos metíamos en el teatro Sarmiento donde estaba Canaro, que presentaba una comedia y tocaba con su orquesta.

Jugué pocos partidos en el seleccionado, pero en 1934 ya estuve contra los españoles. Sin embargo, el partido que más recuerdo, el que mejor jugué en mi vida, fue el de Boca contra Platense. Si ganábamos nos clasificábamos campeones y tuvimos la suerte de ponernos enseguida cuatro o cinco a uno y nos soltamos todos. En los últimos minutos jugamos un partidazo.

Yo no hacía muchos goles. En ese tiempo el centro medio buscaba poco el arco, además, yo no tiraba bien al arco. La mayoría de los goles los hacía Varallo. Él y Cherro eran muy amigos. Dos caracteres opuestos, pero se complementaban muy bien. Cherro pensaba mucho el fútbol. Varallo no pensaba ni medio, pero veía el gol, pedía la pelota y era peligrosísimo. Cuando veía la oportunidad crecía. Otro caso, más adelante, ocurrió en Boca con Severino Varela y Sarlanga. Varela era muy oportuno frente al arco, pero además tenía la fortuna de hacerle goles a River. Eso lo consagró. La tribuna creía que Severino Varela era un gran jugador, y sin embargo la mayoría de sus goles eran obra de Sarlanga, que era mucho más jugador que él.

Yo estuve la tarde del célebre boinazo de Severino Varela. Fue un centro de Sosa de derecha a izquierda y Varela la agarró de palomita, casi sobre el piso. Varela se ponía la boina blanca porque la tribuna le exigía que jugara con ella, ese era el Varela que la gente quería.

Hay goles como ese que uno no hubiera creído que quedarían en la historia, y otros de los que nadie se acuerda pero que quien los vivió desde adentro de la cancha los recordará toda la vida. Por ejemplo, me acuerdo, en 1946, el año que San Lorenzo fue campeón, un partido que jugamos contra ellos en Boedo; perdíamos 3 a 1 y si hubieran sido cinco también era merecido. Faltaban quince minutos y Boyé hizo un gol. Todos nos agrandamos y San Lorenzo empezó a quedarse.

La tribuna de ellos se quedó en silencio y la nuestra bramaba. Fuimos al ataque y Boyé empató el partido. Enseguida, el mismo Boyé se perdió el cuarto por muy poco. Es un partido difícil de olvidar. De muchos partidos como ese salió ese mito de que Boca es siempre un equipo de garra en contraposición a River, que — según dicen — tiene equipos de mejor juego, pero más blandos.

Boyé era un jugador que parecía un cachiporrero, pero era muy bueno. No decaía nunca, siempre estaba entero y era muy vivo para ver el fútbol.

Había gran diferencia entre los clubes. Ahora eso desapareció y cualquiera sale campeón. En esa época los dos grandes —River y Boca— se disputaban los campeonatos; a veces terciaba Independiente, pero la distancia con los demás era muy grande. Tanto era así, que Fortunato solía hacer el cálculo de los puntos que íbamos a sacar en el torneo y la cosa salía siempre bastante bien. No nos equivocábamos mucho: por ahí calculábamos cuarenta puntos y nos quedábamos en treinta y siete, pero no le andábamos lejos. Por ejemplo, sabíamos que en La Plata perdíamos, generalmente, con Estudiantes. Sabíamos que en la cancha de Chacarita perdíamos algún punto. También con Independiente perdíamos. A River, en cambio, le ganábamos siempre en una época, hasta que apareció la Máquina y entonces ganaban ellos. Con San Lorenzo la cosa era distinta: nos ganaban más veces en nuestra cancha y nosotros a ellos en Boedo. La gente de Boca tiene incorporado eso de la paternidad porque San Lorenzo le gana en la Boca, que es donde más duele. Pero en el tiempo en que yo jugaba, quien más veces nos ganaba era Independiente, luego en otra época, River.

Jugué catorce temporadas en Boca. Tenía treinta y dos años cuando me sacaron y pasé a Danubio de Montevideo. Me fui de una manera un tanto enojosa de Boca.

Creo que hubo alguna cosa que aún no alcanzo a entender. El último partido lo jugué en 1947 contra River. Estaba jugando normalmente y me rompí un menisco al iniciarse el partido. Corrí los noventa minutos con una rodilla semitrabada. No sabía exactamente qué tenía, pero tenía la certeza de que era algo serio. Tanto, que cuando terminó el partido me operaron. El doctor Covaro me aseguró que no iba a tener problemas para volver a jugar, pues no había rotura de ligamentos ni nada. Cuando me repuse de la operación empecé a entrenarme, hice cuanto me dijo el doctor Covaro, pues siempre fui un hombre muy obediente. Me dijo: «Andá a jugar y no quiero verte con vendas, con rodilleras, ni nada, porque la rodilla está sana». Sin embargo, fui a Boca con el informe de Covaro y nunca más me hicieron jugar ni en reserva. Evidentemente había un deseo de eliminarme. Incluso ofrecí jugar sin cobrar hasta ver si estaba bien o mal y si no funcionaba me iba. Alguien habrá pensado que yo era viejo y eso le daba una buena oportunidad para echarme. Me ofrecieron algo que tuve el buen tino de no aceptar: la dirección técnica. No acepté y les dije que con mi pase no iban a negociar, pues yo no pensaba jugar en ningún club argentino. Me ofrecieron dejarme libre solo para ir al extranjero. Entonces hablé con mi mujer e hice la promesa de no jugar más aquí.

Un día recibí un telegrama del Uruguay, que decía: «Llamá a tal número» y lo firmaba Severino Varela. Yo creía que se trataba del Gallego y llamé, pero era una jugarreta de los dirigentes del Danubio. Me dijeron que querían hacerme una oferta. Esa misma noche, como aquella vez que me llamaron de Boca, me tomé el vapor y fui a Montevideo. En verdad pasé al Danubio para tener un compromiso que me impidiera jugar contra Boca. Estuve dos años en Danubio aunque me quedé a vivir acá y viajaba todos los domingos.

En 1949 ya no jugué. Ese año Boca anduvo muy mal y estuvo cerca del descenso. Entonces, algunos amigos del club me pidieron que les diera una mano.

Yo soy de los que creen que cuando uno está muchos años en un lugar y se va, queda como amigo o como enemigo. Tengo muchos amigos en Boca, así que vine a colaborar. Dejé aclarado de entrada que me iba a hacer cargo de la parte de fútbol, no como entrenador, porque no creo en los entrenadores ni en los técnicos. Fui a Boca como administrador de fútbol, con la condición de que la parte del equipo la hacía yo sin intervención de los dirigentes. En ese momento aceptaron porque las cosas en Boca no andaban bien. Era a principios del año cincuenta. No había contrato de por medio porque no quería estar atado a nada. De esa manera, si alguien intervenía, yo me retiraba.

Boca anduvo bastante bien y yo lo único que hice fue poner orden, sabiendo lo que necesita el jugador para estar en sus mejores condiciones. Me preocupé de que los futbolistas estuviesen tranquilos, que cobraran sus haberes como corresponde y que se sintieran firmes en sus puestos. Fue así como Boca llegó a disputar el primer puesto con Independiente. Pero en el partido decisivo los dirigentes cambiaron a un jugador del equipo y entonces me retiré. Yo había estado preparando a ese muchacho y me sentía responsable por él. Pero el sábado, antes del partido, ellos se reunieron y lo dejaron afuera. Pusieron a otro que se les ocurrió, cuando, en realidad, el chico que sacaron era el mejor. Fue así que terminé con mi compromiso moral.

Posteriormente, en 1954, Armando fue propiciado presidente de Boca, y me pidió que lo acompañara. Empecé a hacer el trabajo, no como técnico de fútbol, porque no quería estar adentro de la cancha. En ese lugar siempre hay uno o dos que gobiernan a los otros. Yo respeté mucho eso y le di autoridad a la persona que estaba en condiciones de tenerla —en ese tiempo era Eliseo Mourriño— y anduvimos muy bien. Pero también entonces empezaron a pasar las mismas cosas del año cincuenta: interferencias de dirigentes y eso; entonces renuncié.

No creo que pueda hablarse de «decadencia del fútbol». Esto, como muchas cosas de la vida, tiene muchas etapas. Los jugadores de ahora no poseen menos condiciones futbolísticas que los de antes: creo que se ha cambiado la forma de ver

y jugar el fútbol. Pienso que el fútbol bien jugado, el positivo, es el mejor, pero quizás no estoy en lo cierto. Los últimos resultados de Boca están demostrando que ese juego da satisfacción y atrae al público. Futbolistas habilidosos hay muchos. Hoy los pibes tienen menos tiempo para formarse, pues la vida es más complicada que antes, pero en el interior hay espacio y tiempo para iniciarse en el fútbol.

Creo que los jugadores de ahora están en tan buenas o mejores condiciones que los de antes de jugar buen fútbol. Hay factores distorsionantes, como las conveniencias personales. Los jugadores deben aprender que en la Argentina la gente es híncha de su club y lo sigue a todos lados, donde va, y no piensa cuánto va a ganar cada jugador. El futbolista debe transmitir una imagen amateur. En ese sentido, hay un solo lugar donde discutir el contrato: una oficina. Después, en la cancha no se le puede hacer ver al público qué problemas tiene para conseguir un contrato mejor que el año pasado. No se puede mostrar a la tribuna que se juega únicamente por dinero. Es cierto que la mayoría de los jugadores ganan muy poco, que deberían ganar mejor. Porque mucha gente piensa que un futbolista gana mucho y eso no es cierto. Sacando a los de River, Boca y algún otro cuadro grande, debe pasar como antes, que había un grupo de privilegiados y nada más. A mí el fútbol me dejó plata porque fui siempre un hombre ordenado. Después me perjudicó el desorden del país, la inflación, que es un arma en contra de la gente ordenada. Pude invertir algo y ahora vivo bien, pero siempre de mi trabajo.

Siempre me gustaron los coches. Mi primer auto lo compré en 1934 cuando empecé en Boca. Era un Ford 34 que tenía Cherro y lo cambió por un Dodge, así que yo me quedé con el forcito. En 1936 un concesionario de la Ford de Lomas me vino a vender un coche nuevo y me lo cambió por el que tenía yo. Era Angel Bossio y desde entonces somos amigos. Él aún es el concesionario de la Ford de Lomas de Zamora. Otra cosa que yo tuve enseguida fue la casa. Mi madre había sufrido mucho y pensaba que lo primero que había que tener era una casa. La gente de Boca, con muy buen tino, me hizo firmar un contrato por tres años y en pago de la prima me hicieron la casa. Hay gente que dice que me la regalaron; eso no es

exactamente cierto, pero la verdad es que el club colaboró con mucho cariño para hacerla.

Mi conducta en la vida es muy clara: el mundo se divide en gente decente y de la otra. Así es de clarito. No hay tonos intermedios. Yo nunca tuve problemas con nadie. Jamás, en dieciséis años, me expulsaron de una cancha de fútbol. Lo que uno recibe es reflejo de lo que da. Nunca intenté lesionar a nadie y no recuerdo que alguien lo haya hecho conmigo. Pienso ahora como cuando era chico: no hay términos medios. A mí me gusta vivir dentro de la ley. No sé si esa será la verdad cruda, pero es mi verdad. Yo no creo en los que gritan en la calle viviendo a alguien. La mejor manera de tonificar a algo o a alguien es haciendo las cosas bien. Yo soy un liberal, estoy contra toda forma de violencia. En mi negocio, trato de hacer las cosas más simples y felizmente mis hijos siguen el mismo camino. Ellos son socios de la concesionaria. Mi hija es profesora de inglés y mi hijo, que está casado, se recibirá pronto de ingeniero. Yo fui hasta sexto grado solamente, pero después, incluso cuando jugaba al fútbol y ganaba plata, seguí estudiando cosas. En 1941 me casé con la única chica que quise. Mis padres y los suyos se conocían. Ellos eran de Maipú y yo de Ingeniero White. Ambos son pueblos de ferroviarios. Pero mis padres se habían criado en Maipú y después todos nos encontramos en Temperley. Cuando vine a jugar a Boca fui a la casa de los padres de la que hoy es mi mujer y prácticamente, desde entonces, estamos juntos; así, fuimos amigos primero, novios después y esposos más tarde.

Parece mentira que el tiempo haya pasado tan rápido. Uno se queda con algunos recuerdos. En mi caso un par de partidos: uno muy bueno en 1943 contra Gimnasia y otro en el que sufrí mucho, que fue el último que jugué en Boca, en el que yo me di cuenta de que algo llegaba a su fin. Y eso me hizo doler mucho. Recuerdo que mientras la pelota pasaba a mi lado y no podía alcanzarla, pensaba en mis amigos, en toda la gente que había confiado en mí.

Los dos mejores equipos de Boca que yo vi fueron los de 1935 y 1940. Ninguno de ellos tenía la imagen de equipo guerrero que la gente le ha dado a

Boca. En el treinta y cinco el equipo formaba con Yustrich, Valussi y Domingo da Guia; Vernieres, Lazzati y Arico Suárez; Tenorio, Varallo, Benítez Cáceres, Cherro y Cusati. En 1940 jugaron Estrada, Marante y Valussi; Sosa, Lazzati y Arico Suárez; Tenorio, Alarcón o Carniglia, Sarlanga, Gandulla y Emeal.

Tuve dos etapas totalmente definidas en Boca. En la primera, entre 1934 y 1940, en la que yo era un pibe que se agregó al núcleo de jugadores muy importantes. Del cuarenta en adelante, pasé a ser el caudillo de esa otra generación menor que entraba y que resultó muy buena gente. Yo hablaba mucho dentro de la cancha. Desde chico fui el caudillo de mis equipos. Acá, desde 1940 fui jefe de camarilla.

La gente se asusta cuando escucha la palabra «camarilla». Yo no le tengo miedo, naturalmente si es una camarilla bien entendida. Desde el cuarenta en adelante, hubo en Boca jugadores como Boyé, Concuera, Pescia y otros que se hicieron en las inferiores a la manera nuestra, o en cierto modo a mi manera. Influí muchas veces para que jugadores de las divisiones inferiores entraran a la primera. Los propios jugadores a veces nos reuníamos y hacíamos fuerza para la incorporación de chicos que prometían. Eso que suele decirse sobre el bombeo a algunos jugadores, o el soborno, tiene mucho de mentira. No digo que no los haya habido, o que no haya todavía, pero yo no conocí ningún caso. Además, en esto del soborno, para que un solo jugador influya en el resultado de un partido tiene que ser excepcional. Y de esos hay muy pocos.

Un caso notable en eso de la «garra» boquense fue Marante. Desde las divisiones inferiores, la tribuna lo había preparado para ser el «vengador» del equipo. Cuando alguien golpeaba a un jugador de Boca, enseguida la hinchada gritaba «¡Guerra, Marante, guerra!». Era un chico de una generosidad sin límites y aun cuando tenía treinta años, era un chico. Cuando fue de Boca a Ferro sufrió mucho. Tuvo un decaimiento anímico tremendo. Pero para que la gente vea quién era Marante, hay que saber que cuando Ferro lo dejó libre volvió a Boca y allá no lo quisieron. Pero él se fue a la AFA y por su cuenta firmó para Boca. Practicaba en

Boca, seguía al equipo pero no lo incluían. Un día teníamos que jugar en la cancha de Vélez Sarsfield y no teníamos a quién poner en ese puesto. Entonces alguien se acordó que Marante estaba en la tribuna y lo fue a buscar. Marante jugó esa tarde y nunca más salió del primer equipo.

Si tengo que recordar al más grande jugador que vi en toda mi vida diré que ese es Pelé. De mi época lo fueron Cherro, Marante, Sarlanga, Benítez Cáceres, Arico Suárez, Moreno, Pedernera y Sastre. Yo siempre me enfrenté a los de River e Independiente con bastante suerte. En cambio, había un jugador más oscuro que me tenía loco y me ganaba todas: era Picaro, de Lanús. También cuando jugaba en Comercial de Ingeniero White había un entrea de la quinta de Villa Mitre que no me dejaba tocar una. Se dan muy seguido esas cosas. Lo mismo que las canchas. En la de Chacarita nunca jugué bien. En cambio, en La Plata, donde para nosotros era difícil, siempre hice muy buenos partidos. Hay cosas que aparentemente no tienen lógica, pero se dan muy seguido.

Desde chico me pregunté qué era el fenómeno Boca. Por qué tanta pasión alrededor de unos colores, más allá del barrio, de la ciudad. Yo he recorrido todo el país con Boca y gente que nunca había venido a Buenos Aires, o que no conocía a un solo jugador, tenía en sus ranchos, en sus casas, las fotos de los jugadores. Dicen que la mitad más uno del país es de Boca. Yo creo que es más que eso, y que, incluso, es un firme factor de poder político. Eso ya lo tenemos visto.

Mi última incursión en el fútbol fue como periodista en El Gráfico. Dante Panzeri y yo habíamos conversado mucho y le expuse mis ideas sobre el periodismo deportivo, sobre lo que yo creía que eran sus fallas y sus creencias. Él me dijo que yo tenía obligación de decir ciertas cosas que sabía sobre fútbol y entonces fui a colaborar con él. Cuando Dante se fue, también yo dejé la revista.

Ya no soy socio de Boca. Renuncié porque no estoy de acuerdo con Alberto J.

Armando y su política. Confiaba en él cuando empezó, pero luego me di cuenta de que su ambición lo llevaba mucho más lejos de lo que suponía. Es un

político sumamente hábil, y eso creo que lo mantendrá en Boca por mucho tiempo. Más si este año, como es previsible por ser un año que termina en cuatro, Boca es campeón otra vez. Entonces recuperará el terreno perdido. Yo tengo muchos amigos en Boca, pero ya no voy a la cancha. Me gusta quedarme en casa. En mi familia nadie sabe de fútbol y nunca forcé a nadie para que le interese. A mí nadie me obligó a jugar y fui lo que yo quise ser. Y estoy contento de eso.

MERCEDES NEGRETTE, MILLONARIO

El primero del Prode

En 1973 el gobierno de Perón instauró el juego del Prode y ante las protestas moralistas de los militantes justicialistas, dijo que se trataba del «impuesto a los zonzos». Desde entonces, cada semana alguien aspira a salvarse apostando los resultados del fútbol, del Quini o del Loto. Pero aquel año la introducción del Prode causó sensación y el primero en ganarlo solo fue un joven paraguayo de nombre Mercedes Negrette. De un día para otro, el humilde emigrado se convirtió en millonario y fugazmente lo invadió la fama. Fui a verlo por cuenta del suplemento cultural de La Opinión y me contó cómo había sido su existencia antes de que la suerte lo hiciera rico. Después el Prode hizo muchos millonarios más y Negrette volvió al anonimato. Este relato me sigue pareciendo ejemplar y representativo de cómo la fortuna puede cambiar a un hombre ingenuo, desprevenido y anónimo.

«Pasé veinticuatro años en Pilar, que es un pueblito ribereño, de casas bajas y calles amplias. Trabajaba en el campo con mi viejo y mis cinco hermanos. Nos levantábamos temprano y a las seis ya estábamos en el surco. Al mediodía parábamos una hora para comer y después le pegábamos hasta las siete de la tarde. Después volvíamos a la casa, que era de material, y tenía techo de paja, y nos poníamos a limpiar las herramientas para tenerlas listas para el día siguiente».

Mercedes Ramón Negrette tiene 27 años y es el mayor de cinco hermanos. Es un muchacho alegre, voluntarioso, que no le escapa al trabajo. Es el primero en levantarse por las mañanas, cuando el sol ya se mete por la ventana, entre los huecos de la cortina rota y sucia.

En dos minutos prepara el tereré, va despertando uno por uno a los hermanos y por fin al padre. Ninguno se demora en el catre, tampoco la única mujer de la familia, que duerme en un rincón, en esa diminuta intimidad que le dan los cinco pasos de distancia entre su colchón y los de los hermanos.

Hay un aire de rutina en cada día. La misma ropa (la camisa blanca y el pantalón), el tereré, el retrato de la madre que ha muerto hace mucho, las herramientas apiladas en un rincón de la pieza. Se turnan para ir al baño y ninguno tarda más de lo necesario. Ni siquiera la hermana, que se echa el pelo a la nuca y lo ata, una vez para todo el día.

En el algodonal no se habla. Apenas alguna palabra en guaraní para pedir la azada, el rastrillo, para azuzar a los caballos que tiran del arado de dientes gastados, pero filosos.

Así todo el día. Seis veces por semana. El mismo trabajo que hizo el abuelo, aun durante la guerra del Chaco. El padre suele contar historias por la noche, a esa hora en que los cuentos se vuelven más ciertos, porque las palabras tienen más fuerza rodeadas de silencio. A la noche los pájaros se callan, el calor afloja y los perros se tienden bajo la mesa.

«El sábado a la noche me divertía. Iba al baile porque siempre me gustó el baile. Me gastaba lo que tenía, que era casi nada, porque el campo no da nada aunque se lo trabaje. En el baile éramos siempre los mismos, las mismas caras, pero no importaba porque nos divertíamos. Yo me divierto fácil. Después, el domingo iba a ver el fútbol. Los partidos me gustaban pero no sé jugar. Iba a ver, nomás».

Un traje azul oscuro, un chaleco también azul pero más claro, una corbata a rayas grises y azules, un par de zapatos negros y medias rayadas están listos para el domingo. Mercedes Ramón limpia el traje y lo plancha él mismo, porque no tiene otro. Está lustroso, pero Mercedes cree que así es más lindo. Se aplasta el pelo con la gomina, se perfuma y sale caminando despacio para Pilar.

Siempre que camina solo le vienen pensamientos. Piensa en irse a la ciudad, a conocer, quizás a trabajar allá. Asunción esta a noventa leguas y todo los días –si no llueve– sale un ómnibus, pero nunca le alcanzó la plata para ir. Debe ser lindo Asunción, donde hay televisión para pasar la noche. Debe ser lindo conocer el estadio Puerto Sajonia. Debe ser lindo.

Pero acá en Pilar se está bien. La noche del sábado se encuentra con sus amigos en la puerta del club. Se hacen lustrar los zapatos, miran para adentro, para ver cómo esta el ambiente. A eso de las once se pone bueno. Mercedes tiene una mirada para cada muchacha. Baila con una morocha linda, que le da baile y nada más. Y él insiste, quiere más. No hay caso, a las tres la acompaña unas cuabras hasta la casa y le da la mano. «Encantada», dice ella. «Hasta el sábado», dice él.

A veces vuelve al club, donde las luces persisten, los papeles de colores que adornan el escenario cuelgan aquí y allá. Se toma una cerveza con los amigos pero nunca se emborracha.

Están Miguel el zapatero, Eugenio el ayudante del carnicero, Coco el chofer de la municipalidad. Son buenos amigos, toda gente de bien. Bromean, hablan de las mujeres, de fútbol, de pequeñas aventuras, siempre iguales, que se cuentan agregando cada vez más detalles. Al amanecer, Mercedes camina otra vez hacia la casa, lentamente, fumando un cigarrillo tras otro. Ahora lleva el cuello de la camisa desprendido, la corbata suelta y el pelo suelto.

Así volvió la noche que un amigo le propuso pasar unos días en Buenos Aires. «¡Pero si no tengo plata!», le dijo Mercedes. «No importa, yo tengo familia allá. Nos podemos pasar unos días sin plata».

Cruzan en canoa y llegan a Corrientes. Allá toman un ómnibus hasta Buenos Aires. Mercedes nunca supo de tierra tan extensa ni tan fértil. «Un paraguayo tiene que ganar mucha plata aca», se dice. Después estuvo varias horas recostado mirando el paisaje llano porque le habían venido pensamientos.

A las tres de la tarde el ómnibus entra en Plaza Once, avanzando dificultosamente entre el tránsito. Mercedes dormía y ha despertado de golpe. Una imagen casi apocalíptica se abre ante él: la plaza, rodeada de edificios sucios, las calles atestadas de autos y colectivos que llenan el aire de humo oscuro, las veredas donde se amontona tanta gente anónima. Deslumbrado, Negrette no escucha las palabras de su amigo. No le alcanzan los ojos para mirar. Cuando vuelve la cabeza hacia su compañero sabe que no regresará a Pilar. Sabe, también, que es un hombre de suerte.

«¡Usted sí que tiene suerte!», le dice ese hombre duro, envejecido por el trabajo. Es un tío de su amigo; trabaja en la compañía Ítalo-Argentina de Electricidad. Le ha conseguido trabajo de sereno en una obra de la empresa.

Le pagan ciento cincuenta y ocho pesos por hora, pero vive en la obra. Su trabajo es vigilar, limpiar los desperdicios, juntar las herramientas. Pasa el día entero encerrado y la plata le alcanza para la comida y sacar un traje a crédito. Un traje azul, igual al que tenía en Paraguay.

Le escribe a su padre: «Estoy muy bien y tengo trabajo —le dice—, si me permitís me quedo unos meses más». El padre le permite. Aunque es uno menos para trabajar, es también uno menos para comer.

Mercedes se hace de algunos amigos, empieza a salir y va a los bailes del club Deportivo Paraguayo. Visita a sus compañeros en la villa de Valentín Alsina. Casi todos trabajan en una fábrica textil. Él se siente muy solo en su pieza de Belgrano, donde cuida los materiales de la Ítalo.

Quiere trabajar en la fábrica, con sus compañeros. Un par de meses más tarde lo llaman. Ganará doscientos cincuenta pesos por hora. Claro que en el cambio pierde la pieza. Un amigo le propone comprar una casilla en Valentín Alsina. Cuesta sesenta mil pesos, treinta cada uno. Tiene diez mil pesos; con el primer sueldo pagará el resto. Ya tiene dónde vivir. Hay que hacerle muchos arreglos, pero

él siempre hizo ese trabajo. Todos los días, cuando deja la fábrica, remienda las chapas de la casilla, tapa agujeros.

Cuando va hasta el surtidor a buscar agua se encuentra con Fabiana López, una vecina simpática que tiene 22 años y le sonríe. Charlan, se dan la mano. Una noche, Fabiana acepta acompañarlo al baile. Al día siguiente, un domingo, van al parque de diversiones. Suben a la vuelta al mundo, a los autitos chocadores, al tren fantasma. Es una noche limpia que se hace inmensa cuando la vuelta al mundo sube, la silla se bambolea, el pelo de Fabiana tapa la cara de Mercedes.

«Venite a la casilla, ¿quierés?», le dice Mercedes cuando se despiden. Ella contesta que lo va a pensar aunque esté decidida. Al día siguiente mete las ropas en una valija vieja, camina veinte pasos y entra en la casilla de Mercedes.

Fabiana lava la ropa, limpia, hace los mandados si hay plata. Cuando Mercedes se va a trabajar ella termina la limpieza y se va a la casa de su madre. Mercedes no quiere que ella se quede ahí con los demás muchachos. Son varios, que están sin trabajo y paran en la casilla de Negrette. Todos gente de bien, dice Mercedes, pero por las dudas Fabiana se va a la casa de su madre. «Por las noches —cuenta la madre—, él la viene a buscar y se van a estar».

En la fábrica hay poco tiempo para charlar. Son ocho horas sin parar. Mercedes carga las máquinas con ovillos de hilo. En el descanso un compañero muestra tarjetas del Prode. Le da una. Mercedes la llena. Nunca ha jugado antes. El lunes revisa los resultados y tiene siete puntos. Son muy pocos, pero el juego lo entusiasma. Tirar trescientos pesos por semana no es nada, piensa, y vuelve a jugar. Esta vez acierta once de los trece partidos. «Estuve cerca», les cuenta a sus compañeros. «La próxima vez me gano la plata». Lo que dice todo el mundo.

Esa semana parece mejor que las otras. Lleva a Fabiana al circo. El circo la apasiona. Ella se enternece con la música y al él le gustan los payasos y el enano. Solo recuerda haber visto un circo cuando era chico. Era una carpa pequeña. Había un león viejo y un enano, también un payaso todo pintado. Es todo lo que recuerda.

El miércoles un compañero de la fábrica le da una tarjeta del Prode. Él la llena sin mucha atención y la guarda en un bolsillo. A la tarde, cuando sale del trabajo, pasa por una agencia. Hace la cola y la entrega.

«Cuando Orlando Marconi dijo por televisión que Mercedes Ramón Negrette había ganado el Prode me puse contento. Yo siempre estoy contento. Esa tarde un poco más».

A las cinco y media de la tarde, cuando apagó la radio, sabía que tenía muchos puntos, pero creyó que no le alcanzaban. Los partidos no habían terminado todavía. «Le pasé cerquita otra vez», pensó, y se fue a dar una vuelta con Fabiana.

Cuando volvían, una nena se le acercó y le dijo: «Señor Negrette, ¿usted tiene alguna hermana que se llama Mercedes?». Él sonrió: «Yo me llamo Mercedes». La nena lo miró sin entender muy bien: «A Mercedes la andan buscando por la televisión porque tiene un lío con el Prode».

Negrette dejó a la Fabiana y corrió hacia la casilla de un compañero. «Dejame ver la televisión, ¿querés?», le dijo. Cinco minutos más tarde se enteró. Fue hasta su casa, se peinó, limpió el traje azul, pidió prestado unos zapatos y tomó el ómnibus para el canal.

Fabiana preguntó: «¿Adónde fue Ramón?» (Él nunca quiso que lo llamaran Mercedes). «A buscar una plata —le dijeron—, parece que se ganó el Prode». Esa noche Negrette se abrazó con el cónsul paraguayo y durmió, por primera vez, en un hotel frío y lujoso. Los diarios de la tarde mostraban su fotografía en la primera página.

Desde entonces nunca más apareció por Valentín Alsina ni por la fábrica. Fabiana empezó a buscarlo. Lo veía por televisión y los periodistas venían a decirle que Negrette la había dejado. Ella no podía creerlo. Tres días más tarde lo encontró en el consulado. Él tenía dos mil pesos en el bolsillo y le dio mil. «No tengo más», le dijo. «Dicen que gané mucha plata pero yo no veo nada».

El señor Aníbal Gómez Núñez, cónsul paraguayo, envió un cable al padre de Negrette. El hombre contestó: «Yo sabía que mi hijo tendría suerte. Es hombre de trabajo y se lo merece».

Negrette espera que el Banco de la Nación, donde depositó su dinero, le extienda los intereses. Con ese dinero se comprará una casa, pondrá un negocio en Pilar del Paraguay para su padre y sus hermanos, entrará en el negocio de la industria. «Yo no sé nada de eso. Me voy a quedar a vivir en Buenos Aires porque me gusta. Les voy a dar trabajo a los paraguayos que andan desocupados. La plata no me va a cambiar. Antes no me conocía nadie, era un cualquiera. Ahora porque tengo plata me paran en la calle. Es cuestión de suerte, nomás».

CENTROFÓBAL

Me acuerdo del tiempo en que empezamos a rodar juntos, la pelota y yo. Fue en un baldío en Río Cuarto de Córdoba donde descubrí mi vocación de delantero. En ese entonces el modelo del virtuoso era Walter Gómez, el uruguayo que jugaba en River, pero también nos impresionaba Borello, el rompeportones de Boca. Los dos llevaban el nueve en la espalda, como Lacasia en Independiente y Bravo en Racing. Escuchaba los partidos por radio en las voces de Fioravanti o de Aróstegui. Al interior llegaban en cadena o se captaban en onda corta, con una antena de alambre pegada a la chimenea de la casa.

En el potrero donde habíamos fundado el Sportivo Almafuerte, había un chico de sobrenombre Cacho que imitaba al maravilloso Fioravanti. Uno tomaba la pelota y escuchaba, al instante nomás, a Cacho que relataba desde la raya: «¡Alcanza la pelota Soriano, elude a Carreño, se perfila... cuidado... va a tirar al arco...!» y con eso yo era feliz. No tuve la fortuna de que Víctor Hugo cantara un gol de los míos, pero cuánta emoción había en los que gritaba Cacho. El pobre nunca agarraba una pelota. Se la tirábamos larga y no llegaba, se la pasábamos corta y seguía de largo. A veces, de lástima, en los picados le dejábamos algún tiro libre que, sin falta, pegaba en la barrera y hasta un penal que Tito Pereira le atajó con las piernas.

Era tan negado para el fútbol que aun de arquero resultaba un incordio. No era gordito, ni tonto, como dicen los lugares comunes del fútbol. Simplemente era el chico con menos talento que haya vivido en esos parajes. Entonces lo mandábamos a que transmitiera desde afuera de la cancha. Agarraba un micrófono de juguete, corría por entre el yuyal y todo era distinto: nuestro mundo se iluminaba de proezas y emociones. En ese baldío estaban el Puchi Toranzo y Leonel Briones, que jugaban de aleros. Insiders, les decíamos. Los otros eran fulbás, jás,

wines y el centrofóbal, que era yo. Un nueve rotundo en la camiseta roja. Mi madre me lo había cosido a mano y de tanto en tanto, cuando me iba entre los defensores, algún desairado me manoteaba de atrás y se quedaba con el número en la mano.

Para ser referí bastaba ser mayor. Eso solo ya daba autoridad, y me acuerdo que uno de los partidos más memorables que jugué lo arbitró mi padre, que acertó a pasar por ahí en bicicleta y se paró a verme jugar. En cierto modo el viejo era un intelectual, un hombre de ciencia que de fútbol no sabía nada. De tanto andar por la vida había aprendido que está prohibido tocar la pelota con las manos y que los golpes arteros debían sancionarse con un tiro libre, o algo parecido. Creo que ni siquiera sospechaba la riqueza teórica del off side, las faltas veniales como el córner, el pie levantado en plancha y la imitación de voces que practicaba Cacho Hernández.

El que estoy contando fue un partido entre barrios enemigos y con tantas carencias reglamentarias mi padre no podía sino hacer un papelón. Lo recuerdo parado en el círculo central, de traje cruzado y con los broches de ciclista cerrándole los tobillos; llevaba anteojos oscuros y un reloj de bolsillo que había sido de su abuelo. Le entregamos uno de esos silbatos que tenían un garbanzo adentro y el capitán de Honor y Patria le protestó de entrada porque un delantero nuestro invadió campo antes de que yo moviera. En esos remotos tiempos movía siempre el centrofóbal. Eran las tablas de la ley: empezaba el nueve, los marcadores de punta hacían los saques de línea y los wines tiraban los córners.

En esos partidos, a Cacho lo poníamos con una sola misión: que imitara las voces de los defensores contrarios. Era tan bueno con la garganta que podría haber trabajado sin dificultad con Mareco o Nito Artaza. Un rato antes de empezar el partido se iba a buscarles charla, a divertirlos con las transmisiones y enseguida los pescaba, sobre todo al arquero. En aquel partido habló nada más que dos veces, y muy poco, pero lo hizo en momentos cruciales. En el primer tiempo, mientras nos ganaban uno a cero, ellos tiraron afuera un vergonzoso penal que cobró mi padre, y poco antes de terminar, cuando estábamos acogotados, Bebo Fernández rechazó

como una mula desde el área nuestra. Tendría once años el Bebo, pero podía hacer estallar un neumático de una patada. Tan largo fue el rechazo que sobró a unos cuantos y en el momento en que el cinco de ellos iba a devolver, oyó un «¡dejala!» tan convincente, tan de arquero que sale, que agachó la cabeza. Sobrador, el pibe me miró a mí que llegaba, como diciendo «¿qué tal?» y se desentendió del asunto.

Solo que no era la voz del arquero. Era Cacho, que parecía una cotorra. Un loro barranquero que imita a su perseguidor. Bajé la pelota medio con el pecho medio con la panza, alcancé a ver a mi padre que corría con el silbato en la boca, el traje bien abrochado y los zapatos blancos de polvo, y le di con alma y vida. El arquero seguía abajo de los palos, como tomando fresco. La pelota entró cerca del palo y como no había red cruzó la calle y cayó en un jardín, justo arriba de las amapolas. Mi padre no sabía que había que señalar el centro de la cancha y se acercó a preguntarme por lo bajo: «Jurame que no la tocaste con la mano». Lo miré a la cara: «Te juro», le contesté. Sudaba como un hombreador de bolsas, tenía el pantalón hecho trapo y los zapatos arruinados. Me imaginé que mi madre iba a poner el grito en el cielo cuando volviéramos a casa.

Mi padre detestaba el fútbol y todas las manifestaciones populares. Por eso aquella tarde se metió a referí. Le fascinaba mandar sobre lo que no comprendía. Pasados los cuarenta, era de los que se creían superiores por sostener que el fútbol consiste en veintidós imbéciles corriendo detrás de una pelota. En caso de que le preguntaran decía que simpatizaba con River y si lo apuraban era tan mentiroso que podía declararse amigo de Distéfano. Al rato de iniciar el segundo tiempo cobró un gol de ellos para mí bastante dudoso, porque la rama que hacía de travesaño se había caído y la altura se medía a ojo de buen cubero. Estábamos perdiendo y encima nos bailaban. Uno de esos bailes bonitos, contagiosos, como pueden dar los brasileños o los colombianos. Admirado, Cacho Hernández ya transmitía desde su puesto de wing y eso excitaba todavía más a nuestros verdugos. Tanto se entusiasmó mi padre que ni bien les tocábamos los talones cobraba y encima nos daba un reto. Por esas cosas que tiene el destino esa tarde iba

a dejarnos algunas lecciones. Los de Honor y Patria hicieron todo para golearnos pero solo pudieron meterla dos veces en el arco. Puro azar: la pelota daba en los palos, en nuestro arquero, en la cara del Puchi Toranzo, picaba en los pozos y se desviaba y así siguió hasta el amargo final.

En un contraataque Briones me la tiró por entre la defensa adelantada y me fui solo. Tenía tanto miedo de errar el gol que se la toqué a Cacho Hernández cuando oí que llegaba. Era de una torpeza tal el pobre chico que ni bien acomodó la pelota con el brazo empezó a pedir la infracción con la voz de Fioravanti, a gritar «¡Pésimo el referí!», mientras pateaba al arco vacío. Era el primer gol que hacía fuera de los picados y salió gritando como loco mientras mi padre señalaba, solemne, el medio de la cancha. Dos o tres minutos más tarde, en un paréntesis del baile con túneles y taquitos, un morochito pelado a la cero me quitó la pelota en el área con la elegancia de una niña que toma clases de piano. Yo grité como si me hubiera quebrado y empecé a revolcarme en el suelo. Ahí nomás mi padre cobró penal y expulsó de mal modo al morocho.

Confieso que rematé con un deleite perverso. Sabía que coronaba una injusticia, pero al mismo tiempo intuía que esa aberración provocada por la ignorancia de mi padre nos metía de lleno en las miserias de la vida. Cuando volvimos a casa, mi madre anduvo gritoneando un rato y al final nos mandó a la cama sin cenar.

ARÍSTIDES REYNOSO

Arístides Reynoso era un prócer del fútbol en el Valle de Río Negro y llegó a jugar en Platense en sus años mozos, allá por el cincuenta y dos, mientras Elvis aparecía en los discos de pasta y Evita se moría. Ya de vuelta, Arístides agarraba la pelota y empezaba a silbar. Silbaba aires camperos, cuecas chilenas y alguna vidalita de su tierra natal. Atrás de esa música, claro, escondía una historia inconfesable.

Recordé su andar cansino durante un partido, en el instante en que el Gallego González, con 33 años auestas, metió sobre el final el gol del triunfo de San Lorenzo. Unas horas antes había perdido a su padre. Lenta, dolorosamente, lo venía perdiendo desde hacía dos años y su madre pasaba casi todo el día en el hospital. A lo largo de su vida dentro del área, el Gallego llevaba marcados ciento cinco goles en no sé cuántos clubes y ahora, a esta edad, esperaba una nueva oportunidad en el banco de suplentes. Veira lo llamó para que entrara en los últimos veinte minutos y allí fue el Gallego, sin haber dormido, recién venido del velorio, a ponerle la cabeza al primer centro decente que le tiraron.

Así son las novelas del fútbol: risas y llantos, penas y sobresaltos. González corrió con los brazos en alto a saludar la memoria de su padre. Llevaba lágrimas en los ojos y sus compañeros lloraban con él. De esa pasta están hechos los goleadores. Fantasmas que salen de ninguna parte. Arístides Reynoso fue uno de ellos y yo, que jugué con él a los diecisiete años, lo admiraba tanto que lo trataba de usted, le imitaba la pinta del pantaloncito caído abajo de la cintura y las medias atadas con una cinta color punzó. A veces, cuando perdía un mano a mano con el arquero, él se acercaba a sacudirme la melena con sus patas de oso hormiguero. Recuerdo que una vez recibió de espaldas al arco, empujado por un estóper que lo seguía a todas partes; no sé cómo hizo, pero con una voltereta se le tiró encima, le aplastó la nariz

y me la sirvió en el punto del penal. Hice el gol, pero antes de entrar la pelota pegó en el arquero y en el travesaño. Al día siguiente me llamó a charlar en un bar, cerca de la estación de ómnibus, y me contó que también él, de pibe, quería asomarse a la ventana y solo encontraba una persiana cerrada. «Pero si uno aprende a mirar, por la ranura ve la luz, pibe», me dijo. «Pasala por ahí, como pasan las mariposas». Sí, le dije, pero ¿cómo acertar, cómo resolver el dilema de las tinieblas? ¿Qué hacer con mi angustia de cazador solitario?

El fútbol es duda constante y decisión rápida. De pronto, un gesto torpe parece irreparable pero la pelota va y viene en gracia y desgracia. Arzeno, el de Independiente, también lloró al comprender que el referí lo echaba y dejaba a los suyos a merced de River. Raro instante de arrepentimiento en un zaguero: casi siempre, los defensores se van con el pecado auestas, dispuestos a repetirlo mañana mismo. Arzeno, en cambio, moqueaba y eso, me parece, dejó a los otros con el ánimo por el suelo. Y los golearon.

Al llegar a la primera de Platense, Arístides Reynoso se fue a vivir con una bailarina de la calle Corrientes y empezó a salir de noche, a tragarse Buenos Aires. Amanecía en los bares con la gente de teatro y un día lo encontraron durmiendo en un quiosco de diarios. Pronto perdió el puesto de número diez en la época en que no había banco de suplentes y pasó al largo insomnio de la división reserva. Ahí se encontró con tipos que estaban de vuelta, con los que erraban penales y hacían goles en contra, con los que nunca habían visto la luz que pasaba por la rendija de la persiana. Eso le tocó el amor propio: hizo tantos goles que al poco tiempo volvió a los partidos importantes y le puso un sombrero a Carrizo en la cancha de River y un taquito a Blazina en el viejo Gasómetro. Metido en la alucinante noche de la Buenos Aires justicialista y en las luminosas siestas de estadios repletos, aprendió las cosas de golpe. Fue en ese tiempo, me contó, que empezó a silbar en la cancha. El cuerpo le dolía horrores, pero su mente volaba: podía ver, mientras devolvía una pared y picaba al vacío, la sonrisa de un chico en la primera fila de plateas; veía a los carteristas en acción y a los que meaban desde la tribuna de arriba. Una tarde,

seguro de ser como una mariposa, decidió pasar gambeteando entre Colman y Otero, los roperos del Boca campeón. Esperó su oportunidad tirándose atrás, ofreciéndose de enganche, hasta que un tal Maldonado se la dio en un claro inmenso desde donde los otros jugadores parecían cucarachas.

Arístides Reynoso había empezado a mirar la vida de reajo. No con cinismo sino con ironía. Tuvo todas las mujeres, había cantado a dúo con Edmundo Rivero y una madrugada, en El Tropezón, le contó un mal chiste a Sandrini. Entonces se dijo que ya era hora de hacer las valijas, meter un gol inolvidable y volver a su pueblo para jugar de nuevo en los potreros. La pelota que le tiró Maldonado le llegó girando igual que gira la vida. El frente de ataque estaba cerrado porque cruzaba el Pelado Pescia y solo Mouriño se acercaba. La tiró larga, con un silbido de cueca, y nadie se animó a quedar pagando. Arístides Reynoso sintió que Colman esperaba afilando el puñal, que Otero andaba algo distraído y los encaró con la cabeza alta. No era hábil como Orteguita ni elegante como Zanetti; más bien se parecía a Márcico, un piloto de tormentas navegando en calma chicha, un montón de huesos dotados de inteligencia. Otero quedó en el camino y Pescia se resbaló al segundo amague. Iba tan entusiasmado Arístides Reynoso que hizo una bicicleta y arqueó el cuerpo para engañarlo a Colman y tirarle el caño que iba a verse en todo el país. Pero a Colman lo llamaban Comisario y no había nacido ayer. Adonde adivinó la intención del otro, lanzó un grito criminal y se le tiró a las canillas con los tapones de punta. Arístides alcanzó a pasarle la pelota por debajo del culo, pero el zapato del Comisario le arrancó la carne hasta la rodilla.

Años después mostraba con orgullo la cicatriz y juraba no haber abierto la boca para quejarse. No hizo otra cosa que levantarse y seguir porque la pierna lo sostenía todavía y Musimessi, el Arquero Cantor, ya salía a enfrentarlo. Eran tiempos del Glostora Tango Club: tipos de traje y gomina Brancato que escuchaban las charlas de Discépolo; damas y damitas con pollera hasta abajo de la rodilla. Una década insulsa que preludiaba las tormentas que cantarían Beatles y Stones. Cine, radioteatro, salón de té, hipódromo, tango... ¡Cuánto había que esperar a que las

chicas se decidieran! ¡Cuánto amor y cuánto odio despertaban Evita y Perón! Todo eso y Arístides Reynoso que pisa el área con las valijas hechas y el pasaje comprado. Viene medio desacomodado y Musimessi ya abre el tren de aterrizaje, cae a sus pies con la camiseta que le marca las costillas. A Arístides le queda una sola: frenar de golpe, tirarla con los talones por encima de la espalda e ir a buscarla, si llega, por la rendija que se abre detrás del arquero. Siente el golpe en la rodilla, sabe de qué se trata, pero escapa y antes de caer por última vez en un estadio porteño, le pega de punta y cierra la valija.

Después el hospital, el largo viaje pampeano con una pierna en llagas y la otra enyesada. Así llegó a la estación donde fuimos a buscarlo: bromeando y dispuesto a seguir en los potreros. Tardó dos años en reponerse y un día nos encontramos en la misma delantera, yo que empezaba y él con su monumento a cuestras. Al poco tiempo me contó lo de la ventana y la rendija. Por ese ínfimo lugar me hizo pasar a su lado, sin hablar nunca de pesos y medidas, sin decirme por qué la pelota pica y engaña, pica y obedece, va a buscar un atisbo de luz aunque viva en el corazón de las tinieblas.

GALLARDO PÉREZ, REFERÍ

Para el Mundial de 1986, *Il Manifesto*, de Roma, me pidió que escribiera un artículo por día durante todo el mes del campeonato. Maurizio Matteuzzi me explicó que no se trataba de viajar a México; ni siquiera de comentar los partidos por televisión. Desde Buenos Aires yo tenía que imaginar todos los días un relato vinculado con el fútbol para acompañar las conjeturas de los especialistas italianos.

De entrada, Giorgio Monocorda, uno de los columnistas, escribió que el candidato más firme a ganar la copa era el seleccionado argentino. Yo me reí de él en el primer télex que mandé desde Buenos Aires, pero un mes más tarde, cuando Jorge Burruchaga coronó la victoria sobre Alemania, tuve que disculparme ante los lectores italianos por mi falta de confianza en Bilardo y su gente. «Ustedes, los argentinos, son unos descreídos», me reprochó Matteuzzi por teléfono. Y esa vez tuve que darle la razón.

El protagonista de este relato existió, pero quizá no se llamaba Gallardo Pérez. Yo hice el gol del escándalo, pero no creo que haya sido exactamente así. De cualquier modo, me divirtió reconstruir aquellos días en que era muchacho y soñaba con jugar un día en San Lorenzo de Almagro.

Cuando yo jugaba al fútbol, hace más de veinte años, en la Patagonia, el referí era el verdadero protagonista del partido. Si el equipo local ganaba, le regalaban una damajuana de vino de Río Negro; si perdía, lo metían preso. Claro que lo más frecuente era lo de la damajuana, porque ni el referí, ni los jugadores visitantes tenían vocación de suicidas.

Había, en aquel tiempo, un club invencible en su cancha: Barda del Medio. El pueblo no tenía más de trescientos o cuatrocientos habitantes. Estaba enclavado en las dunas, con una calle central de cien metros y, más allá, los ranchos de adobe,

como en el Far West. A orillas del río Limay estaba la cancha, rodeada por un alambre tejido y una tribuna de madera para cincuenta personas. Eran las «preferenciales», las de los comerciantes, los funcionarios y los curas. Los otros veían el partido subidos a los techos de los Ford A o a las cajas de los camiones de la empresa que estaba construyendo la represa.

Todos nosotros estábamos bajo el influjo del maravilloso estilo del Brasil campeón del mundo, pero nadie lo había visto jugar nunca: la televisión todavía no había llegado a esas provincias y todo lo conocíamos por la radio, por esas voces lejanas y vibrantes que narraban los partidos. Y también por los diarios, que llegaban con cuatro días de atraso, pero traían la foto de Pelé, el dibujo de cómo se hacía un 4-2-4 y la noticia de la catástrofe argentina en Suecia.

Yo jugaba en Confluencia, un club de Cipolletti, pueblo fundado a principios de siglo por un ingeniero italiano que tenía un monumento en la avenida principal. Todavía las calles no habían sido pavimentadas y para ir al fútbol los domingos de lluvia había que conseguir camiones con ruedas pantaneras.

Confluencia nunca había llegado más arriba del sexto puesto, pero a veces le ganábamos al campeón. Muy de vez en cuando, pero le dábamos un susto.

Ese día teníamos que jugar en la cancha de Barda del Medio y nunca nadie había ganado allí. Los equipos «grandes» descontaban de sus expectativas los dos puntos del partido que les tocaba jugar en ese lugar infernal. Los muchachos de Barda del Medio, parientes de indios y chilenos clandestinos, eran tan malos como nosotros suponíamos que eran los holandeses o los suecos. Eso sí, pegaban como si estuvieran en la guerra. Para ellos, que perdían siempre por goleada como visitantes, era impensable perder en su propia casa.

El año anterior les habíamos ganado en nuestra cancha 4 a 0 y perdimos en la de ellos por 2 a 0 con un penal y un piadoso gol en contra de Gómez, nuestro marcador lateral derecho. Es que nadie se animaba a jugarles de igual a igual

porque circulaban leyendas terribles sobre la suerte de los pocos que se habían animado a hacerles un gol en su reducto.

Entonces, todos los equipos que iban a jugar a Barda del Medio, aprovechaban para dar licencias a sus mejores jugadores y probar a algún pibe que apuntaba bien en las divisiones inferiores. Total, el partido estaba perdido de antemano.

El referí llegaba temprano, almorzaba gratis y luego expulsaba al mejor de los visitantes y cobraba un penal antes de que pasara la primera hora y la tribuna empezara a ponerse nerviosa. Después iba a buscar la damajuana de vino y en una de esas, si la cosa había terminado en goleada, se quedaba para el baile.

Ese día inolvidable, nosotros salimos temprano y llevamos un equipo que nos había costado mucho armar porque nadie quería ir a arriesgar las piernas por nada. Yo era muy joven y recién debutaba en primera y quería ganarme el puesto de centro delantero con olfato para el gol. Los otros eran muchachos resignados que iban para quedarse en el baile y buscar una aventura con las pibas de las chacras.

Después del masaje con aceite verde, cuando ya estábamos vestidos con las desteñidas camisetas celestes, el referí Gallardo Pérez, hombre severo y de pésima vista, vino al vestuario a confirmar que todo estuviera en orden y a decirnos que no intentáramos hacernos los vivos con el equipo local. Le faltaban dos dientes y hablaba a los tropezones, confundiendo lo que decía con lo que quería decir.

Le dijimos —y éramos sinceros— que todo estaba bien y que tratara, a cambio, de que no nos arruinaran las piernas. Gallardo Pérez prometió que se lo diría al capitán de ellos, Sergio Giovanelli, un veterano zaguero central que tenía mal carácter y pateaba como un burro.

Ni bien saludamos al público que nos abucheaba, el defensa Giovanelli se me acercó y me dijo: «Guarda, pibe, no te hagas el piola porque te cuelgo de un árbol».

Miré detrás de los arcos y allí estaban, pelados por el viento, los siniestros sauces donde alguna vez habían dejado colgado a algún referí idealista. Le dije que no se preocupara y lo traté de «señor». Giovanelli, que tenía un párpado caído surcado por una cicatriz, hizo un gesto de aprobación y fue a hacerles la misma advertencia a los otros delanteros.

La primera media hora de juego fue más o menos tranquila. Empezaron a dominarnos pero tiraban desde lejos y nuestro arquero, el Cacho Osorio, no podía dejarla pasar porque hubiera sido demasiado escandaloso y nos habrían linchado igual, pero por cobardes. Después dieron un tiro en un poste y el Flaco Ramallo sacó varias pelotas al córner para que ellos vinieran a hacer su gol de cabeza.

Pero ese día, por desgracia, estaban sin puntería y sin suerte. Todos hicimos lo posible para meter la pelota en nuestro arco, pero no había caso. Si el Cacho Osorio la dejaba picando en el área, ellos la tiraban afuera. Si nuestros defensores se caían, ellos la tiraban a las nubes o a las manos del arquero.

Al fin, harto de esperar y cada vez más nervioso, Gallardo Pérez expulsó a dos de los nuestros y les dio dos penales. El primero salió por encima del travesaño. El segundo dio en un poste. Ese día, como dijo en voz alta el propio referí, no le hacían un gol ni al arco iris.

El problema parecía insoluble y la tribuna estaba caldeada. Nos insultaban y hasta decían que jugábamos sucio. Al promediar el segundo tiempo empezaron a tirarnos cascotazos.

El escándalo se precipitó a cinco o seis minutos del final. El Flaco Ramallo, cansado de que lo trataran de maricón, rechazó una pelota muy alta y yo piqué detrás de Giovanelli, que retrocedía arrastrando los talones. Saltamos juntos y en el afán de darme un codazo pifió la pelota y se cayó. La tribuna se quedó en silencio, un vacío que me calaba los huesos mientras me llevaba la pelota para el arco de ellos, solo como un fraile español.

El arquero de Barda del Medio no entendía nada. No solo no podían hacer un gol sino que, además, se le venía encima un tipo que se perfilaba para la izquierda, como abriendo el ángulo de tiro. Entonces salió a taparme a la desesperada, consciente de que si no me paraba no habría noche de baile para él y tal vez hasta tuviera que hacerme compañía en el árbol de fama siniestra. Él hizo lo que pudo y yo lo que no debía. Era alto, narigón, de pelo duro, y tenía una camiseta amarilla que la madre le había lavado la noche anterior. Me amagó con la cintura, abrió los brazos y se infló como un erizo para taparme mejor el arco. Entonces vi, con la insensatez de adolescencia, que tenía las piernas arqueadas como bananas y me olvidé de Giovanelli y de Gallardo Pérez y vislumbré la gloria.

Le amagué una gambeta y toqué la pelota de zurda, cortita y suave, con el empeine del botín, como para que pasara por ese paréntesis que se le abría abajo de las rodillas. El narigón se ilusionó con el dribling y se tiró de cabeza, aparatoso, seguro de haber salvado el honor y el baile de Barda del Medio. Pero la pelota le pasó entre los tobillos como una gota de agua que se escurre entre los dedos.

Antes de ir a recibirla a su espalda le vi la cara de espanto, sentí lo que debe ser el silencio helado de los patíbulos. Después, como quien desafía al mundo, le pegué fuerte, de punta, y fui a festejar. Corrí más de cincuenta metros con los brazos en alto y ninguno de mis compañeros vino a felicitarme. Nadie se me acercó mientras me dejaba caer de rodillas, mirando al cielo, como hacia Pelé en las fotos de El Gráfico.

No sé si el referí Gallardo Pérez alcanzó a convalidar el gol porque era tanta la gente que invadía la cancha y empezaba a pegarnos, que todo se volvió de pronto muy confuso. A mí me dieron en la cabeza con la valija del masajista, que era de madera, y cuando se abrió todos los frascos se desparramaron por el suelo y la gente los levantaba para machucarnos la cabeza.

Los cinco o seis policías del destacamento de Barda del Medio llegaron como a la media hora, cuando ya teníamos los huesos molidos y Gallardo Pérez estaba en calzoncillos envuelto en la red que habían arrancado de uno de los arcos.

Nos llevaron a la comisaría. A nosotros y al referí Gallardo Pérez. El comisario, un morocho aindiado, de pelo engominado y cara colorada, nos hizo un discurso sobre el orden público y el espíritu deportivo. Nos trató de boludos irresponsables y ordenó que nos llevaran a cortar los yuyos del campo vecino.

Mientras anocheecía tuvimos que arrancar el pasto con las manos, casi desnudos, mientras los indignados vecinos de Barda del Medio nos espiaban por encima de la cerca y nos tiraban más piedras y hasta alguna botella vacía.

No recuerdo si nos dieron algo de comer, pero nos metieron a todos amontonados en dos calabozos y al referí Gallardo Pérez, que parecía un pollo deshuesado, hubo que atenderlo por hematomas, calambres y un ataque de asma. Deliraba y en su delirio insensato confundía esa cancha con otra, ese partido con otro, ese gol con el que le había costado los dos dientes de arriba.

Al amanecer, cuando nos deportaron en un ómnibus destartado y sin vidrios, bajo una lluvia de cascotes, nuestro arquero, el Cacho Osorio, se acercó a decirme que a él nunca le hubieran hecho un gol así. «Se comió el amague, el pelotudo», me dijo y se quedó un rato agachado, moviendo los brazos, mostrándome cómo se hacía para evitar ese gol.

Cuando se despertó, a mitad de camino, Gallardo Pérez me reconoció y me preguntó cómo me llamaba. Seguía en calzoncillos pero tenía el silbato colgando del cuello como una medalla.

—No se cruce más en mi vida —me dijo, y la saliva le asomaba entre las comisuras de los labios—. Si lo vuelvo a encontrar en una cancha lo voy a arruinar, se lo aseguro.

—¿Cobró el gol? —le pregunté.

—¡Claro que lo cobré! —dijo, indignado, y parecía que iba a ahogarse—. ¿Por quién me toma? Usted es un pendejo fanfarrón, pero eso fue un golazo y yo soy un tipo derecho.

—Gracias —le dije y le tendí la mano. No me hizo caso, se señaló los dientes que le faltaban.

—¿Ve? —me dijo— Esto fue un gol de Sívorí en orsai. Ahora fíjese dónde está él y dónde estoy yo. A Dios no le gusta el fútbol, pibe. Por eso este país anda así, como la mierda.

BOMBERO Y VENDIDO

Cuando se habla de mafiosos y coimeros, se los ve por la tele y se los escucha por radio, recuerdo al más simpático y creativo que me tocó conocer. Era referí y se llamaba, pongamos, Francisco Gómez Williams, o se hacía llamar así para que fuese más difícil insultarlo desde la tribuna. Igual, sus amigos le decían Pancho y ahí el personaje empezaba a rimar y sufrir como todo el mundo. Era petiso y musculoso, con una gran nariz torcida y la sonrisa siempre bien puesta. Gran conversador, sobre todo dentro de la cancha. Pedía, si la memoria no me falla, mil pesos por cobrar un penal y dos o tres mil para anular un gol. Dependía de la importancia del partido y de la cara del cliente. Uno podía comprarle incluso algún corner, o un tiro libre a veinticinco metros del arco, si se le mandaba un buen emisario a los camarines. Digo buen emisario porque Williams se había ensartado tantas veces que ya estaba curado de espanto: inventaba el penal y después los dirigentes se lo anotaban en el agua, no le daban pagarés ni cheques posdatados. Fue por eso que hizo un acuerdo con la mafia de la gobernación y abrió una cuenta en Chile a nombre de un falso referí de allá.

Vestía bien, salía con chicas que los jugadores le envidiábamos y hasta que lo mataron de un tiro en el aeropuerto de Neuquén fue uno de los personajes más populares de la región. Al entrar a la cancha, si el partido estaba arreglado, casi siempre nos lo hacía saber. Un domingo de 1962, en el partido contra Estrella Polar, puse un pelotazo en un palo a los cuatro o cinco minutos y enseguida me llamó. En aquel entonces no se usaban tarjetas de colores ni se hacían cambios de jugadores en medio del partido. Me tomó del brazo y me llevó aparte como si me estuviese dando un reto, pero eso era para engañar a la tribuna. Lo que hacía en realidad era contarme que una admiradora de Buenos Aires le había mandado unos zapatos

ingleses de puntera ancha y que pensaba estrenarlos en el baile del Tiro Federal. De paso me avisó que no me rompiera, que igual íbamos a perder.

En el entretiem po se lo conté a nuestro entrenador, el Míster Peregrino Fernández, que venía de un asado y andaba con unas copas de más. Nadie hubiera podido imaginar que al año siguiente estaría dirigiendo el Red Star de París y se convertiría en el más respetado teórico del fútbol ofensivo.

—No le haga caso —me ordenó—. Usted vaya y gane el partido.

Lo mismo les dijo a los otros y se quedó durmiendo la mona sobre una mesa del vestuario. El Cuco Pedrazzi era el capitán del equipo y lo interpretó a su manera: juguemos al orsai, nos dijo. De esa manera, explicó, estaríamos siempre fuera de la zona de peligro y evitaríamos los penales arteros con los que Williams podía liquidarnos. A los quince minutos del segundo tiempo el Beto Jara, un número diez más lujoso que Galetto y Redondo juntos, amagó pasarme la pelota y desde treinta metros, con una multitud de contrarios delante, la puso en un ángulo. Ni lo festejó. Se quedó mirando a ver qué inventaba el referí para anular el gol. No sé si Williams ya formaba parte de la mafia o estaba por ingresar en esos días, pero le hacía falta mucha imaginación para salir del paso. Hizo un vago gesto que silenció a la tribuna, fue hasta donde estaba Jara y lo invitó a dar un paseo por la cancha. A él también le contó de los zapatos ingleses, le refirió la otra cara de una historia de adulterio que había terminado con el exilio del comisario en La Rioja y por fin le pidió consejo:

—Vos, en mi lugar, ¿qué harías?

—Doy el gol. No hay otra.

—Son dos mil pesos, che. Terminó la casita y me compro el Winco con mueble que les gusta a las chicas. ¿No la habrás bajado con la mano? ¿No viste particulares en la cancha? ¿Nada raro?

—Y el linesman, ¿para qué está?

—Si lo consulto tengo que arreglar con él y eso me quita autoridad. Voy a parecer un vendido. ¿Sabés qué podemos hacer?

—Qué.

—Vos me das una piña y yo te echo. Ahí se arma un quilombo bárbaro y después nadie se acuerda del gol.

—Ni loco.

—Maricón... ¿Sabés lo que hace tu novia mientras vos discutís conmigo?

Y siguió así hasta que el Beto Jara le dio una piña. Entonces sí la cancha se llenó de particulares y policías, el partido se suspendió hasta que Williams volvió en sí, nos expulsó cuatro jugadores, echó a uno de sus jueces de línea por no haber levantado el banderín y anuló el gol sin dar explicaciones.

La hinchada rompió todo lo que encontró a mano pero a la hora en que el Mister Peregrino Fernández despertó de su siesta, ya había vuelto la calma. En la tribuna había tantos carteristas y colados que a nadie le convenía encontrarse con la policía. Poco importa lo que pasó después, pero perdimos dos a cero. Williams terminó de construir su casa en un barrio elegante y con el tiempo hizo una pequeña fortuna. Todo el mundo sabía que era coimero y mafioso, pero a nadie parecía importarle. Hasta nos divertía que fuese tan desfachatado. El tiempo pasa con tanta rapidez, decía el Mister Peregrino Fernández, que los necios solo saben rascarse el ombligo y mirar para otra parte.

El día en que lo mataron, Pancho Williams ya había llegado a presidente de no sé qué cuerpo de árbitros, viajaba en avión y los penales que cobraba eran más selectivos y caros. La mafia que le disparó en el aeropuerto quería terminar con el negocio artesanal y las conversaciones amables. El juez los demoró unos minutos y se conformó con lo que le dijeron: según ellos el mafioso era Williams, que como todo el mundo sabía era un vendido y no se podía confiar en él. Había arreglado

campeonatos enteros y ese día en el aeropuerto se le había caído al suelo un revólver que se disparó solo y lo mató.

En ese tiempo yo me fui a jugar a Independiente de Tandil pero después supe que desde entonces en lugar de comprar la simpatía de Williams empezaron a sobornar a jugadores y hubo que esperar el virtuoso gobierno de Arturo Illia para que la gente se animara a hablar. Prefiero recordar al Beto Jara clavando la pelota en un ángulo, evocar la piña que le dio al coimero de Williams, que imaginármelo arreglado y tirando un balón dos metros afuera del arco.

PEREGRINO FERNÁNDEZ

Cuando el Míster Peregrino Fernández dejó el club Confluencia, ninguno de nosotros podía imaginar que iba a dirigir en Francia y se iba a hacer famoso como creador del fútbol espectáculo. Se llevó con él al Cuco Pedrazzi que lo seguía como a un padre y los dos hicieron fortuna en el viejo Red Star de París. Pedrazzi se casó con una viuda francesa y a los cincuenta se fue a Nancy como consultor de defensores y arqueros. Me lo encontré por casualidad en el Parque de los Príncipes y después de tanto tiempo me costó reconocerlo. Me lo presentaron como a un argentino más y hablamos de todo un poco. Comentamos la derrota de los nuestros en la Copa América y me preguntó por algunos jugadores que le habían parecido horribles. Al rato, hablando de Passarella, de Veira, de Bianchi y otros técnicos, recordó la epopeya del Míster Peregrino Fernández y ahí caímos en la cuenta que de jóvenes habíamos jugado en el mismo equipo, allá en Cipolletti.

El Míster está un geriátrico cerca de Neuilly, me dijo. Cuando lo rajaron de la liga francesa por jugar un partido con doce hombres se fue a Australia y allá anduvo bárbaro porque la gente sabía muy poco de fútbol. Me contó que el Míster siguió fiel a su filosofía hasta el fin de su carrera e hizo sensación en Sidney y Melbourne con el fútbol espectáculo. Los mandaba al ataque a todos, ponía siete delanteros y conseguía partidos 6 a 5, 4 a 7 y llegó a perder 12 a 8 en una final de 1981 que todavía muestran en la televisión y las escuelas de fútbol.

El día en que llegó a Cipolletti, hace más de treinta años, ya insinuaba esa determinación de rebelarse contra los esquemas y los tabúes del fútbol. En aquel tiempo yo había cumplido los diecisiete y empezaban a ponerme en la primera con los grandes. Orlando el Sucio, que había sido el técnico anterior, nos hacía jugar con el esquema que Helenio Herrera aplicaba en Italia. Ponía cuatro defensores en línea, otros dos criminales unos pasos más adelante y un tercero que les quitaba a

los contrarios las ganas de asomarse. Ese era el Cuco Pedrazzi, que tenía el récord de ocho expulsiones por juego brusco en un solo campeonato. A los lados, boyando en zona, colocaba un par de corredores sin historia de los que se consiguen en cualquier potrero. El que llevaba el número once era un poco más despierto, corría por delante de la muralla y tenía que ordenar el despelote que se armaba cada vez que venía una pelota dividida y se chocaban entre ellos. Todos tenían prohibido pasar la mitad de la cancha. Solo el Manco Salinas, que era número diez, podía irse unos metros, no muchos y allá arriba, solo y puteado por toda la hinchada, quedaba yo como único delantero. Fueron tan pocos los goles que hice ese año que me los acuerdo todos, hasta aquel cañonazo del Cuco Pedrazzi que pegó en el travesaño, rebotó adentro y como el referí hizo seguir tuve que ir a meterla de chilena. No sé cómo hice pero desde ese día la tribuna empezó a putearme menos a mí que a los defensores contrarios.

Terminamos siete veces cero a cero, perdimos cuatro o cinco por uno a cero y hasta ganamos dos partidos por un gol. Entonces, como el club tenía otras ambiciones, un día contrató al Míster Peregrino Fernández para jugar al ataque. Todos los defensores, menos el Cuco Pedrazzi, se quedaron sin puesto y fue la fiesta de los delanteros. No éramos muchos y cualquier tipo capaz de dominar la pelota entre tres defensores se ponía la camiseta y entraba. Era lo contrario de lo que nos había enseñado Orlando el Sucio. Una revolución que empezó a llenar las canchas, «A la carga Barracas», decía el Míster, que venía expulsado de Chacarita y todos salíamos al frente, picábamos como locos habilitados o en orsai. Fue en ese tiempo que empezó a meter un jugador de contrabando. Lo hacía cambiar al chileno Jara, lo escondía entre el masajista y el utilero y al rato, cuando se armaba algún revuelo alrededor del referí, lo mandaba a colarse en la cancha. El truco funcionaba casi siempre pero un sábado, en un nocturno que jugamos en Villa Regina, un comedido se puso a contar los jugadores y descubrió que teníamos dos tipos con el número siete. Encima Jara estaba haciendo el mejor partido de su vida, se los apilaba a todos y nos servía los goles en bandeja de oro y todo el mundo

empezó a fijarse en ese siete que a veces era él y a veces era otro, dos cabezas más alto. Ganamos 5 a 3, pero el Tribunal de Disciplina nos sacó los puntos y casi nos manda al descenso como castigo. Por un tiempo, el Míster paró la mano. Ahora creo que no lo hacía por tramposo sino porque le encantaba ver la pelota cerca de los arcos. Dejaba dos backs y los otros íbamos a buscar el gol. Así tuve a mi lado todo tipo de delanteros, improvisados y profesionales. Estaba el Tuerto López, que era zurdo y del lado derecho no veía nada. Abel Corinto, un buen cabeceador, tan veterano que refería anécdotas del 17 de octubre, cuando jugaba en Temperley y cruzó el Riachuelo para reclamar la libertad de Perón. Juan Cruz Mineo, que le contaba películas al referí para tenerlo distraído. El Lungo Suárez, que tarareaba tangos mientras llevaba la pelota. El Tincho Saldías, que solía abandonar los partidos antes del final porque odiaba que le quitaran la pelota. Si no recuerdo mal era el único jugador del equipo que tenía coche propio.

Lo cierto es que el club se quedó sin defensores y nos hicieron tantos goles como nunca volví a ver. El Míster Peregrino Fernández había abierto el negocio del fútbol espectáculo pero al final lo nuestro se parecía al básquet, un gol para acá, un gol para allá. Un día que perdimos 7 a 4 desapareció y nunca más se supo de él. Ahora, el Cuco Pedrazzi me dice que está en un geriátrico de París y a veces lo llama por teléfono para recomendarle que, dirija a quién dirija, vaya al ataque. Le pregunté si había sacado alguna enseñanza del Míster y me hizo una mueca de desdén: «Mientras duró hicimos buena plata, pero después la gente empezó a fijarse en la tabla de posiciones y llamaron a Orlando el Sucio. El Míster tenía un vértigo bárbaro pero de contraataque nos llenaban la canasta».

Tal cual. Pero aquella temporada de 1960 en el área llovían pelotas, salían de abajo de la tierra, aparecían como hongos, parecía que cada jugador tuviera una que había traído de su casa. Lo que no tuvo en cuenta el Míster Peregrino Fernández fue que el miedo puede más. Fueron tantos los sustos que nos dimos que empezamos a perderle el gusto al espectáculo. Lo suyo era lindo para la tribuna visitante, pero cada vez que nos hacían un gol se nos retorcían las tripas.

Recuerdo un partido que estaba cuatro a cuatro: retrocedí para ayudarlo a Pedrazzi a cubrir un contragolpe y me tocó sacar la pelota sobre la línea del gol. Al terminar el primer tiempo, en el vestuario, el Míster se me acercó y empezó a gritarme: ¡Qué hace ahí perdiendo tiempo! ¡Su arco es el otro, carajo!

Ahora está escribiendo un libro de estrategia ofensiva y Pedrazzi me dijo que se hace preparar compactos de partidos en los que solo se ven los goles. Cada tanto lo llevan a la cancha pero después no puede dormir de tristeza. Me digo que un día de estos voy a ir a verlo para evocar con él los tiempos en que nuestra vida estaba llena de goles.

NOSTALGIAS

Después del encuentro con el Cuco Pedrazzi en el Parque de Los Príncipes, fui a visitar al Míster Peregrino Fernández a un geriátrico de Neuilly, la zona residencial de París. Lo encontré con las piernas duras en una silla de ruedas. ¡Cuánta nostalgia al verlo! Recordé al cuarentón flaco, alto y melancólico que llegó como director técnico a Cipolletti, a principios de los sesenta. En aquel tiempo era capaz de hacerle frente solo a la barra brava que venía a apretarnos, de subir a la tribuna y discutir cara a cara con los que lo insultaban. Han pasado más de treinta años y yo estoy lejos de aquel centrodelantero que era en los tiempos en que recién aparecía el 4-2-4 y no estaba permitido hacer cambios de jugadores.

Para que me recordara tuve que ubicarlo, contarle algunas anécdotas sólidas que se levantaran entre las tantas y mejores que acumuló después, cuando se fue a Europa y Australia.

— ¡Ah!, vos sos el centrofóbal al que le robaron el coche cuando iba a patear el penal. Sí, me acuerdo, después fuiste a Racing...

— No, ese fue el Tincho Saldías.

— Qué malo era el Tincho, ¿te acordás? Donde se ponía él había un back cebando mate.

— Sí, pero él fue a Racing y yo no.

— ¿Hizo goles?

— No. Dos o tres. Creo que después pasó a Colón de Santa Fe.

— ¿Y vos?

— Yo hice el gol en la final contra San Martín.

—¿Cuál San Martín?

—El que había en Cipolletti.

—Pero después fuiste a San Lorenzo, con el Toto. Me acuerdo: Dobal, Rendo, Arean, vos y el Manco Casa.

Me quedé soñando un rato, como si lo que él creía recordar hubiese sido cierto. —No, yo me lesioné y quedé mal. El que estaba en San Lorenzo era el Bambino Veira.

—Pucha, dirigí tantos cuadros que se me confunde todo. Y la memoria a esta edad... Pero si eras bueno me voy a acordar... ¿No sos el que fue preso por pegarle al referí en General Roca?

—No, ese fue el Paya González. Le hundió la nariz.

—Ya me ubico: te lesionaste la rodilla en el Inter de Milan.

—No, yo me arruiné la rodilla contra Centenario, en Neuquén.

—Claro, ahora veo. El nueve zurdo que desmayó al perro... Qué gol te comiste contra Pacífico, ¿te acordás?

¡Cómo olvidarlo, Mister! El chileno Jara se sacó dos marcas de encima, se abrió a la derecha y me la tiró a espaldas del dos de Pacífico; la dominé al borde del área y cuando vi que el arquero salía le pegué tan fuerte y tan mal que el pelotazo desmayó a un perro de policía. Al terminar el partido, el Mister, enamorado del juego bonito y creador del fútbol espectáculo, me dio una filípica y en la semana tuve que repetir veinte veces la jugada con al arquero nuestro.

Nos reímos mucho en el geriátrico. Le compré un helado de frutilla y me pidió que lo llevara a dar una vuelta por el parque. Había un sol espléndido, uno de los mejores veranos que había tenido París en muchos años. Al cabo de un largo monólogo, mientras yo empujaba la silla, el Mister Peregrino Fernández recordó sin pizca de arrepentimiento que más de una vez había puesto doce jugadores en la

cancha sin que nadie se diera cuenta. Trece en el Standard de Melbourne, me confesó. Nadie se avivó y ganamos seis a dos. Claro que éramos locales. Hubo un tiempo en que el Míster hizo escuela con el fútbol superofensivo y ganó un vagón de plata. Inventó mil cosas: el volante fantasma, el estóper de cuatro patas, el líbero gentil, el puntero ausente; plantaba el equipo tan adelante que todos los rebotes nos dejaban mal parados y los partidos terminaban en goleadas. Llegó a la osadía, en Melbourne, de poner a un homosexual confeso como número ocho, volante por la derecha. A mí qué me importaba si el tipo tenía buen manejo y dirigía al grupo con más autoridad que esos taxistas que manejan de noche.

—Un técnico tiene que saber aprovechar todo el potencial de los jugadores. Yo en Australia no tenía negros y los africanos estaban de moda, no iba nadie a la cancha si no ponías dos o tres negros gambeteadores. Y bueno, lo llamé al suplente, un pibe bárbaro que no entraba nunca, y le dije: esta es tu oportunidad, andá y pintate de negro.

—¿Hizo goles, Míster?

—Ni uno. Para el gol hay un ángel especial. Un no sé qué. Lo tenés o no lo tenés. Vos viste: está lleno de delanteros que no hacen más de cinco goles por campeonato, ¡no es serio!

—En San Lorenzo el pibe Rossi estuvo como tres años sin mojar.

—¿Viste? En cambio vos eras como Scotta: pelota que te tiraban era gol o desmayabas al perro.

—Trataba de hacerlo, sí.

—Metiste el gol en Barda del Medio, donde estaba prohibido, y fuimos todos en cana.

—Me acuerdo, Míster. Discúlpeme.

— Así que te lesionaste allá, en el culo del mundo... Carajo, qué jodida es la vida. Mirame a mí: con un pie en el vestuario y otro en el crematorio; yo que inventé el wing electrónico.

— Ese no jugó conmigo, Míster.

— No, fue en Francia. Le pusimos un circuito impreso y detonadores en los tacos de los botines. Cuando corría echaba chispas como una estrellita de Navidad y no se le acercaba nadie... ¿Sabés cuál era la joda? No hacía goles. Llevame hasta el lago, ¿querés? Si me comprás otro helado te cuento la del arquero sin manos. Una final en Barcelona y yo pongo un arquero sin brazos. ¿Qué tal?

— ¿Helado de qué, Míster?

— Chocolate y menta... Decime, ¿qué hacés acá con este calor?

— Estoy terminando una novela.

— ¿Tiene gol?

— Algunos.

— Muy bien. Guarda.

— Quédese tranquilo.

— Me acuerdo que me decías eso, sí... ¿De que trata el libro? ¿De fútbol? —
No. Trata de los goles que uno se pierde en la vida.

— Ya veo. Poneme a la sombra, pibe, que te cuento la del arquero sin manos.

CASABLANCA

Imagíenme así: un metro setenta y cinco, más bien flaco, bigote ancho como el que llevaba mi abuelo a principios de siglo. Ha vuelto a ponerse de moda. Pelo abundante y descuidado, patillas cortas. Llevo sombrero tumbado a media frente. Tengo carácter huraño y alma de calefón. Me lo dijo una chica que crucé en Marsella el día en que escapamos de la gran guerra, allá por el año treinta y ocho. Ahora ya lo saben: me derriten las palabras amables y las mujeres que fingen timidez.

Me llamo Gustavo Peregrino Fernández, pero la profesión me privó del primer nombre y me regaló otro, doctoral y vulgar: Míster. Míster Peregrino Fernández, entonces. Llevo muchachos a correr por los potreros de algún olvidado rincón de la patria. Trato de que se porten bien y dejen en la cancha lo mejor que tienen. Que no corran como poseídos detrás de la pelota. Voy de acá para allá por la parte fea del mundo. Soy un ganador incomprendido, corro por la sombra, tomo trenes y colectivos bajo la tormenta.

Estoy en un rincón de la Patagonia en el año 58. Llevo una semana estornudando contra el viento, cagando arena y orinando agua bendita. En las horas en que no trabajo voy a matear con el cura, que es un primor de tipo, una ficha que Dios perdió a la ruleta. Les decía que vengo de lejos. Siempre es así. En el año 36 fui a predicar mi fútbol a Europa, hasta que empezó la guerra y la chica aquella me dijo eso de que tengo alma de calefón.

Del 39 al 44 estuve en Casablanca, en el bar de Rick. Cuando no estábamos muy borrachos íbamos a jugar a la pelota cerca de ese aeropuerto que ustedes conocen. Después no sé qué pasó, a dónde se fueron Rick y su amigo Renault, el gendarme francés. Yo me quedé dirigiendo en un club de Tánger. Eran tan malos

los jugadores que tenía que ponerlos a todos en el área chica para escaparle al descenso. Me acuerdo que el centrojás era un petiso con joroba, bastante corto de vista. Había que ponerlo porque el padre manejaba el mercado negro y proveía tabaco, papel higiénico y hojas de afeitar. Al centrofóbal tampoco lo podía sacar porque decían que era su amigo o su amante, nunca pude confirmarlo.

Me pagaban bastante para lo que era el mundo en ese entonces. Tenía un Studebaker modelo 34, cuatro trajes y a veces una mujer expulsada de algún harén suburbano. No sé, nunca me gustó preguntar. No voy a ocultar que estuve preso. Las cosas eran confusas y no se sabía con certeza lo que estaba bien y lo que estaba mal.

Ni siquiera sé si fui yo quién disparó el revólver. Hacía calor, el ruido era infernal y el eslovaco puteaba y puteaba, decía que yo le debía plata y que me estaba metiendo en su negocio. De pronto cayó redondo con un agujero en la cabeza. ¿Tiré yo? ¿Tiró otro? Todos andábamos armados en la ciudad y en los bares liquidaban media docena de tipos por día. Solo que este era un peso pesado y estuve a la sombra casi un año, hasta que el club reunió la plata para los jueces.

No sé si esto tiene alguna importancia. Ahora que estoy postrado en una casa para viejos, aburrido y esperando el fin, se me dio por escribir las cosas de las que me acuerdo y que pueden servirle a los jóvenes. Un escritor de la Argentina que pasó a verme hace unos meses me contó que los jóvenes no quieren saber nada con el ejemplo de los mayores, que olvidara la moralina y los consejos. Si es así, narraré latrocinios y vendettas, vejaciones y tormentos. Tengo 85 años y he visto bastante.

Sé que los militares pasaron una generación de idealistas a degüello. Después mandaron a otros a una guerra perdida. Los que sobrevivieron todavía no han superado el terror y se lo han transmitido a los hijos. Parece que solo los tranquiliza llevar una tarjeta de crédito. Igual, yo no escribo para que me lean. Utilizo las lenguas que me vienen a la cabeza según el humor con que empiezo el día. Viví en tantos lugares diferentes que cada idioma está atado a un afecto, a un suceso.

Escribiré en turco, en inglés y en castellano sin traicionar ni reprimir los sentimientos. En alemán hablaré de aquella chica de Berlín, en polaco del campo al que me llevaron por tratar con judíos, en inglés de mis incursiones australianas.

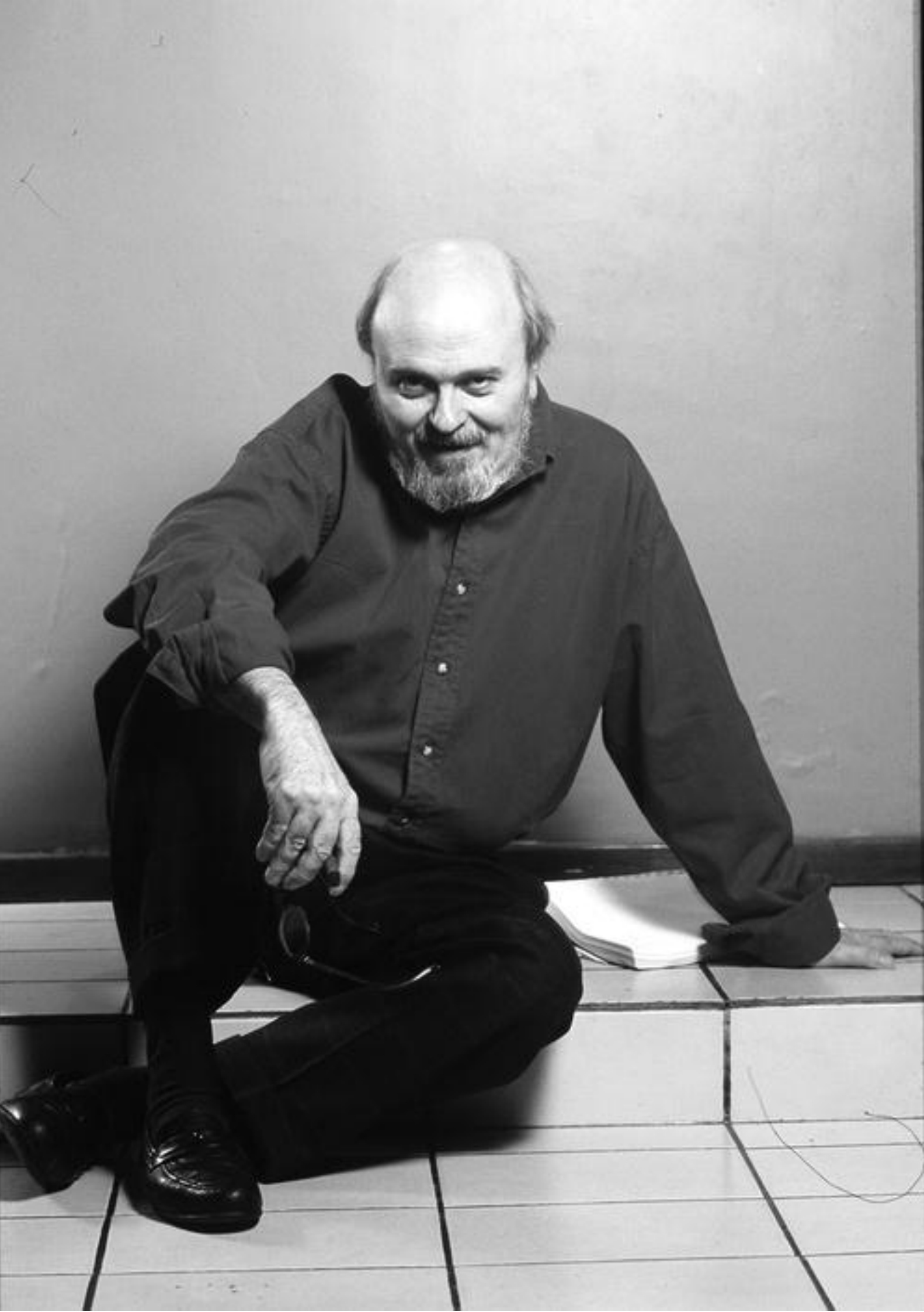
Había pensado en un manual que traslade las enseñanzas del fútbol a la vida de todos los días, pero no sé si podrá ser. En algunos países mojigatos la gente vive colgada del travesaño; en los pretenciosos se adelantan tanto que terminan apuñalados de contragolpe. En fin, mis teorías no serán atendidas; tal vez tenga razón el escritor aquel, pero tengo mucha edad y no puedo remediarlo. Empiezo, entonces, con los años en el bar de Rick. Ustedes habrán visto mil veces la película: «Tócala otra vez, Sam», «Bésame como si fuera la última vez», dice Ilda, la enamorada. Pamplinas. Rick no quería a nadie, era un individualista al que se le habían muerto las ilusiones. «Tócala otra vez, Sam». Quién hubiera dicho en aquellos tiempos que Sam iba a tener una posteridad. Murió en el año 47 o 48, me contaron. El bar cerró y andaba tirado, con dolores de cintura y reumatismo en las manos de tanto darle al piano. Había remontado en barco hasta Burdeos. Se metió en un cine barato donde daban una de las primeras de Robert Mitchum. Lo oyó decir: «El amor es como el azar, cuanto más lejos vayas más posibilidad tienes de ganar», y ahí nomás se murió. Tal vez era la época: estaba plagada de existencialistas, vividores y socialistas románticos. A Sam le habrá pasado lo mismo que a mí: solo el socialismo te ofrecía futuro. Muchas veces había que morir para que los otros siguieran viendo más allá de la nariz, como el Che antes de ser un montón de huesos ofrecido a los turistas. Pero bueno, caer estaba en los cálculos. Se morfa menos por accidentes de tránsito y más por un futuro imperfecto.

En mi vida he visto distintas épocas de varios países. Los he visto encanallados, valientes, resignados, corruptos, cobardes. Vi la aterrorizada Alemania de Hitler ensañarse con judíos y comunistas. ¿De qué les sirvió tener a Heidegger? Los hombres decentes se expatriaron: los hermanos Mann, Freud, Peter Weiss, tantos más. Vi miserias de las que no me atrevo a hablar todavía.

No me va a ser fácil hilvanar con el fútbol. Yo fui uno de los primeros que vio la inutilidad de mantener wines estáticos haciendo firuletes por la raya, pero nunca pensé que al desaparecer los wines desaparecería un modo de vida. También afuera de la cancha. Habíamos acabado con la belleza para asegurar la rentabilidad de los equipos. Mandamos a esos endiablados chiquitos a correr de acá para allá, a sacrificarse a colaborar con los que no sabían cómo se chanflea una pelota. El otro día vi a un tipo de cuatro millones de dólares, sin arquero por delante, tirarla afuera. No la embocó en un arco de once metros de ancho ni siquiera con esos zapatos de ahora, que vienen preparados con alerones y muescas de modo que hasta un enyesado pueda hacer un gol olímpico.

Allá por el cincuenta y ocho, en Tánger, mi centrodelantero era burro pero feliz porque sentía que tenía una misión y la cumplía. No iba a buscar la pelota, pero si se la daban a quince metros de la valla los arqueros sudaban. Dur, violent, au coin enchanté, me decía. Fuerte y bajo, al rincón de las ánimas, me atrevo a traducir. Tiempo después, así como Sam murió en una butaca de cine viendo y oyendo a Mitchum, mi delantero llamado Agustin se rompió la cabeza contra un poste al ir a buscar de palomita un centro mal colocado.

No quiero irme también yo sin antes declarar que soy uno de los responsables de la desaparición de los wines. Me gustaría evocar, además, a los backs centrales de aquellos tiempos. Uno era asesino y el otro caballero; pero eso lo dejo para otro día. Estoy cansado, tengo más edad de la que he confesado y la enfermera se acerca para llevarme a cenar. Acá en París nos acostamos muy temprano y ahora que se acerca el invierno lo único que puedo hacer es mirar viejas películas, leer viejos libros y evocar viejos partidos. No tengan piedad de mí: la memoria, si voraz y violenta, es una materia exquisita.



ÚLTIMOS DÍAS DEL ARQUERO FELIZ

A UN SIGLO DE LA INVENCIÓN DEL PENAL

El 15 de setiembre de 1891 el Notts County le iba ganando como visitante al Stoke City por uno a cero. Faltaban cuatro minutos para el final cuando el puntero derecho del Stoke eludió a dos adversarios y encaró el arco haciendo una diagonal. Un suave otoño iluminaba las islas británicas mientras el escandaloso Oscar Wilde entraba en la cárcel de Reading. Lejos de allí, en Buenos Aires, el partido opositor al régimen «falaz y descreído» se quebraba en dos y Alem e Irigoyen fundaban la Unión Cívica Radical. Tío y sobrino habían participado de una revolución y planeaban otra, ignorantes del apuro que tenía el delantero del Stoke por acercarse al arco del que ya empezaba a salir el guardián con los brazos levantados y la gorra metida hasta las orejas.

Wilde había publicado El retrato de Dorian Grey y la justicia victoriana no vaciló en enviarlo a la cárcel por ostentosa apología de la homosexualidad. Ese escándalo, como la renuncia del príncipe Bismarck, el «Canciller de hierro» de Prusia, habrán sido evocados por el fogoso Leandro Alem en las tertulias del café Tortoni, donde se comentaban los despachos de Europa. Entre tanto, el wing del Stoke eludía a un tercer defensor y se perfilaba para calcular su tiro mientras el arquero dudaba a mitad de camino y un half del Notts cruzaba, desesperado, para cubrir su valla.

Aquel día de setiembre ocurrían otras cosas inolvidables en el mundo. Había comenzado la construcción del ferrocarril transiberiano, Claude Monet acaba de pintar Las ninfas y Émile Zola gozaba el grandioso éxito de La bestia humana.

Abstraído, el arquero del Notts pensó que no había abandonado su arco en vano: aquellos veinte pasos habían achicado el ángulo de tiro del adversario y lo obligaron a sacar un remate alto que describió una comba y fue a rebotar en el travesaño. Mucho público miraba el partido y los seguidores del Stoke se pusieron de pie al ver que la pelota picaba y quedaba de nuevo para el puntero. El half del Notts llegaba a grandes zancadas y el arquero volvía sobre sus pasos, lo que obligó al delantero a tirar con el pie izquierdo, que no era el que más le obedecía. Pero le pegó bien. La pelota iba ya por el empate y los del Stoke festejaban, olvidados del pequeño half, que empezaba a planear a media altura, con los brazos extendidos, como si se arrojara a una piscina. El half aterrizó sobre la raya y ante un mundo de miradas atónicas alcanzó a manotear la pelota y desviarla del arco.

Algunos festejaron igual porque estaba prohibido jugar el balón con la mano. En Cosas del fútbol el especialista chileno Sergio Mouat cuenta que el árbitro vaciló pero aplicó el reglamento a la letra. Tiro libre. Indiferente a las propuestas y los forcejeos colocó el balón a treinta centímetros de la línea del gol y dejó que los jugadores se ubicaran a su antojo. Naturalmente, todo el equipo del Notts se alineó sobre la raya y por más que sus rivales patearon durante un minuto, la pelota rebotaba una y otra vez en los defensores. El partido terminó uno a cero para el Totts pero hubo tal pelea y escándalo que el Stoke reclamó una indemnización de mil libras esterlinas por habersele impedido por medios antirreglamentarios convertir su gol cantado.

En los días siguientes todos los especialistas en football discutieron la interpretación de las reglas. Al fin la Liga Inglesa propuso una solución: debía marcarse un área de protección de 16,50 metros en torno de los arcos y el team que cometiera infracción dentro de ese perímetro sería sancionado con lo que iba a llamarse un penalty. Se trataba de un curioso tiro desde once metros, sin obstrucción alguna y con expresa prohibición al arquero de mover los pies antes del remate.

Había nacido el penal, uno de los mayores dramas del fútbol. Tan compleja y sutil es su sanción y ejecución que Pedro Escartín, el mayor especialista del mundo, le dedica veintiséis páginas de la 37a edición de su Reglamento comentado. Mucho después vinieron la ley de fuera de juego, la distancia para la barrera y otras sofisticaciones ahora en discusión.

Un siglo después el transiberiano casi no existe, la obra de Oscar Wilde ha sido olvidada y la Unión Cívica Radical no es más revolucionaria, pero el tiro penal se repetirá como una ceremonia infinita, cada día, hasta el fin de los tiempos.

GENEVIÈVE

Escribí este relato en París, cuando el diario Le Monde me pidió un cuento para el suplemento de los domingos. Mucho más tarde apareció en castellano en la antología de textos del exilio que armó Costantini. Me gusta esta breve historia porque me permitió evocar desde muy lejos los años en que era un estudiante irresponsable y no sé si muy feliz. Creo que es el primer cuento que escribí después de aquellos que había borroneado antes de escribir Triste, solitario y final.

Un intento anterior se había frustrado de la mejor manera para mí. En 1977 estaba en Bruselas, sin dinero y casi sin conocer el idioma, cuando Giovanni Arpino, el autor de Perfume de mujer, me pidió un cuento para una revista literaria que dirigía en Turín y me ofreció cien dólares contra entrega.

En ese momento no se me ocurría ningún tema que pudiera interesarnos a mí y a los lectores italianos, de modo que me puse a buscar por el lado de los personajes. Imaginé a un boxeador en decadencia y aun cantor de tangos que se encontraban en una estación de trenes y cuando llegué a las ocho páginas que me había pedido Arpino me di cuenta de que la historia era demasiado argentina y no hacía más que comenzar. Nunca iba a poder ganarme esos cien dólares que tanto necesitaba.

Con el tiempo, ese relato se convirtió en Cuarteles de invierno, una novela que quisiera no haber escrito para poder escribirla otra vez.

En medio de la clase de física, cuando llegaba la primavera y el viento se calmaba y todos dejábamos de rechinar los dientes, el Flaco Martínez, que era el profesor más querido del colegio, tiraba la tiza sobre el escritorio descalabrado y decía: «Y ahora, a visitar la materia». Los alumnos sabíamos lo que quería decir.

Los primeros aplausos y vivas venían de los bancos de atrás, de los mayores que repetían por tercera vez el año y estaban en edad de conscripción.

Guardábamos carpetas y libros y el Flaco Martínez levantaba las manos pidiendo silencio para que el director y el celador no nos oyeran. El director era un tipo bien trajeado que sabía manejar la sonrisa y el rigor; estaba al tanto, pero toleraba las escapadas porque temía el desgano de los mejores jugadores de fútbol en la gran final intercolegial de noviembre.

Era sabido que cada año apostaba su aguinaldo completo a favor de «sus muchachos». Con la llegada de la primavera florecía también su carácter jovial, tolerante, y la disciplina se relajaba y los exámenes eran menos imperativos y aquellos que nos sabíamos ya integrantes del equipo nos sentíamos con derecho a olvidar las matemáticas y la química para entrenar en la cancha vecina. Entonces salíamos caminando despacio, casi arrastrando los pies para no darles envidia a los pibes de primer año que tenían matemáticas en el aula del zaguán, la puerta entreabierta porque ya no soplaban el viento del oeste y el silencio calmaba los nervios como un puñado de aspirinas. Por entonces las calles no estaban pavimentadas y un viejo camión regador pasaba dos veces por día para aquietar el polvo. Cuando el viento callaba, como aquella tarde, el pueblo chato y gris parecía cubrirse de ruidos que no conocíamos. El Flaco Martínez caminaba adelante, el pucho entre los labios, su pálida cara de tuberculoso afrontando un sol dañino. Era, creo, tan pobre como nosotros: llevaba siempre el mismo traje azul lustroso que planchaba extendiéndolo bajo el colchón de la pensión y se ponía cualquier corbata cortita a la que nunca le deshacía el nudo. Se decía que era timbero y mujeriego y que por eso lo habían transferido de un respetable colegio de Bahía Blanca a nuestro remoto establecimiento de varones solos, adonde solo se llegaba por castigo o por aventura.

Éramos más de veinte en el curso, pero la asistencia nunca pasaba de doce o catorce; los mejores alumnos, serios y bien vestidos, y nosotros, los que teníamos el boletín lleno de amonestaciones pero jugábamos bien al fútbol.

No era fácil seguir al Flaco Martínez que tenía las piernas largas como mástiles. Subía la cuesta y encaraba por la ruta asfaltada que separaba a los malos de los buenos ciudadanos del pueblo. Al sol, su pelo largo al estilo de un bohemio pasado de moda se ponía rojo y todos nos dábamos cuenta de que la física le importaba tanto como a nosotros. Pero nadie, nunca, se animó a tutearlo. En los momentos más dramáticos de una partida de billar se le alcanzaba la tiza acompañándola de un «señor» que jamás sonó socarrón.

Aquella no era su tierra y estaba claro que despreciaba cada grano de arena que respiraba o se le metía en los zapatos. Pero se había resignado a ella como los hombres solos se resignan a las noches interminables.

Bajando la cuesta, al otro lado de la ruta, se veían esparcidas las primeras casas cuadradas y el café con billares y barajas del turco Saúl Asir. A esa hora, las calles del barrio estaban desiertas y solo los camiones cargados de manzanas pasaban dejando una polvareda que se quedaba flotando hasta que una brisa nos la apartaba del camino y el sol volvía a cocinar las acequias y los espinillos. En el bar, el Flaco Martínez se tomaba una sola ginebra y nos hacía vaciar los bolsillos. Como siempre, el Rengo Mores tenía apenas lo justo para pagarse la vuelta en ómnibus hasta Centenario, que quedaba entre las bardas, a cuarenta kilómetros. Casi todos vivíamos lejos y atravesábamos el río en colectivo, o en bicicleta, o colados en algún camión. Los que faltaban a clase se habían quedado pescando cerca del puente porque todavía no era tiempo de sacarse la ropa y tirarse a nadar.

Juntábamos el primer viernes de cada mes lo que ganábamos al truco, o en trabajos de ocasión. El Flaco Martínez reunía los billetes y hasta alguna moneda, agregaba lo suyo, que no era mucho, y se iba a parlamentar con la Gorda Zulema que era nuestra virgen protectora. La Zulema era dulce y sabia, paciente y comprensiva, y amaba su profesión como jamás he visto que otra mujer la amara. No conocía el egoísmo ni las pequeñas miserias que otros toman por virtudes. Su orgullo era la heladera eléctrica, la única de ese costado maldecido de la ribera, que había hecho traer en un vagón de encomiendas desde Buenos Aires. No es que

alardeara de ella, ni que la mezquinara, pero nadie tenía derecho a abrirla sin su presencia y consentimiento.

Una noche de sopor en la que todos estuvimos de acuerdo en que llovería, la abrió delante de mí y del Negro Orellana. Aparte de una botella de refresco y una pechuga de pollo, había un largo collar de perlas de imitación y un paquete de cartas envueltas en una cinta rosa. Eran fantasmas del pasado y la Gorda Zulema quería que se conservaran frescos e intactos como un postre de chocolate.

Hubo otra noche en que yo estaba triste, un poco borracho e impotente, y ella me pasó la mano por la cabeza y me acarició los párpados y no me dijo las estúpidas palabras que tenían preparadas las otras mujeres del barrio. Me hizo sentar al borde de la cama, que era grande como una pista de baile, apoyó su cabeza contra mi espalda para que no nos viéramos las caras y me contó alguna cosa de su vida que nos hizo llorar a los dos mientras los otros clientes esperaban en el vestíbulo.

Supe esa noche que se llamaba Geneviève, que era francesa de verdad y no como otras que arrastraban la erre para darse corte. Buscó las cartas en la heladera. Los sobres desteñidos de tinta violeta estaban escritos con una caligrafía varonil e imperativa. Un detalle añadía a la distancia un reproche velado: no conforme con escribir Neuquén, Argentine, el hombre agregaba inútilmente Patagonie, Amérique du Sud. El sobre traía ya una sospecha de selvas o desiertos. De fin del mundo.

Geneviève se había ocultado detrás de Zulema en Buenos Aires, donde había pasado algunos años de gloria mientras Europa se desangraba. Su contribución al esfuerzo de guerra de sus compatriotas había sido firme y decidida: hasta la liberación de París ningún hombre de nacionalidad alemana se tendió sobre sus sábanas.

La decadencia y las arrugas la trajeron a nuestro pueblo y secretamente sabía que su tierra ya estaba tan lejana como su juventud. Barajó los sobres como si fuera a repartir las cartas y en ellas estuviera escrito el destino, el de ella —que soñaba en

vano con volver a ver el Mediterráneo — y el mío, que alguna vez me llevaría a su Francia natal.

No habló del hombre que se quedó en el puerto de Marsella: cuando la correspondencia dejó de llegar empaquetó el pasado y lo guardó en la heladera, como otras mujeres lo conservan en el rictus amargo de los labios. Pero aquella tarde de primavera en que llegamos con el Flaco Martínez, todavía no habíamos mirado la heladera por dentro ni habíamos llorado juntos. Zulema era gorda y opulenta y Federico Fellini hubiera gustado de ella. A su lado, el Flaco Martínez parecía una escoba abandonada junto a un camión cisterna. Hablaron un rato sin manosear dinero ni levantar la voz. Al otro lado de la calle nosotros esperábamos, ansiosos como si el Flaco estuviera por tirar un penal. Un movimiento de cabeza, una risa comprensiva de la Gorda Zulema y empezamos a saltar como si el Flaco hubiera hecho el gol.

Tirábamos los turnos a la suerte, revoleando dos monedas a la vez y el sistema era complicado porque la empresa era seria. Si alguien reclamaba prioridad por su dinero, el Flaco prometía hacerle explicar la fusión de ya no sé qué materia y el egoísta se calmaba. Después, al caer la tarde, con la lengua desatada por la emoción, íbamos a jugar al billar a lo del Turco y teníamos un hambre feroz y ni una moneda para un sándwich.

Cuando recuerdo aquellos años, cuando reviven las imágenes del Flaco Martínez y de la Gorda Zulema, imagino que el corresponsal de Marsella escribiría sus cartas temiendo que el corazón de su Geneviève se endureciera en aquel desierto hostil. Pues no. Es hora de que ese hombre obstinado, si vive todavía, lo sepa. Valía la pena esperarla. Aun esperarla en vano. En aquel paisaje en el que éramos extranjeros (es decir, inocentes), todo era irre realidad: no había elefantes que rodearan el valle, ni el avión negro de Perón llegó nunca. Las manzanas y las vidas florecían pero las ilusiones, como los relojes baratos que llevábamos en la muñeca, se entorpecían y luchaban por abrirse paso entre la arenisca que volaba desde el desierto.

Hace unos años, cuando fui por última vez, mis amigos de entonces me habían enterrado: corrió la noticia que me daba como descabezado en un accidente de tránsito. Fue curioso ver las caras azoradas frente a una aparición de ultratumba. Por fin, cuando hicimos el recuento de vidas y muertes, de hazañas y cobardías, de sueños realizados y matrimonios hechos y deshechos, pregunté por el Flaco Martínez. «El Flaco también se murió —dijo alguien—; se fue al sur, a Santa Cruz, y lo agarró la pulmonía, pobre Flaco».

La Zulema era un recuerdo que se nombraba en voz baja. Muchos se habían construido un edificio personal que los abrigaba de un pasado de pobreza y la Gorda Zulema estaba sepultada en los cimientos. ¿Qué importancia podía tener entonces aquel primer viernes de cada mes, cuando era primavera y el viento se calmaba y todos dejábamos de rechinar los dientes?

DON SALVATORE, PIANISTA DEL COLÓN

Cada vez que un enviado especial italiano viene a Buenos Aires temo que me pregunte por don Salvatore, el pianista del Colón. Fueron varios los relatos que lo tuvieron como personaje y, después de todo, se supone que yo estaba escribiendo crónicas veraces para el diario más serio de Italia. Por las dudas estoy dispuesto a afirmar que don Salvatore murió de pulmonía una destemplada noche del invierno pasado.

Don Salvatore es mi vecino. No es inválido, pero nadie lo vio caminar nunca. Antes era zapatero y estaba siempre sentado. Ahora los nietos lo sacan a la vereda en una silla de paja, y él se queda todo el día allí, en camiseta, embelesado, mirando hacia el puerto como si esperara volver a ver el barco que lo trajo de Cosenza. No saluda a nadie, no lee, no fuma. Sigue de reojo a las chicas que pasan con el jean ajustado a las caderas y después aprueba o desaprueba con un leve toque de la cabeza.

Lo sacan a las siete de la mañana, antes de que yo me vaya a dormir, cuando todavía está oscuro y por la calle pasan los obreros del puerto y las maestras esperan el ómnibus. Levantan la silla entre dos y lo dejan allí, como a un emperador aburrido. Le dan el almuerzo en una olla y lo entran a la hora de la cena. Hay quien dice que se llevó tal emoción cuando Italia ganó la Copa del Mundo de 1982, que nadie pudo volver a ponerlo de pie. Un plomero que entró en su casa contó que las noches de frío lo cubren con una frazada a cuadros. Cuando llueve, el sastre de al lado levanta el toldo y llama al verdulero para que lo ayude a ponerlo debajo. Los gatos de toda La Boca corren a refugiarse allí y le hacen compañía.

El domingo estaba triste porque se había muerto Borges, que tenía su misma edad. Él no lo había leído, pero sabía que era un escritor de genio y un hombre muy conocido. «Era de esa gente que piensa con la cabeza», me dijo. Después me preguntó si era difícil el oficio de escritor y para qué demonios servía.

Eso ya me lo había preguntado antes, de manera que salí del paso explicándole que tal vez no sirviera para nada, pero que quizás él no fuera como es, un tipo sentado para siempre, si no existiera alguien que le diera un sentido a su rebeldía.

—No, qué rebeldía —me dijo y miró al suelo—. Así se está mejor. Es la posición de esperar, de comer, de hablar con los chicos, ¿hay algo más interesante que eso?

Cuando empieza el fútbol, una nieta saca el televisor al zaguán, mueve la silla, y don Salvatore mira con el mismo asombro con el que descubrió América. Le dije que estaba escribiendo sobre el Mundial para un diario italiano y le pregunté qué le habían parecido los partidos del día.

—¿El Quotidiano del Poppolo? —se alegró.

—No, Il Manifesto —le dije—: quotidiano comunista. —No se meta en líos —dijo y miró a los costados. —¿Qué le parecieron los soviéticos?

—¿Ese diario es de ellos? ¿Hay que hablar bien de los rusos?

—No —le dije—. Diga lo que quiera.

—¿Entonces por qué no me pregunta por Bélgica? Acá nos pueden estar escuchando.

—Me pareció que los rusos no merecían perder.

—Caballeros, los rusos —me dijo—. Les hicieron dos goles en orsai y ni chistaron. Con Stalin no eran así. Yo dirigí un partido en Kiev y casi me matan por culpa del línea.

—¿Usted dirigió en Kiev?

—En el 42. Un camisa negra la metió con la mano y el línea no levantó la bandera. Diga que estaban los alemanes, que si no me matan.

—¿Le parece que Italia le va a ganar a Francia? —pregunté.

—¿Lo va a poner en el diario comunista?

—Sí, pero no voy a escribir su nombre.

—Está bien. Gana Italia en el alargue, gol de Altobelli. Los franceses son unos flojos. ¿No me quiere cebar unos mates?

—Tengo que ir a escribir un artículo.

—Entonces otro día tráigase una silla y el mate y vemos el partido juntos. En una de esas viene el peluquero. ¿De qué diario me dijo?

—Il Manifesto.

—¿Llega a Cosenza? Ahí tengo un primo comunista.

—Claro. ¿No se anima a que ponga su nombre?

—Póngalo. Total, no voy a volver más: Di Gennaro Salvatore, pianista del Colón.

—No nos van a creer.

—Usted ponga así. Mi primo piensa que yo soy pianista.

—¿Quién se lo dijo?

—Mi hija, cuando fue de paseo. Le mostró las fotos, siempre sentado, y se le ocurrió eso. «Salvatore es pianista en el Colón», le dijo. Se quedó muy impresionado.

—¿Está seguro de que no quiere volver? —pregunté.

—No, para qué. Allá sería un calabrés cualquiera. Acá soy músico del Colón y hago declaraciones para Il Manifesto.

Echó un vistazo a la hija del farmacéutico que cruzaba la calle y bajó la cabeza.

Tosía un poco.

—¿Se imagina la cara que va a poner mi primo cuando lea el diario? —dijo y se quedó otra vez con la cara fija en el puerto. Me pareció que sonreía.

MARADONA SÍ, GALTIERI NO

Nunca entendí por qué a ningún diario argentino se le ocurrió enviar un cronista a seguir el partido Argentina-Inglaterra desde Puerto Argentino. Allí no admiten criollos, pero esa no es suficiente excusa: podrían haber mandado a uno de otra nacionalidad. Hoy muchos argentinos tienen más pasaportes que un agente secreto de la CIA o de la KGB.

Cuando Diego Maradona saltó frente al arquero Shilton y le pasó la pelota con una mano por encima de la cabeza, el concejal Louis Clifton tuvo su primer desmayo en las Malvinas. El segundo, más prolongado, ocurrió cuando Diego dribló a media docena de ingleses y consiguió el segundo gol de Argentina. Afuera, un viento helado barría las desiertas calles de Port Stanley y las tropas británicas estaban en el cuartel oyendo, azoradas, cómo el pequeño diablo del Nápoli les arruinaba el festejo del cuarto aniversario de la reconquista de lo que ellos llaman las Falkland.

El sábado, Clifton había llamado al único periodista condenado a vivir en ese lugar para anunciarle que todos los habitantes del archipiélago deseaban el triunfo británico, «igual que en 1982». Ese año, Inglaterra no solo ganó la guerra: también venció en el partido por la Copa del Mundo, en España. Esta vez fue diferente porque Maradona estaba tan inspirado con las manos como con las piernas y el árbitro tunecino Alí Bennaceur era del Tercer Mundo y no hacía diferencias entre un miembro superior y uno inferior del cuerpo humano.

De modo que el concejal Clifton sospechó la conjura y trató de comunicarse con el Foreign Office mientras yo, desde mi casa de La Boca, trataba de llamarlo a él para explicarle que, cuando nosotros éramos chicos, los goles con tanta gambeta se

anotaban dobles, de manera que el segundo de Diego valía también por el que metió con el puño.

Pero no es fácil comunicarse con las Malvinas desde Buenos Aires. En ENTel se sorprendieron cuando les expliqué que quería llamar a Clifton y me dieron un número en el que luego de media hora de espera me dijeron que la única manera era hablar por radio, a través de las ondas cortas. Como las Malvinas son territorio de ultramar, el servicio es el mismo que para comunicarse con un barco en medio del Atlántico.

La cosa era así: si yo estaba dispuesto a esperar, la radio lanzaría una señal más o menos desesperada y larga hasta que el adormecido jefe del servicio de Port Stanley la captara, saliera de su estupor y, si no había demasiada nieve, corriera a buscar a Mister Louis Clifton, que estaba desmayado de espanto.

Esto ocurría mientras Bélgica y España forcejeaban para saber quién sería el rival de Argentina en las semifinales. Cuando llegó la hora de los penales, desistí de hablar con el concejal Clifton por temor a provocar un incidente internacional.

En las calles de Buenos Aires desfilaban centenares de coches con banderas que reclamaban la devolución de las Malvinas que el general Galtieri perdió del todo en 1982. En los camiones repletos de muchachones que partían de los barrios, se cantaba el nombre de Maradona y las radios retomaban un tono chauvinista que habían abandonado desde la capitulación de Puerto Argentino.

«Estamos entre los cuatro mejores del mundo», gritaba José María Muñoz, el mismo que en 1979 incitó a la multitud que festejaba el título mundial juvenil para que repudiara a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos que visitaba Buenos Aires.

Don Salvatore, mi vecino, se había caído de la silla con el segundo gol de Maradona y no quiso que lo levantaran hasta que el partido hubiera terminado. Desde la eliminación de Italia que don Salvatore no probaba bocado y los gatos de

todo el barrio se acercaban a comer lo que él dejaba. El sábado, con el vértigo de Francia-Brasil, hubo que sacarlo tres veces de la vereda porque los franceses del barrio no toleraban que cantara la Marsellesa con la letra de la Marcha Peronista.

Cuando Platini tiró el penal a la tribuna, don Salvatore escupió hacia el televisor y preguntó a gritos quién era el imbécil que podía comparar semejante salame con el gran Maradona. Se refería a mí, que había escrito en *Il Manifesto* un artículo donde ponía en duda el genio de Diego.

Al atardecer pudimos levantarlo y convencerlo de que se tomara unos mates y comiera unas galletitas, porque estaba tan flaco que parecía un espectro. Don Salvatore ya había asumido al equipo de Argentina como propio y no le interesaba saber si nuestro rival en las semifinales será Bélgica o España. Él ya se siente campeón y lo único que pide es que para las finales le pongamos delante un televisor color en lugar del armatoste en blanco y negro que le dejaron sus yernos.

El único que en el barrio mantiene su pronóstico invicto es Luis, el de la Unidad Básica, que renovó las fotos de Maradona y Evita y sacó la bandera del justicialismo a la puerta. Desde hace un mes viene diciendo que la final será entre Argentina y Francia, de manera que ahora empezamos a creerle y mi mujer, que es de Estrasburgo, teme el repudio de todo el barrio si Platini prevalece sobre Maradona.

Luis se quejaba el domingo de que Carlos Bilardo, mientras los jugadores festejaban la segunda conquista, se levantara del banco para ordenarles que calmaran el juego y pasaran a la defensiva cuando los ingleses parecían resignados a la goleada. Don Salvatore, alucinado por el hambre, opinó que el Duce debía dictar un decreto ordenando que Dinamarca y Brasil volvieran al Mundial en lugar de Bélgica y Alemania, que dan pena.

El peluquero, que es un aguafiestas, se descolgó con una reflexión que nos dejó a todos inquietos. «Casi seguro que en la semifinal va a haber otra sorpresa», dijo, y preguntó: «¿Cuál de esos muertos —Alemania o Bélgica— se va a levantar

de la tumba para amargarle la vida a los que ya creen estar en la final?». De inmediato lo reprobamos con una silbatina y don Salvatore, que seguía delirando, preguntó por qué, teniendo un jugador como Maradona, todavía no habíamos conseguido pagar la deuda con el Fondo Monetario Internacional.

Salimos temprano de Neuquén, en un ómnibus todo destartado, indigno de la acción patriótica que nos había encomendado el general Perón. Íbamos a jugarles un partido de fútbol a los ingleses de las Falklands y ellos se comprometían a que, si les ganábamos, las islas pasarían a llamarse Malvinas para siempre y en todos los mapas del mundo. La nuestra era, creíamos, una misión patriótica que quedaría para siempre en los libros de Historia y allí íbamos, jubilosos y cantando entre montañas y bosques de tarjeta postal.

Era el lejano otoño de 1953 y yo tenía diez años. En los recreos de la escuela jugábamos a la guerra soñando con las batallas de las películas en blanco y negro, donde había buenos y malos, héroes y traidores. La Argentina nunca había peleado contra nadie y no sabíamos cómo era una guerra de verdad. Lo nuestro, lo que nos ocupaba entonces, era la escuela, que yo detestaba, y la Copa Infantil Evita, que nuestro equipo acababa de ganar en una final contra los de Buenos Aires.

A poco de salir pasó exactamente lo que el jorobado Toledo dijo que iba a pasar. El ómnibus era tan viejo que no aguantaba el peso de los veintisiete pasajeros, las valijas y los tanques de combustible que llevábamos de repuesto para atravesar el desierto. El jorobado había dicho que las gomas del Ford se iban a reventar y no bien entramos a vadear el río, explotó la primera.

El profesor Seguetti, que era el director de la escuela, iba en el primer asiento, rodeado de funcionarios de la provincia y la nación. Los chicos habíamos pasado por la peluquería y los mayores iban todos de traje y gomina. En un cajón atado al techo del Ford había agua potable, conservas y carne guardada en sal. Teníamos que atravesar montañas, lagos y desiertos para llegar al Atlántico, donde nos esperaba un barco secreto que nos conduciría a las islas tan añoradas.

Como la rueda de auxilio estaba desinflada tuvimos que llamar a unos paisanos que pasaban a caballo para que nos ayudaran a arrastrar el ómnibus fuera del agua. Uno de los choferes, un italiano de nombre Luigi, le puso un parche sobre otro montón de parches y entre todos bombeamos el inflador hasta que la rueda volvió a ser redonda y nos internamos en las amarillas dunas del Chubut.

Cada tres o cuatro horas se reventaba la misma goma u otra igual y Luigi hacía maravillas al volante para impedir que el Ford, alocado, se cayera al precipicio. El otro chofer, un chileno petiso que decía conocer la región, llevaba un mapa del ejército editado en 1910 y que solo él podía descifrar. Pero al tercer día, cuando cruzábamos un lago sobre una balsa, nos azotó un temporal de granizo y el mapa se voló con la mayoría de las provisiones. Los ríos que bajaban de la cordillera venían embravecidos y resonaban como si estuviéramos a las puertas del infierno.

Al cuarto día nos alejamos de las montañas y avistamos una estancia abandonada que, según el chileno, estaba en la provincia de Santa Cruz. Luigi prendió unos leños para hacer un asado y se puso a reparar el radiador agujereado por un piedrazo. El profesor Segueti, para lucirse delante de los funcionarios, nos hizo cantar el Himno Nacional y nos reunió para repasar las lecciones que habíamos aprendido sobre las Malvinas.

Sentados en las dunas, cerca del fuego, escuchamos lo mismo de siempre. En ese tiempo todavía creíamos que entre los pantanos y los pelados cerros de las islas había tesoros enterrados y petróleo para abastecer al mundo entero. Ya no recordábamos por qué las islas nos pertenecían ni cómo las habíamos perdido y lo único que nos importaba era ganarles el partido a los ingleses y que la noticia de nuestro triunfo diera la vuelta al mundo.

—Elemental, las Malvinas son de ustedes porque están más cerca de la Argentina que de Inglaterra —dijo Luigi mientras pasaba los primeros mates.

—No sé —porfió el chofer chileno—, también están cerca del Uruguay.

El profesor Seguetti lo fulminó con la mirada. Los chilenos nunca nos tuvieron cariño y nos disputan las fronteras de la Patagonia, donde hay lagos de ensueño y bosques petrificados con ciervos y pájaros gigantes parecidos a los loros que hablan el idioma de los indios. Sentados en el suelo, en medio del desierto, Seguetti nos recordó al gaucho Rivero, que fue el último valiente que defendió las islas y terminó preso por contrabandista en un calabozo de Londres.

A los chicos todo eso nos emocionaba, y a medida que el profesor hablaba se nos agrandaba el corazón de solo pensar que el general nos había elegido para ser los primeros argentinos en pisar Puerto Stanley.

El general Perón era sabio, sonreía siempre y tenía ideas geniales. Así nos lo habían enseñado en el colegio y lo decía la radio; ¡qué nos importaban las otras cosas! Cuando ganamos la Copa en Buenos Aires, el general vino a entregarla en persona, vestido de blanco, manejando una Vespa. Nos llamó por el nombre a todos, como si nos conociera de siempre, y nos dio la mano igual que a los mayores. Me acuerdo de que al jorobado Tolosa, que iba de colado por ser hijo del comisario, lo vio tan desvalido, tan poca cosa, que se le acercó y le preguntó: «¿Vos qué vas a ser cuando seas grande, pibe?». Y el jorobado le contestó: «Peronista, mi general». Ahí nomás se ganó el viaje a las Malvinas.

De regreso a Río Negro, me pasé las treinta y seis horas de tren llorando porque Evita se había muerto antes de verme campeón. Yo la conocía por sus fotos de rubia y por los noticieros de cine. En cambio mi padre, después de cenar, cerraba las ventanas para que no lo oyeran los vecinos e insultaba el retrato que yo tenía en mi cuarto hasta que se quedaba sin aliento. Pero ahora estaba orgulloso porque en el pueblo le hablaban de su hijo que iba a ser el goleador de las Malvinas.

Seguimos a la deriva por caminos en los que no pasaba nadie y cada vez que avistábamos un lago creíamos que por fin llegábamos al mar, donde nos esperaba el barco secreto. Soportamos vientos y tempestades con el último combustible y poca comida, corridos por los pumas y escupidos por los guanacos. El ómnibus

había perdido el capó, los paragolpes y todas las valijas que llevaba en el techo. Seguetti y los funcionarios parecían piltrafas. El profesor desvariaba de fiebre y había olvidado la letra del Himno Nacional y el número exacto de islas que forman el archipiélago de Malvinas.

Una mañana, cuando Luigi se durmió al volante, el ómnibus se empantanó en un salitral interminable. Entonces ya nadie supo quién era quién, ni dónde diablos quedaban las gloriosas islas. En plena alucinación, Seguetti se tomó por el mismísimo general Perón y los funcionarios se creyeron ministros, y hasta Luigi dijo ser la reencarnación de Benito Mussolini. Desbordado por el horizonte vacío y el sol abrumador, Seguetti se trepó al mediodía al techo del Ford y empezó a gritar que había que pasar lista y contar a los pasajeros para saber cuántos hombres se le habían perdido en el camino.

Fue entonces cuando descubrimos al intruso.

Era un tipo canoso, de traje negro, con un lunar peludo en la frente y un libro de tapas negras bajo el brazo. Estaba en una hondonada y eso lo hacía parecer más petiso. No parecía muy hablador pero antes de que el profesor se recuperara de la sorpresa se presentó solo, con un vozarrón que desafiaba al viento.

—William Jones, de Malvinas —levantó el libro como si fuera un pasaporte—, apóstol del Señor Jesucristo en estos parajes.

Hablaba un castellano dificultoso y escupió un cascote de saliva y arena.

El profesor Seguetti lo miró alelado y saltó al suelo. Los funcionarios se asomaron a las ventanillas del ómnibus.

—¿De dónde? —preguntó el profesor que de a poco se iba animando a acercársele.

—De Port Stanley —respondió el tipo, que hablaba como John Wayne en la frontera mexicana—. Argentino hasta la muerte.

De golpe también los chicos empezamos a interesarnos en él.

—No hay argentinos en las Malvinas —dijo Seguetti y se le arrimó hasta casi rozarle la nariz.

Jones levantó el libro, y miró al horizonte manso sobre el que planeaban los chimangos.

—¡Cómo que no, si hasta me hicieron una fiesta cuando llegué! —dijo.

Entonces Seguetti se acordó de que nuestra ley dice que todos los nacidos en las Malvinas son argentinos, hablen lo que hablen y tengan la sangre que tengan.

Jones contó que había subido al ómnibus dos noches atrás en Bajo Caracoles, cuando paramos a cazar guanacos. Si no lo habíamos descubierto antes, dijo, había sido por gracia del Espíritu Santo que lo acompañaba a todas partes. Eso duró toda la noche porque nadie, entre nosotros, sabía inglés y Jones mezclaba los dos idiomas. Cada uno contaba su historia hablando para sí mismo y al final todos nos creíamos héroes de conquistas, capitanes de barcos fantasmas y emperadores aztecas. Luigi, que ahora hablaba en italiano, le preguntó si todavía estábamos muy lejos del Atlántico.

—Oh, very much! —gritó Jones y hasta ahí le entendimos. Luego siguió en inglés y cuando intentó el castellano fue para leernos unos pasajes de la Biblia que hablaban de Simón perdido en el desierto.

Al día siguiente todos caminamos rezando detrás de Jones y llegamos a un lugar de nombre Río Alberdi, o algo así. Enseguida, el general Perón nos mandó dos helicópteros de la Gendarmería. Cuando llegaron, los adultos tenían grandes barbas y nosotros habíamos ganado dos partidos contra los chilenos de Puerto Natales, que queda cerca del fin del mundo.

El comandante de Gendarmería nos pidió, en nombre del general, que olvidáramos todo, porque si los ingleses se enteraban de nuestra torpeza jamás nos devolverían las Malvinas. Conozco poco de lo que ocurrió después. Jones predicó el

Evangelio por toda la Patagonia y más tarde se fue a cultivar tabaco a Corrientes, donde tuvo un hijo con una mujer que hablaba guaraní.

Ahora que ha pasado mucho tiempo y nadie se acuerda de los chicos que pelearon en la guerra, puedo contar esta vieja historia. Si nosotros no nos hubiéramos extraviado en el desierto en aquel otoño memorable, quizá no habría pasado lo que pasó en 1982. Ahora Jones está enterrado en un cementerio británico de Buenos Aires y su hijo, que cayó en Mount Tumbledown, yace en el cementerio argentino de Puerto Stanley.

FINALES [2]

La primera vez que Brasil fue campeón del mundo yo tenía quince años, jugaba todavía en las inferiores de Cipolletti y estudiaba en Neuquén. En ese entonces los jugadores que trabajaban en el exterior no podían integrar los equipos nacionales. Por eso en el llamado desastre de Suecia no pudimos tener a Maschio, Angelillo y Sívori. Guillermo Stábile era el entrenador del equipo que había deslumbrado un año atrás en el Sudamericano de Lima. Creo que Stábile tenía una actitud amateur y estaba convencido de que los nuestros no podían perder nunca con los bastardos europeos. Así fue como no pasamos la ronda inicial y nos trajimos seis goles checos en la bolsa.

Mi bautismo de fútbol por televisión debe haber ocurrido en 1954, el año que estuve de visita en Buenos Aires con mi madre. La tía Ignacia tenía, si mal no recuerdo, uno de los primeros aparatos que entraron en el país. Me parece que era un Standard Electric, pero no podría jurarlo. Lo veo como si aún lo tuviera ante mí, encima de una enorme biblioteca con la colección de la revista Selecciones. La pantalla tardaba un siglo en encenderse, era casi redonda y solo había emisiones a partir de las seis de la tarde.

A mí eso me parecía otro milagro propio del genio del general Perón y no imaginaba que años más tarde nuestra vida iba a orientarse desde una caja eléctrica. Lo cierto es que allí, sentado en un living de la calle Venezuela, me vi todos los partidos del Mundial de Fútbol Militar que se jugaba en Buenos Aires. En verdad solo era un cuadrangular al que Perón había puesto un título pomposo. Ganó Francia, que jugaba muy bonito, y los argentinos habrán quedado segundos. No recuerdo otro jugador que no sea el sargento primero Diez, un recio pelado que jugaba de centrojás en Ferro Carril Oeste y salía en las figuritas Starosta.

En esa época las innovaciones de Helenio Herrera no habían llegado todavía a Buenos Aires. Jugaban los nuestros con dos zagueros haciendo zona en cada esquina del área, dos mediocampistas que perseguían a los wines y el número cinco trotando por el círculo central. El insider derecho llevaba el número ocho y se tiraba atrás para recibir del centrojás. El número diez volanteaba un poco, se la tiraba al wing y lo acompañaba en el paseo. El nueve era «punta de lanza» y goleador, como Borello de Boca, o «piloto», igual que el uruguayo Walter Gómez de River.

Ya en los años cuarenta había un wing al que le llamaban mentiroso, que era el once. Ese no corría por la raya sino que retrocedía para echarles una mano a los del medio. Vaya a saber por qué, el armador era más bien el número cinco. Todavía se los puede ver a aquellos muchachos en los viejos noticieros de cine rescatados por la televisión: partían al ataque como un malón de indios gordos que se ponían a gambetear sin ninguna necesidad mientras a sus espaldas quedaban, solitos como vigías, los backs, a los que ni se les ocurría ir a cabecear en el área rival. Era muy raro que un defensor o un «jás» hiciera un gol. Solo de casualidad tiraban al arco. El cambio iba a empezar en 1958 en Suecia, el día en que Amadeo Carrizo y los otros se enteraron de que, más allá del Río de la Plata, existía otro mundo. Ese nuevo territorio del fútbol había empezado a crearse en Italia en los años treinta y de golpe iba a ser colonizado por el Brasil de Pelé. Entonces vino Juan Carlos Lorenzo, que cambió las reglas. Ahí se terminaron los wines y los jás. Fue él quien empezó a armar los equipos de atrás hacia delante, sistema que años después Osvaldo Zubeldía iba a convertir en una máquina de guerra. Pero en aquel idílico 1954, mientras yo miraba por la tele el Campeonato Mundial Militar, el fútbol argentino ignoraba horarios de entrenamiento, comía tallarines con salsa de crema y se fumaba unas pitadas en el entretiempo. Tengo un reportaje en el que Borello le dice a El Gráfico que con el fin de poner un poco de orden, los jugadores de Boca han ideado un sistema de multas para los que llegaran tarde al entrenamiento de la mañana.

Evoco la prehistoria del fútbol y ahí estoy yo, tenso y concentrado en mi primer partido como internacional. Sucede en Temuco, al sur de Chile, allá por el año 59. Somos la selección juvenil del Alto Valle y llevamos casacas azules como Brasil ahora. No voy a narrar partidos que no interesan a nadie, pero recuerdo una cancha llena y un número diez de ellos que nos hizo dos goles. Jugué horrible ese día. No acertaba a estar en el sitio adecuado en el momento adecuado. Me acuerdo cuánto me herían los festejos del público local y lo irritado que estaba nuestro capitán Raúl Rusconi, un muchacho que pocas veces jugaba más de dos partidos seguidos sin que lo expulsaran.

En aquel entonces no se usaban tarjetas amarillas y rojas. El referí lo hacía todo a pulmón, de puro guapo y hay que reconocer que el tipo debía tener una gran personalidad para salir del paso. Déjenme atrapar en mi cansada memoria la imagen del Colo González, capitán de mi equipo y maestro en el arte de tratar con los árbitros. Un día que un tal Segundo Segovia, de poco pelo pero peinado a la gomina, me hizo un gesto de expulsión por dar un trompazo en un córner, el Colo se le acercó con las manos en la espalda y en voz baja le dijo: «No lo haga, señor, que lo condena a muerte al papá». Segundo Segovia le hizo seña de que retrocediera o lo echaba a él también, pero ya lo había picado la curiosidad. «Un infarto —le dijo el Colo—. Tiene el papá internado con un infarto». Yo los miraba de reojo pero hacía como que tenía la vista clavada en el suelo. «¡Atrás, rajen!», gritaba Segundo Segovia y hacía un aspaviento bárbaro. Esos gestos deliciosos eran los que más confusión creaban en el público y los relatores de radio. Desde la tribuna era imposible saber si el referí había echo ademán de expulsión o de «hagan picar la pelota allá». Y todo era negociable. Aquella tarde Segundo Segovia se conmovió porque era su padre el que sufría del corazón. Me llamó hereje e insubordinado, aunque no creo que conociera el sentido de esas palabras, y anotó el número de cama del hospital donde mi padre estaba internado. El Colo le dio el número y hasta el nombre de una enfermera simpática. Cinco o seis partidos más tarde volvimos a tenerlo de árbitro en un partido fácil. Antes de empezar me

preguntó si mi padre se recuperaba bien y ni bien le rocé los talones a un contrario me hizo sacar por la policía.

De un partido a otro, de copa en copa, aprendemos cosas nuevas. Hay una moral del que mira y otra del que juega. Nunca olvidaré el pedrazo que le pegaron en la espalda a un arquero que estaba pelando un durazno mientras su equipo asediaba al nuestro. Nos pareció tan salvaje aquel gesto que antes de que llegara el referí escondimos el cortaplumas que sostenía en la mano. Aquel fue un partido tenso porque el cortaplumas no apareció nunca. Desde el momento en que todos menos el referí supimos que no estábamos solos se terminó la marca hombre a hombre y salió uno de los mejores partidos que puedan darse con un empate en cinco o seis goles. Nada de eso puede pasar hoy en Los Angeles. Desde hace mucho tiempo a los salvajes del fútbol les basta con tirarte una sonrisa helada.

OBDULIO VARELA

EL REPOSO DEL CENTROJÁS

16 de julio de 1972

A Daniel Divinsky

La Historia de Vida, tal como se la conocía en el suplemento cultural de La Opinión, era una de las formas más difíciles del reportaje. Consistía en escuchar, ante un grabador, durante cinco o seis horas —tal vez más—, a un hombre o una mujer que reconstruían los mejores —o los más terribles— momentos de su existencia. Luego había que comprimir sin reducir, restituyendo a la vez el sabor del relato, el estilo narrativo del entrevistado. Carlos Tarsitano, Ricardo Halac, Julio Ardiles Gray y yo practicábamos el género en La Opinión. Esta entrevista me fue sugerida por Hermenegildo Sábat, quien ilustró en el diario casi todos los textos que contiene este volumen[3]. El 16 de julio de 1950, en el estadio Maracaná de Río de Janeiro, nació una de las últimas leyendas del fútbol rioplatense; ese día, el imponente centromedio uruguayo Obdulio Varela silenció a ciento cincuenta mil fanáticos que festejaban el gol brasileño en la final de la Copa del Mundo, convertido por el puntero Friaca. A los seis minutos del segundo tiempo, Brasil abrió el marcador alentado por las repletas tribunas del Maracaná, inaugurado especialmente para ese torneo. Entonces todo Río de Janeiro fue una explosión de júbilo; los petardos y las luces de colores se encendieron de una sola vez. Obdulio, un morocho tallado sobre piedra, fue hacia su arco vencido, levantó la pelota en silencio y la guardó entre el brazo derecho y el cuerpo. Los brasileños ardían de júbilo y pedían más goles. Ese modesto equipo uruguayo, aunque temible, era una buena presa para festejar un título mundial. Tal vez el único que supo comprender

el dramatismo de ese instante, de computarlo fríamente, fue el gran Obdulio, capitán —y mucho más— de ese equipo joven que empezaba a desesperarse. Y clavó sus ojos pardos, negros, blancos, brillantes, contra tanta luz, e irguió su torso cuadrado, y caminó apenas moviendo los pies, desafiante, sin una palabra para nadie y el mundo tuvo que esperarlo tres minutos para que llegara al medio de la cancha y espetara al juez diez palabras en incomprensible castellano. No tuvo oído para los brasileños que lo insultaban porque comprendían su maniobra genial: Obdulio enfriaba los ánimos, ponía distancia entre el gol y la reanudación para que, desde entonces, el partido —y el rival— fuera otro. Hubo un intérprete, una estirada charla —algo tediosa— entre el juez y el morocho. El estadio estaba en silencio. Brasil ganaba uno a cero, pero por primera vez los jóvenes uruguayos comprendieron que el adversario era vulnerable. Cuando movieron la pelota, los orientales sabían que el gigante tenía miedo. Fue un aluvión. Los uruguayos atropellaban sin respetar a un rival superior pero desconcertado. Obdulio empujaba desde el medio de la cancha a los gritos, ordenando a sus compañeros. Parecía que la pelota era de él, y cuando no la tenía, era porque la había prestado por un rato a sus compañeros para que se entretuvieran. Llegó el empate. Los brasileños sintieron que estaban perdidos. El griterío de la tribuna no bastaba para dar agilidad a sus músculos, claridad a sus ideas. Las casacas celestes estaban en todas partes y les importaba un bledo del gigante. Faltaban nueve minutos para terminar cuando Uruguay marcó el tanto de la victoria. El mundo no podía creer que el coloso muriera en su propia casa, despojado de gloria.

Mire usted lo que son las cosas. Nosotros habíamos empatado con España dos a dos con un gol que yo hice sobre la hora, esos goles que salen de suerte; en el segundo partido le habíamos ganado a Suecia tres a dos, ahí no más. Los brasileños venían matando. Le habían marcado seis goles a los suecos y otra media docena a los españoles. Cuando fuimos a la final nadie dudaba de que ellos nos aplastarían. Tenían un cuadro bárbaro, eran locales y el mundo entero esperaba que ganaran el Mundial. Nosotros jugábamos, puede decirse, contra todo el mundo.

Eso, creo, debía darnos tranquilidad. Nuestra responsabilidad era menor. Recuerdo que un dirigente uruguayo lo llamó a Óscar Omar Míguez, el centroforward del equipo, poco antes de salir a la cancha, y le dijo que estuviéramos tranquilos, que los dirigentes se conformaban si perdíamos nada más que por cuatro goles. Dijo que con llegar a la final ya debíamos estar satisfechos y que se trataba ahora de evitar el papelón, de no tragarse una goleada muy grande.

Yo lo escuché y eso me indignó. Le dije: «Si entramos vencidos, mejor no juguemos. Estoy seguro de que vamos a ganar este partido. Y si no lo ganamos, tampoco vamos a perder por cuatro goles».

Yo tenía treinta y tres años y muchos internacionales encima. Estaban listos si creían que nos iban a pasar por arriba así no más. Los otros muchachos del equipo eran jóvenes, sin mucha experiencia, pero jugaban bien al fútbol. Además, poco antes habíamos jugado contra los brasileños la copa Río Branco y les habíamos ganado cuatro a tres el primer partido; después perdimos dos veces por uno a cero, pero nos habíamos dado cuenta de que se les podía ganar. Ellos tienen mucho miedo de jugar contra los uruguayos o contra los argentinos.

Antes de salir a la cancha, el director técnico Juan López me dijo, como siempre, que yo debía dirigir, ordenar el equipo dentro de la cancha. Entonces, cuando íbamos para el túnel, les dije a los muchachos: «Salgan tranquilos. No miren para arriba. Nunca miren a la tribuna; el partido se juega abajo».

Era un infierno. Cuando salimos a la cancha eran más de cien mil personas silbando. Entonces nos fuimos hacia el mástil donde se iban a izar las banderas. Cuando salió Brasil lo ovacionaron, claro, pero después mientras tocaban los himnos, la gente aplaudía. Entonces les dije a los muchachos: «Vieron cómo nos aplauden. En el fondo esta gente nos quiere mucho».

Al juez no le di la mano. Nunca le di la mano a ningún árbitro. Lo saludaba, sí, lo trataba con respeto, pero la mano nunca. No hay que hacerse el simpático. Después la gente dice que uno va a chupar las medias del que manda en el partido.

En el primer tiempo dominamos en buena parte nosotros, pero después nos quedamos. Faltaba experiencia en muchos de los muchachos. Nos perdimos tres goles hechos, de esos que no puede errarlos nadie. Ellos también tuvieron algunas oportunidades, pero yo me di cuenta de que la cosa no era tan brava. El asunto era no dejarlos tomar el ritmo demoledor que tenían. Si fracasábamos en eso, íbamos a tener delante una máquina y entonces sí que estábamos listos. El primer tiempo terminó cero a cero.

En el segundo tiempo salieron con todo. Ya era el equipo que goleaba sin perdón. Yo pensé que si no los parábamos, nos iban a llenar de goles. Empecé a marcar de cerca, a apretarlos, para tratar de jugar de contragolpe. Creo que fue a los seis minutos que nos metieron el gol. Parecía el principio del fin.

Le voy a contar algo que la gente no sabe. Todos vieron que yo agarraba la pelota y me iba para el medio de la cancha despacio, para enfriar. Lo que no saben es que yo iba a pedir un off-side, porque el linesman había levantado la bandera y después la había bajado antes de que ellos hicieran el gol. Yo sabía que el referí no iba a atender el reclamo, pero era una oportunidad para parar el partido y había que aprovecharla. Me fui despacio y por primera vez miré para arriba, al enjambre de gente que festejaba el gol. Los miré con bronca, lleno de bronca y los provoqué. Tardé mucho en llegar al medio de la cancha. Cuando llegué, ya se habían callado. Querían ver funcionar a su máquina de hacer goles y yo no la dejaba arrancar de nuevo. Entonces, en vez de poner la pelota en el medio para moverla, lo llamé al referí y pedí un traductor. Mientras vino, le dije que había off-side y qué sé yo, había pasado por lo menos otro minuto. ¡Las cosas que me decían los brasileños! Estaban furiosos. La tribuna chiflaba, un jugador me vino a escupir, pero yo, nada. Serio no más.

Cuando empezamos a jugar de nuevo, ellos estaban ciegos, no veían ni su arco de furiosos que estaban; entonces todos nos dimos cuenta de que podíamos ganar el partido.

¿Cómo conseguimos eso? Es que el jugador tiene que ser como el artista: dominar el escenario. O como el torero, dominar el ruedo y al público, porque si no, el toro se le viene encima. Uno sabe que en una cancha extraña no lo van a aplaudir, por más que haga buenas jugadas. Entonces tiene que imponerse de otra manera, dominar al adversario, al público y a sus mismos compañeros. Claro, yo había jugado un millón de partidos en todas partes, en canchas sin tejido, sin alambrado, a merced del público, y siempre había salido sanito. ¡Cómo me iba a achicar ese día en el Maracaná, que tenía todas las seguridades! Ahí yo tenía que dominar, porque tenía todas las facilidades y sabía que nadie podía tocarme.

Cuando hicimos el segundo gol, que lo hizo Gigghia (el primero lo convirtió Schiaffino), no lo podíamos creer. ¡Campeones del mundo, nosotros, que veníamos jugando tan mal! Al terminar el partido estábamos como locos. En Brasil había duelo. Los cajones de cañitas voladoras flotaban en el mar. Era una desolación.

Esa noche fui con mi masajista a recorrer unos boliches para tomar unos chopps y caímos en lo de un amigo. No teníamos un solo cruzeiro y pedimos fiado. Nos fuimos a un rincón a tomar las copas y desde allí mirábamos a la gente. Estaban llorando todos. Parecía mentira; todo el mundo tenía lágrimas en los ojos. De pronto veo entrar a un grandote que parecía desconsolado. Lloraba como un chico y decía: «Obdulio nos ganó el partido» y lloraba más. Yo lo miraba y me daba lástima. Ellos habían preparado el carnaval más grande del mundo para esa noche y se lo habíamos arruinado. Según ese tipo, yo se lo había arruinado. Me sentía mal. Me di cuenta de que estaba tan amargado como él. Hubiera sido lindo ver ese carnaval, ver cómo la gente disfrutaba con una cosa tan simple. Nosotros habíamos arruinado todo y no habíamos ganado nada. Teníamos un título, pero ¿qué era eso ante tanta tristeza? Pensé en el Uruguay. Allí la gente estaría feliz. Pero yo estaba ahí, en Río de Janeiro, en medio de tantas personas infelices. Me acordé de mi saña cuando nos hicieron el gol, de mi bronca, que ahora no era mía pero también me dolía.

El dueño del bar se acercó a nosotros con el grandote que lloraba. Le dijo: «¿Sabe quién es ese? Es Obdulio». Yo pensé que el tipo me iba a matar. Pero me miró, me dio un abrazo y siguió llorando. Al rato me dijo: «Obdulio ¿se vendría a tomar unas copas con nosotros? Queremos olvidar, ¿sabe?». ¡Cómo iba a decirle que no! Estuvimos toda la noche chupando en los boliches. Yo pensé: «Si tengo que morir esta noche, que sea». Pero acá estoy.

Si ahora tuviera que jugar otra vez esa final, me hago un gol en contra, sí señor. No, no se asombre. Lo único que conseguimos al ganar ese título fue darle lustre a los dirigentes de la Asociación Uruguaya de Fútbol. Ellos se hicieron entregar medallas de oro y a los jugadores les dieron unas de plata. ¿Usted cree que alguna vez se acordaron de festejar los títulos de 1924, 1928, 1930 y 1950? Nunca. Los jugadores que intervinimos en aquellos campeonatos nos reunimos ahora por nuestra cuenta todos los años el 18 de Julio, que es la fecha patria. Lo festejamos por nuestra cuenta. No queremos ni acordarnos de los dirigentes.

Yo empecé a jugar al fútbol en serio por una casualidad. Éramos doce hermanos, hijos de un vendedor de factura de cerdo. Siempre fuimos muy pobres. Yo fui a la escuela tres años y tuve que largar para ir a vender diarios, primero, y después a lustrar zapatos. Como lustrador sacaba seis pesos por mes en el año 32. Un día me invitaron a jugar un partido de barrio. Allá encontré a mi hermano que jugaba en el otro equipo. Al fin, cuando me estaba cambiando para salir a jugar, apareció el titular del equipo, que era el Tanque Amato, y no me pusieron. Entonces vino mi hermano y me dijo si quería entrar para ellos. Como yo había ido a jugar al fútbol, acepté. Ganamos y me quedé en el equipo.

Los muchachos me consiguieron un trabajo de albañil y yo me puse muy contento. Empecé a jugar en un club que intervenía en el campeonato de intermedia, que venía a ser como la primera B de ascenso ahora. Parece que andaba bien, porque un día me avisaron que me habían vendido al Wanderers por doscientos pesos.

Sin preguntarme nada, me vendieron como si fuera una bolsa de papas. Cuando me enteré fui a ver a los dirigentes del Wanderers y les pregunté: «¿Quién va a defender al club, el Deportivo Juventud o yo?». Conseguí que me dieran los doscientos pesos. Ese día me compré de todo con esa plata. Cuando aparecí en casa mi madre no quería creer que me habían dado toda esa plata. Ella creía que yo andaba en malos pasos.

Es que cuando uno se cría en la calle, tiene dos caminos: aprende a defenderse con dignidad, como lo hice yo porque tuve la oportunidad, o se larga a cualquier cosa, como les pasa a otros que no tienen una chance.

A mí me fue tan bien que, cuando subimos, no bajamos nunca más. Debuté en el Wanderers contra River Plate y perdimos, pero después le ganamos a Bella Vista. Por fin, en el estadio Centenario jugamos contra Peñarol. Yo tenía enfrente nada menos que a Sebastián Guzmán, el maestro. Ellos tenían un cuadrazo, pero les ganamos dos a uno. No me lo olvido jamás. Estuve cuatro años en el Wanderers y en 1943 pasé a Peñarol por dieciséis mil pesos, una cifra récord para el pase de un jugador. Me quedé para siempre en Peñarol hasta 1955 que largué el fútbol.

Ahora estoy muy arrepentido de haber jugado. Si tuviera que hacer mi vida de nuevo, ni miro una cancha. No, el fútbol está lleno de miseria. Dirigentes, algunos jugadores, periodistas, todos están metidos en el negocio sin importarles para nada la dignidad del hombre. Yo siempre me lo tomé de la mejor manera. Cuando vinieron a sobornarme, no me enojé ni los saqué a patadas ni los denuncié. Les dije que no, que buscaran a otro con menos orgullo que yo. Yo siempre me guie por la filosofía simple que aprendí en la calle, allí se aprende todo; hay que vivir, cueste lo que cueste, vivir, y a cambio de eso hay que dejar vivir.

Muchas cosas me dolieron. Los periodistas se metieron en mi vida privada, me atacaron mucho durante la huelga de jugadores porque ellos le hacían el juego a los clubes. Yo decidí vivir mi vida y rompí con ellos. Desde entonces me encapriché y me negué a salir en las fotos que tomaban al equipo en la cancha. Cuando mis

compañeros me pedían que saliera, me ponía de costado y miraba para otro lado. Una vez los cronistas hicieron un planteo a Peñarol y el club me llamó para convencerme de que tenía que ser amable y salir en las fotos. Entonces les pregunté: «¿Para qué me contrataron: para sacarme fotos o para jugar al fútbol?». Ahí se terminó el incidente. No quise saber más nada con dirigentes ni con periodistas que escriben lo que quieren los que mandan. Yo sé que hay que ganarse la vida pero no hay motivo para ensuciar a los demás. Por eso yo no volvería a acercarme a una cancha aunque me ofrecieran millones. A mí me castigaron mucho y no lo aguanto. Por eso le dije que si ahora tuviera que jugar una final, me hago un gol en contra. No vale la pena poner la vida en una causa que está sucia, contaminada. El que se sienta capaz, que lo haga. Algún día tendrá que rendir cuentas; entonces sabremos quién es quién y si valía la pena ensuciarse.

EL CHANGO AGÜERO, SCHOPENHAUER Y EL DESCENSO [4]

Vuelve a mi memoria aquel partido imperfecto en el que evitamos el descenso. Han pasado tantos años y tantas sorpresas después de aquel gol que ya debería haberlo olvidado. Sería el año sesenta o el sesenta y uno pero todavía lo veo clarito como si fuera ayer. El Chango Agüero era un chico bajito, callado y tímido que venía al Valle para el primer año de profesionalismo. En la cancha parecía otro: cambiaba de estatura, de voz, de mirada, y su infinita soledad tucumana se convertía en una muchedumbre de gambetas y toques al milímetro. Yo lo veía aparecer como un espectro entre los criminales del medio y picaba a buscar su pase perfecto. Cuando no llegábamos al arco era por torpeza mía. Las nuestras eran terribles expediciones a la poesía del gol, pero el poeta era él. Cuando digo poeta no pienso en versos coquetos sino en la lóbrega gestualidad de Quevedo y sus paredones de la patria. En Pavese encerrado en el hotel de Turín. En Pasolini aplastado en Ostia, en Alfonsina Storni buscando su última pelota allá en el fondo del mar. Algo de eso había en el Chango Agüero. El pibe no sabía de versos, pero yo necesito ahora del auxilio del Míster Peregrino Fernández para explicar lo que nos inculcaban en aquel tiempo a los que queríamos ser campeones.

El Míster daba las charlas técnicas con la ayuda de un librito de Arthur Schopenhauer y así aprendí algunas cosas que no sabía de mí y de las experiencias que estaba viviendo en mi primera juventud. Ya sé, no es posible que el fútbol, banal y grosero, evoque los misterios de la vida, pero a veces, dentro de la cancha, los remeda mucho. Al menos para un alma sin otra pretensión que vibrar y vibrar antes del reposo definitivo, como la de Peregrino Fernández. Aquel entrenador solía decirnos que solo el juego de los niños es capaz de remedar, en lo repetitivo y anodino, una búsqueda tan grande de la verdad. No sé si pude entenderlo nunca: según él, se trataba de comprender los fragmentos para darse cuenta de que es imposible asir la totalidad. Nuestra moral se construye entre los dos arcos. Nos crían en ciertos valores admirables y perversos, y podemos elegir entre ser leales a

ellos o a la gente que cruzamos en el camino. El trayecto hacia el gol es, en definitiva, una manera de conocimiento, de mirarnos y de mirar a los demás. Así hablaba el Míster Peregrino Fernández.

Tal vez tuviera razón o simplemente ensayaba una filosofía de frontera. Igual que el Chango, escapaba de algo y buscaba refugio en la Patagonia. Cuando no estaba enseñándonos a patear de chanfle o a achicar espacios, se sentaba en un banco de la plaza a leer poesía trágica y ensayos del romántico Schopenhauer. De ahí sacaba ideas para las charlas técnicas que tanto daban que hablar en el pueblo. A pleno sol, mientras masticábamos un limón, nos explicaba que hay adversarios y amigos, pizpiretas y amantes, pero también contingencias y azares. Igual que en el breve lapso de la vida, decía, hacemos un aprendizaje inútil. Jugar, fantasear, crear de la nada, sorprendernos con una esfera que viene y va y en el camino pierde su nombre.

¿Cuál es el nuestro?, se preguntó un día. ¿Qué somos en esa tormenta que estalla frente al arco? ¿Acaso el primer hombre y el último? Creo que en su grandilocuencia se refería a la desazón, al odio, a la dicha; a lo permanente y lo efímero. Algunos muchachos se reían de él porque estábamos a punto de irnos al descenso, pero el Míster tenía vocación socrática. Nos enseñaba que lo permanente son los golpes, la marca, el orsai, la represión, y ponía como ejemplo que los defensores aparecen siempre más grandes y feos de lo que son porque ellos nos marcan los límites.

Algo nos quedó de su discurso alucinado. A poco de dejar Cipolletti, el Chango Agüero se gambeteó a cuatro tipos que lo agarraban de la camisa y le mentaban a la madre. El último le mordió una oreja pero él siguió. Mi flojera moral me hizo creer que no pasaba y lo dejé solo, mal perfilado, trastabillando frente al arquero. Yo tendría que haber ido a buscar el pase por el medio para abrirle al menos una puerta, pero me pareció que era hombre muerto. El arquero le pegó uno de esos gritos que habrán oído las mujeres carapálidas a la llegada del malón y se le echó encima. Un back que volvía se le tiró con los tapones de punta y del choque

salieron unos crujidos que parecían los de una cabaña azotada por el huracán. En medio del entrevero quedaba un hueco chiquito por el que apenas hubiera pasado una gallina y por ahí la metió el Chango. No para el arco, porque no tenía ángulo, sino hacia atrás, dando vueltas, mal parida y venenosa. Una pelota dividida, para que yo cargue y la pelee. Eso hice: encandilado por el sol fui a chocar con un defensor, a ver si lo podía desplazar. Todo pasó en cinco segundos, pero para mí dura una eternidad. Alcancé a tocarla con la punta del zapato para la entrada de Carlitos Cansino, entreala mustio y elegante que detestaba a Schopenhauer porque lo consideraba un filósofo desalmado. Cansino nos miró con aire despectivo y le devolvió un centro al Chango Agüero, que había zafado de su marca. Lo dejó solo, a dos metros del arco y nunca supimos qué pasó. El Chango se tiró en palomita, cabeceó y todos vimos la comba que hizo la pelota antes e estallar. Fue un ruido seco, ridículo, y la pelota cayó, inerte y desinflada, sobre la raya del gol. Parecía un bombero aplastado, una tortuga dormida.

Nunca supimos si fue gol. El Míster Peregrino Fernández, para influir en el fallo, entró en la cancha gritando gol como loco. Se arrodillaba y se persignaba como si estuviera en San Cayetano. El referí vino corriendo a ver qué pasaba y antes de decidir se paró a amonestarnos a todos: al Chango, a Carlitos, al Míster y a mí. Después los contrarios y él se inclinaron hacia el objeto inerte con mucho cuidado, como si temieran encontrarse con una araña pollito. La pelota estaba descosida y medio despanzurrada cubriendo la raya desteñida. Nadie la tocaba. «Es medio gol», dijo el referí y esperó la aprobación general. «La rompió, ¡golazo!», gritó Peregrino Fernández, y empezó la discusión. El Chango fue el único que interpretó las lecciones de Schopenhauer: se abrió paso entre los otros y con la punta del zapato empujó el cuero al otro lado de la raya. Enseguida se acercó al referí con las manos en la espalda y le dijo: «Vea, parece en ocasiones que a la par queremos y no queremos una cosa y que, en consecuencia, el mismo acontecimiento nos regocija y entristece simultáneamente». El referí lo escuchó boquiabierto y ahí nomás convalidó el gol. Tiempo después, al recordar el partido,

el Míster nos explicó que la primera dificultad que encontramos para reconocernos a nosotros mismos es que nos resulta imposible recordar nuestra propia imagen frente al espejo. Según él, así hablaba el filósofo y por eso nos salvamos del descenso.

FRANCISCO XARAU Y JUAN GIANNELLA

EL NACIMIENTO DE SAN LORENZO DE ALMAGRO

7 de enero de 1973

A José Rafael Albrecht y José F. Sanfilippo

Para quienes me conocen, esta historia no necesita introducción. Para los demás lectores diré que hacía tiempo que tenía ganas de reconstruir el nacimiento de San Lorenzo y la doble victoria de 1972 me dio un buen pretexto. Juan Gelman —hincha de Atlanta— aprobó la idea pues gustaba, como yo, de provocar a los lectores del diario y al propio Timerman[5]. Esta reconstrucción sigue pareciéndome apasionante, porque aquella aventura de un puñado de pibes en la primera década del siglo es común al nacimiento de casi todos los clubes de Buenos Aires. Un fenómeno cultural que ha impregnado la vida argentina y que, en el caso de San Lorenzo, me parece una parábola ejemplar del fulgor y la decadencia de una sociedad. Cuando hicimos el reportaje, ni Xarau, ni Giannella, ni nadie podía imaginar que nueve años más tarde San Lorenzo perdería su estadio y sus bienes que costaron tantos esfuerzos. Menos aún, que en 1982 tendría que volver a jugar en la B.

Entre los hinchas de San Lorenzo de Almagro que festejaron alborozados la conquista de los títulos de 1972, caminaba un hombre de setenta y nueve años, de rostro seco como una cáscara de nuez, de ojos desteñidos que solo podían permitirse una mirada lejana. No sintió los habituales dolores en el hígado y en la nariz, quebrada sesenta años atrás por un pelotazo. En el bolsillo trasero del

pantalón guardaba una billetera de cuero gastado, abrigo de doscientos pesos, un carnet de socio vitalicio de San Lorenzo y una medalla de oro. Nadie lo reconoció, nadie le agradeció nada. Cuando llegó a la pensión de la calle Monte al 3700, se encerró en su pieza de tres por tres, sacó el calentador de queroseno, peló tres papas y las puso a hervir. Se sentó en la única silla, prendió la radio y escuchó cómo la gloria caía sobre un grupo de hombres que se ganan holgadamente la vida con el fútbol. Él no lo dice, pero quizás haya mirado a su alrededor, la vieja cómoda, el camastro, el crucifijo en la pared del que cuelgan siempre dos flores que se marchitan. La voz del locutor cuenta la historia de San Lorenzo, memora nombres rutilantes y menciona a los Forzosos de Almagro. El viejo Francisco Xarau asiente con la cabeza. Recuerda el 1.º de enero de 1915: el wing derecho desbordó su punta y tiró el arco, la pelota rebotó en un defensor de Honor y Patria y vino de buscana, justito para la zurda de Xarau; le pegó como venía, buscando el efecto contrario para enderezarla. La pelota rozó con el tiento en la cabeza de un defensor y se clavó en la red. Xarau, veloz, hábil con las dos piernas, lo imprescindible para ser un gran centroforward, corrió a festejar. Lo ahogaron a abrazos. La vieja cancha de Ferrocarril Oeste estaba repleta. La barra de Almagro deliraba. Era la misma alegría que en 1972 sintieron los herederos de aquellos hinchas cuando Figueroa logró el tanto del triunfo frente a River Plate. Aquel gol de Xarau abrió el camino para que San Lorenzo ascendiera a la primera división de la Asociación Argentina de Football. Corrían treinta y siete minutos del primer tiempo. Dos goles más, el último del wing izquierdo Luis Giannella, sellaron el score definitivo: tres a cero. La barriada de Almagro tenía ya un club que la identificara.

Desde entonces, la aventura que había nacido en 1907, en la esquina de México y Treinta y Tres, con el nombre de Forzosos de Almagro, creció hasta alcanzar en 1930 su esplendor. En la euforia del triunfo, pocos sabían que dos de aquellos pibes que integraron el equipo de los Forzosos, cuando se fundó, en 1907, y cuando ascendió en 1915, están vivos y abandonados por su hijo presuntuoso. Xarau vive en la pobreza de un cuarto. Giannella, de setenta y siete años, está ciego,

sordo y apenas puede mover sus piernas. Casi todos los días, como hace sesenta y cinco años, los dos «muchachos» (así se nombran ellos) se juntan en casa de Giannella —quien vive cuidado por una hija y tiene otro hijo varón—, para recordar aquella época que ya parece una alucinación. Giannella, que no oye ni ve, habla como una ametralladora, se indigna cuando lo interrumpen. Xarau nunca se casó y no se queja demasiado de su soledad: «Siempre tuve problemas —dice—, cosas de la vida». Todo lo que les dejó San Lorenzo fue un carnet para entrar gratis al club y una medalla de oro. El viejo centroforward opuso resistencia a contar la historia de los Forzosos: «Ya está escrita —argumentó—, la hicieron los investigadores; nosotros la vivimos, no podemos modificarla». Al fin, Xarau y Giannella contaron aquella infancia en el barrio de Almagro junto al cura Lorenzo Mazza, quien los dirigió en sus primeros pasos. El relato de ambos sacó a la luz una circunstancia casi desconocida para los hinchas de San Lorenzo. El nombre del club no proviene solo de un reconocimiento al padre Mazza; se refiere, concretamente, a la batalla ganada por San Martín en 1813.

GIANNELLA

En 1907 la calle México era de tierra, todas las casas eran bajas y modestas y por allí pasaba el tranvía 27. Los pibes jugábamos al fútbol en la calle porque era lo más barato que había. Los de la barra vivíamos en la calle México o en Treinta y Tres. Todos trabajábamos para ayudar en casa. Yo hacía herrería artística en un taller de avenida La Plata y Rosario. Cuando largaba el trabajo, salía corriendo para juntarme con la barra y hacer el partido. La pelota era mía, de esas de tiento que había entonces, ¿las conoció? Después se la vendí a Federico Monti, que era el cabecilla de la barra, en dos pesos cincuenta. Queríamos formar un cuadro para jugar con los muchachos de otros barrios, así que nos reunimos y empezamos a buscar un nombre. Elegimos Forzosos de Almagro. El primer nombre lo discutimos

mucho, pero todos estábamos convencidos de que, al club, había que agregarle a cualquier nombre, el del barrio: Almagro. Algunos queríamos ponerle Almagro solamente, pero por fin le agregamos Forzosos.

XARAU

Yo trabajaba como canastero, haciendo ranchos, que eran unas canastitas chicas de mimbre. Ganaba un peso por día. Tenía que mantener a mi madre y a una hermana enferma. No tenía inconvenientes para ir a jugar, porque a mi madre le gustaba. En ese tiempo jugar al fútbol era cosa de reos, de pandilleros, pero a la vieja no le importó nunca. Antes de los diez años dejé el colegio para trabajar. En 1907 éramos los Forzosos pero no jugábamos todavía contra otros cuadros. Hacíamos partidos entre nosotros, menores contra mayores. Éramos pibes de doce a quince años. Me acuerdo que cuando pasaba el tranvía, lo usábamos para hacer rebotar la pelota, lo que ahora llaman «pared».

GIANNELLA

San Lorenzo nació el día que Juancito Abondanza se llevó por delante al tranvía. Estábamos jugando un partido entre mayores y menores en la calle, justo frente a la capilla de San Antonio. El padre Lorenzo Mazza salía a la vereda a mirar. En un momento, Juancito agarra la pelota y empieza a disparar como loco. Se cortaba solo y no vio el tranvía, o lo quiso gambetear, la cosa es que se lo tragó. El motorman alcanzó a frenar pero igual lo golpeó y lo tiró al suelo. El tipo que manejaba y el guarda bajaron furiosos para pegarle a Juancito, pero el pibe era muy ligero y se las tomó mientras los mandaba con madre y todo. Yo estaba parado al lado del padre Mazza, porque como era wing izquierdo siempre jugaba contra la

vereda donde se paraba él. El cura era muy cuidadoso. Cuando escuchó que Abondanza los insultaba a los del tranvía, me dijo: «Pero che, qué barbaridad, qué mal educado es ese pibe». Enseguida me preguntó quién era el cabecilla de la barra. «Aquel», le dije, y señalé al Carbuña. Nosotros lo respetábamos mucho. Federico Monti era un pibe que trabajaba de carbonero —después se hizo albañil—, por eso le habíamos puesto ese apodo. Lo llamó al Carbuña y le dijo: «Mirá, en el fondo de la capilla tengo un lindo terreno. Si ustedes lo limpian pueden hacer una canchita. Yo les hago hacer los arcos en la carpintería de la iglesia de San Carlos. ¿Qué les parece?». ».

XARAU

Limpiamos el fondo de escombros. Trajimos un carro, y Giannella, Federico Monti, su hermano Juan y yo, nos llevamos muchas cargas de yuyos, ladrillos y otras cosas. Dejamos todo limpito. El cura trajo los arcos con las medidas que le habíamos dado. El día que Giannella le vendió la pelota con el inflador y el pasatiento a Federico Monti, nos llevaron presos. Resulta que la cámara estaba muy mala, en cualquier momento se reventaba. Carbuña nos dio un mango veinte para ir a comprar una nueva en el negocio de Rivadavia y Rioja. Giannella, otro pibe y yo salimos contentos para allá y compramos la cámara, que era colorada. Empezamos a caminar para la capilla y pasamos por Yapeyú y Victoria donde había unos pibes jugando un partido.

En ese momento aparece un vigilante y todos rajaron porque no dejaban jugar en la calle. Nosotros no teníamos nada que ver pero el botón se vino al humo. «¿Vos sos el dueño de la pelota?», me preguntó. Le dije que sí, pero que nosotros no teníamos nada que ver con el otro partido, que habíamos ido a comprar una cámara y le mostramos la factura. Nos llevó igual. El otro pibe se escapó y fue a avisarle a mi vieja, que cayó en la comisaría 24 de José María Moreno y Rosario y armó un

escándalo. Lloraba, qué sé yo qué teatro hacía. El oficial se enojó y le dijo al botón que nos había llevado: «¿Vos sos loco? Me traés acá a los pibes y después tengo que aguantar a las viejas». Nos dejaron ir.

GIANNELLA

El que puso el nombre de Forzosos fue Luisito Manara, un chico muy bueno que iba a todas partes con nosotros y que se murió enseguida, a los dieciséis años, de tifus. Cuando discutimos el nombre no teníamos ni la pelota. Luisito decía que el cuadro se tenía que llamar Forzosos de México, porque éramos casi todos de esa calle. Federico Monti dijo que no, que había que ponerle cualquier nombre, pero con Almagro al final, y que eso no podía cambiarse nunca. Entonces quedó Forzosos de Almagro. Con el nombre de Forzosos jugamos apenas dos o tres meses. El primer partido fue contra Estrellas de México, que era un cuadro de ahí cerca, por Castro Barros. Estrenamos unas camisetas color borra de vino que nos trajo el cura Lorenzo. Les ganamos dos a uno. Xarau hizo un gol de penal. ¡Cómo los tiraba! El otro creo que lo metió Julio Maidana. Jugamos muchos partidos y los ganamos todos. En la capilla no perdimos nunca. Le ganamos al Jorge Brown, al Laureles Argentinos, que era de las calles Agrelo y Boedo. íbamos a los diarios a poner los desafíos, pero no nos querían recibir el papel porque no tenía sello y decían que si no tenía sello no era un club. Como el padre Lorenzo nos obligaba a ir a misa todos los domingos, a la salida hablábamos con los vecinos y juntamos siete pesos que costaba el sello de goma. En la misa, el padre controlaba muy bien si estábamos todos, porque si no, no había permiso para usar la cancha. Íbamos tantos muchachos a misa que se empezó a llenar de chicas, pero en ese tiempo no nos ocupábamos de mujeres, como hacen ahora.

Federico Monti y otros empezaron a decir que había que cambiarle el nombre al cuadro, porque Forzosos era muy feo. Monti me dijo: «Hablá con el padre Mazza,

elegí un nombre, y si él está de acuerdo lo cambiamos». Lo agarré al cura cuando salía para ir a San Carlos, que quedaba en Victoria y Yapeyú (hoy Hipólito Yrigoyen y Quintino Bocayuva). Le dije: «Padre, vamos a cambiar el nombre del cuadro». Me preguntó cómo pensábamos llamarlo. «Mire padre —me animé—, le vamos a poner Club Atlético Lorenzo Mazza». El cura se agarró la cabeza. «¡No! —me dijo—. ¡Por favor! Ustedes se pelean en la cancha, les van a decir “cuervos”, “frailongos”; no, no». Entonces le insistí: «Federico dice que lo único que no podemos sacar es Almagro, pero lo otro está decidido». No quiso saber nada, así que tuvimos que reunirnos todos en la esquina y buscar otro nombre. Nosotros le queríamos hacer el homenaje al padre y ponerle su nombre al club, así que buscamos una vuelta en el asunto. Alguno se acordó de la batalla de San Lorenzo. Fuimos corriendo y el cura aceptó. «Bueno, si es por la batalla de San Lorenzo está bien. Que se llame San Lorenzo de Almagro». Esto era en abril de 1908.

XARAU

Yo le voy a contar cómo cambiamos la camiseta y adoptamos la azulgrana, que se usa ahora. Como nosotros no perdíamos ningún partido, el cura nos dijo un día: «El domingo que viene les voy a traer un cuadro bravo a ver si a esos les pueden ganar. También voy a traer dos juegos de camisetas y los sorteamos. Uno es verde y blanco en franjas verticales, el otro rojo y azul, también verticales. La camiseta que tenga el cuadro ganador queda para San Lorenzo». Trajo un cuadro de San Francisco, que tenía unos jugadores bárbaros. Sorteamos las camisetas y nos tocó la roja y azul. Les ganamos cinco a cero. Giannella hizo un gol. Así que nos quedamos con las camisetas azulgrana que se siguen usando ahora. Entonces el cura se convenció de que no perdíamos más y nos hizo entrar en el campeonato de las iglesias, que se llamaba Don Bosco. También lo ganamos. Entre tanto, nos íbamos haciendo muchachos grandes.

GIANNELLA

El padre Lorenzo consiguió una cancha en el parque Chacabuco y nos fuimos a jugar allá, porque ya necesitábamos más espacio. Por el año doce, la municipalidad nos sacó la cancha y no sabíamos qué hacer, así que decidimos irnos a jugar a otros clubes. Xarau y yo nos fuimos a Vélez Sársfield. Llegamos a la semifinal, pero perdimos con Porteño. Yo no jugué ese día. Al año siguiente terminamos segundos de Floresta y perdimos el ascenso. Si ese año Vélez Sársfield hubiera subido a primera, San Lorenzo no existiría.

En 1914 formamos de nuevo el club San Lorenzo de Almagro y entramos en el campeonato de segunda división. Nos reunimos en la casa de Alberto Coll, en la esquina de Treinta y Tres y Agrelo, y allí instalamos la secretaría del club. Entramos en segunda y ganamos todos los campeonatos del norte, sur, qué sé yo. Ganamos el torneo de segunda y teníamos que jugar la final con Honor y Patria, que era campeón de intermedia. El que ganaba subía a primera. El partido fue en la cancha de Ferro y ganamos tres a cero. Fue el 1.º de enero de 1915. Xarau hizo el primer gol y yo el último. Subimos a primera y, desde entonces, San Lorenzo no descendió nunca.

XARAU

Nos hacía falta cancha. Habíamos juntado cien socios que pagaban una cuota mensual. Empezamos a hacer la cancha en Liniers, sobre un terreno que era del cuadro de Olimpia. Gastamos toda la plata y cuando la terminamos, la municipalidad nos avisó que por ahí iba a pasar una calle asfaltada y nos desalojó. Perdimos todo, una fortuna en ese tiempo, y lo peor es que no teníamos cancha para jugar en primera. Menos mal que el presidente de Ferrocarril Oeste nos alquiló

la de ellos. La pagamos con plata nuestra porque también éramos socios del club, y ya teníamos una barrita buena. Cuando entramos en primera, la cosa andaba mejor. Nosotros éramos jugadores y se había formado una comisión directiva. En el año 16 nos fuimos a avenida La Plata, al lugar mismo donde ahora está el club. El padre Mazza consiguió alquilar el terreno y empezamos a hacer la cancha.

Nosotros íbamos a ayudar a nivelar el terreno, a sacar escombros y todo eso. La hicimos casi en el mismo lugar en que está ahora, un poco más sobre avenida La Plata, y tenía una tribunita chica, como para cincuenta personas.

GIANNELLA

Mi vieja tiraba la bronca. Decía que todos los que jugaban al fútbol eran unos atorrantes. Yo le contestaba: «Cuando juegue en primera voy a conseguir un trabajo mejor». Claro, me dieron un trabajo en la Unión Telefónica. Yo jugué hasta 1923. El año anterior, jugando contra Independiente en la cancha que tenía en la Crucecita,

Carricaberri tiró un centro que yo paré con el pecho pero la pelota se me fue un poco y el full back rechazó con todo. La pelota me pegó en el estómago y me tiró al suelo. Empecé a echar sangre por la boca, pero seguí jugando hasta el final. Faltaban tres partidos para terminar el campeonato y jugué los tres. Al empezar 1923, le dije al presidente del club: «Mirá, yo voy a jugar, pero voy a firmar en segunda, así, si ando bien, juego en primera», porque si firmaba para la primera no podía actuar en la división inferior. Me asfixiaba cuando corría, por el asunto del estómago. Hice dos o tres partidos y no jugué más. Eso sí: me retiré yo, nadie me echó como se dijo entonces.

Yo me retiré antes, en el dieciocho. Por mi madre y mi hermana. Siempre tuve problemas. No me pude casar porque tenía que cuidarlas. Ya ve donde vivo. El año pasado viví en un ranchito de La Reja. Conservaba recuerdos de la época, pero un día entraron ladrones y se llevaron todo. Soy socio vitalicio de San Lorenzo, tengo el número cinco y mi foto está en la intendencia del club junto a las de los demás. Entro gratis a la cancha. Me conformo. Trabajé seis años como cuidador de las canchas de bochas del club y me daban un sueldito. Tengo una jubilación chiquita y a los setenta y nueve años no puedo esperar mucho.

Los que empezamos éramos menos de veinte, los que hicimos el club unos cien y solo quedamos dos vivos. También queda Silva, que era de las inferiores. Ahora lo único que me queda por delante es la muerte. Mi amargura no es andar solo y tirado, sino que lo que hice no me haya servido de nada. No me refiero al club, que lo hicieron los que vinieron después, sino a la vida. Siempre tuve problemas. Tengo unos sobrinos, pero ellos están en lo suyo y me parece bien. De los viejos, más vale ni acordarse. Aunque alguna vez también hicieron goles.

ARÍSTIDES REYNOSO

Arístides Reynoso era un prócer del fútbol en el Valle de Río Negro y llegó a jugar en Platense en sus años mozos, allá por el cincuenta y dos, mientras Elvis aparecía en los discos de pasta y Evita se moría. Ya de vuelta, Arístides agarraba la pelota y empezaba a silbar. Silbaba aires camperos, cuecas chilenas y alguna vidalita de su tierra natal. Atrás de esa música, claro, escondía una historia inconfesable.

Recordé su andar cansino durante un partido, en el instante en que el Gallego González, con treinta y tres años auestas, metió sobre el final el gol del triunfo de San Lorenzo. Unas horas antes había perdido a su padre. Lenta, dolorosamente, lo venía perdiendo desde hacía dos años y su madre pasaba casi todo el día en el hospital. A lo largo de su vida dentro del área, el Gallego llevaba marcados ciento cinco goles en no sé cuántos clubes y ahora, a esta edad, esperaba una nueva oportunidad en el banco de suplentes. Veira lo llamó para que entrara en los últimos veinte minutos y allí fue el Gallego, sin haber dormido, recién venido del velorio, a ponerle la cabeza al primer centro decente que le tiraron.

Así son las novelas del fútbol: risas y llantos, penas y sobresaltos. González corrió con los brazos en alto a saludar la memoria de su padre. Llevaba lágrimas en los ojos y sus compañeros lloraban con él. De esa pasta están hechos los goleadores. Fantasmas que salen de ninguna parte. Arístides Reynoso fue uno de ellos y yo, que jugué con él a los diecisiete años, lo admiraba tanto que lo trataba de usted, le imitaba la pinta del pantaloncito caído abajo de la cintura y las medias atadas con una cinta color punzó. A veces, cuando perdía un mano a mano con el arquero, él se acercaba a sacudirme la melena con sus patas de oso hormiguero. Recuerdo que una vez recibió de espaldas al arco, empujado por un estóper que lo seguía a todas partes; no sé cómo hizo, pero con una voltereta se le tiró encima, le aplastó la nariz y me la sirvió en el punto del penal. Hice el gol, pero antes de entrar la pelota pegó

en el arquero y en el travesaño. Al día siguiente me llamó a charlar en un bar, cerca de la estación de ómnibus, y me contó que también él, de pibe, quería asomarse a la ventana y solo encontraba una persiana cerrada. «Pero si uno aprende a mirar, por la ranura ve la luz, pibe», me dijo. «Pasala por ahí, como pasan las mariposas». Sí, le dije, pero ¿cómo acertar, cómo resolver el dilema de las tinieblas? ¿Qué hacer con mi angustia de cazador solitario?

El fútbol es duda constante y decisión rápida. De pronto, un gesto torpe parece irreparable pero la pelota va y viene en gracia y desgracia. Arzeno, el de Independiente, también lloró al comprender que el referí lo echaba y dejaba a los suyos a merced de River. Raro instante de arrepentimiento en un zaguero: casi siempre, los defensores se van con el pecado auestas, dispuestos a repetirlo mañana mismo. Arzeno, en cambio, moqueaba y eso, me parece, dejó a los otros con el ánimo por el suelo. Y los golearon.

Al llegar a la primera de Platense, Arístides Reynoso se fue a vivir con una bailarina de la calle Corrientes y empezó a salir de noche, a tragarse Buenos Aires. Amanecía en los bares con la gente de teatro y un día lo encontraron durmiendo en un quiosco de diarios. Pronto perdió el puesto de número diez en la época en que no había banco de suplentes y pasó al largo insomnio de la división reserva. Ahí se encontró con tipos que estaban de vuelta, con los que erraban penales y hacían goles en contra, con los que nunca habían visto la luz que pasaba por la rendija de la persiana. Eso le tocó el amor propio: hizo tantos goles que al poco tiempo volvió a los partidos importantes y le puso un sombrero a Carrizo en la cancha de River y un taquito a Blazina en el viejo Gasómetro. Metido en la alucinante noche de la Buenos Aires justicialista y en las luminosas siestas de estadios repletos, aprendió las cosas de golpe. Fue en ese tiempo, me contó, que empezó a silbar en la cancha. El cuerpo le dolía horrores, pero su mente volaba: podía ver, mientras devolvía una pared y picaba al vacío, la sonrisa de un chico en la primera fila de plateas; veía a los carteristas en acción y a los que meaban desde la tribuna de arriba. Una tarde, seguro de ser como una mariposa, decidió pasar gambeteando entre Colman y

Otero, los roperos del Boca campeón. Esperó su oportunidad tirándose atrás, ofreciéndose de enganche, hasta que un tal Maldonado se la dio en un claro inmenso desde donde los otros jugadores parecían cucarachas.

Arístides Reynoso había empezado a mirar la vida de reajo. No con cinismo sino con ironía. Tuvo todas las mujeres, había cantado a dúo con Edmundo Rivero y una madrugada, en El Tropezón, le contó un mal chiste a Sandrini. Entonces se dijo que ya era hora de hacer las valijas, meter un gol inolvidable y volver a su pueblo para jugar de nuevo en los potreros. La pelota que le tiró Maldonado le llegó girando igual que gira la vida. El frente de ataque estaba cerrado porque cruzaba el Pelado Pescia y solo Mouriño se acercaba. La tiró larga, con un silbido de cueca, y nadie se animó a quedar pagando. Arístides Reynoso sintió que Colman esperaba afilando el puñal, que Otero andaba algo distraído y los encaró con la cabeza alta. No era hábil como Orteguita ni elegante como Zanetti; más bien se parecía a Márcico, un piloto de tormentas navegando en calma chicha, un montón de huesos dotados de inteligencia. Otero quedó en el camino y Pescia se resbaló al segundo amague. Iba tan entusiasmado Arístides Reynoso que hizo una bicicleta y arqueó el cuerpo para engañarlo a Colman y tirarle el caño que iba a verse en todo el país. Pero a Colman lo llamaban Comisario y no había nacido ayer. Adonde adivinó la intención del otro, lanzó un grito criminal y se le tiró a las canillas con los tapones de punta. Arístides alcanzó a pasarle la pelota por debajo del culo, pero el zapato del Comisario le arrancó la carne hasta la rodilla.

Años después mostraba con orgullo la cicatriz y juraba no haber abierto la boca para quejarse. No hizo otra cosa que levantarse y seguir porque la pierna lo sostenía todavía y Musimessi, el Arquero Cantor, ya salía a enfrentarlo. Eran tiempos del Glostora Tango Club: tipos de traje y gomina Brancato que escuchaban las charlas de Discépolo; damas y damitas con pollera hasta abajo de la rodilla. Una década insulsa que preludiaba las tormentas que cantarían Beatles y Stones. Cine, radioteatro, salón de té, hipódromo, tango... ¡Cuánto había que esperar a que las chicas se decidieran!

¡Cuánto amor y cuánto odio despertaban Evita y Perón! Todo eso y Arístides Reynoso que pisa el área con las valijas hechas y el pasaje comprado. Viene medio desacomodado y Musimessi ya abre el tren de aterrizaje, cae a sus pies con la camiseta que le marca las costillas. A Arístides le queda una sola: frenar de golpe, tirarla con los talones por encima de la espalda e ir a buscarla, si llega, por la rendija que se abre detrás del arquero. Siente el golpe en la rodilla, sabe de qué se trata, pero escapa y antes de caer por última vez en un estadio porteño, le pega de punta y cierra la valija.

Después el hospital, el largo viaje pampeano con una pierna en llagas y la otra enyesada. Así llegó a la estación donde fuimos a buscarlo: bromeando y dispuesto a seguir en los potreros. Tardó dos años en reponerse y un día nos encontramos en la misma delantera, yo que empezaba y él con su monumento a cuestras. Al poco tiempo me contó lo de la ventana y la rendija. Por ese ínfimo lugar me hizo pasar a su lado, sin hablar nunca de pesos y medidas, sin decirme por qué la pelota pica y engaña, pica y obedece, va a buscar un atisbo de luz aunque viva en el corazón de las tinieblas.

LAS MEMORIAS DEL MÍSTER PEREGRINO FERNÁNDEZ

Los trece cuentos que componen las *Memorias del Míster Peregrino Fernández* fueron publicadas inicialmente en *Página/12* entre el 28 de agosto de 1996 y el 2 de febrero de 1997. A partir del personaje y de estos relatos, Soriano proyectaba una novela que no alcanzó a terminar.

Como se ha visto, el Míster es protagonista de varios de sus cuentos; el título de la saga, sin embargo, recién empieza a ser utilizado por Soriano a partir del relato que sigue, «Shoteador». El último de la serie, «Algunas Lecciones», apareció cuatro días después de su muerte, ocurrida el 29 de enero de 1997.

1.

SHOTEADOR

Anote bien y corrijame el vocabulario, que estoy viejo y no quiero que se note. Mire, en mi tiempo difícilmente un shoteador erraba un penal. Era una vergüenza. El tipo salía más acomplejado que si se hubiera quedado dormido la noche de bodas. Me acuerdo de Cirilo Renzati, el back y capitán de mi equipo. Le estoy hablando del año treinta y siete o treinta y ocho, usted no había nacido. Renzati nos enseñaba: «El penal se pateo fuerte, bajo y cruzado. ¿Entendieron? Fuerte, bajo, cruzado y a cobrar. Si uno no cumple con los tres requisitos hay riesgo de convertir al arquero en héroe».

Renzati les inculcaba esa premisa a los chicos de las inferiores y también trataba de avivar a los arqueros del club para que agarraran los tiros de los contrarios que no venían como él pregonaba. Era el tiempo en que no se habían inventado las tarjetas amarillas y rojas para el referí. Las sanciones se discutían porque había grandes posibilidades de hacerlas cambiar. Pero le voy a contar de aquellos penales legendarios, total nadie los conoce y si valen algo es porque yo los recuerdo y usted está escribiendo mis memorias.

Vino al club un tal Jara, que era estrella en Villa Crespo y se mandó un debut lleno de lujos: caños, taquitos, amagues y un golazo de chanfle casi olímpico. Los dos equipos jugaron una barbaridad ese día y llegamos a los cuarenta y pico del segundo tiempo con el tanteador tres a tres. Ahora imagínese: de golpe yo me filtro, se la tiro al siete que venía atropellando y un defensor la desvía con la mano. El referí cobró enseguida y sin hacerse rogar porque los locales éramos nosotros y había como treinta mil personas y seis radios en la cancha.

Jara ni siquiera nos conocía a los que éramos sus nuevos compañeros, pero de entrada le quedó claro que adentro de la cancha el que mandaba era Renzati, de

modo que recogió la pelota con la zurda y se la entregó personalmente, como si le llevara una torta de regado. Nadie esperaba que pasara lo que pasó después. A Renzati le decíamos Carnicero por su manera de trabajar las piernas del contrario; tenía carácter de estreñido y regenteaba un cabaret de tangos y putas en la calle Paraguay. Algo así. Al llegar al entrenamiento usted le decía «cómo te va, Cholo» (eso de «Cholo» quedaba para los amigos), y te contestaba con un gruñido. Si te contestaba.

Por eso nadie entendió su actitud. Habrá sido por devolver la cortesía, para afirmar su autoridad, vaya a saber; lo cierto es que caminó hasta el punto donde el referí había contado los doce pasos y le devolvió la pelota al pibe Jara: «Tomá, ganalo vos», le dijo y se retiró del área como si saliera del baño. Todos nos dimos cuenta de que no le hacía ningún favor. Aquel instante me viene a la memoria como una película en blanco y negro. Estamos peinados con brillantina, difusos, sin propaganda en las camisetas. Uno que otro llevamos musleras y las medias caídas. La pelota era de tiento y los botines debían ser de plomo por lo que pesaban. A Jara imagínese bastante flaco, uno setenta y cinco, la camiseta fuera del pantalón y una venda en la mano izquierda para hacer pinta.

Puso la pelota veinte centímetros más delante de donde señalaba el referí y se hizo pegar un reto. Todos protestamos: nosotros para que midiera la distancia de nuevo y los contrarios para ponerlo nervioso a Jara. Parece mentira pero en la época era imposible marcar el punto del penal de una vez y para siempre. ¿Sabe por qué? Casi no crecía pasto y la cal se borraba con el rocío. A cada partido el tipo que trabajaba de canchero (ignoro cómo los llaman hoy que llevan publicidad hasta en los zoquetes) tenía que pintar todo de nuevo. Y claro, el referí medía los once metros caminando doce trancos ni muy cortos ni muy largos. ¡No se imagina lo emocionante que eran esos pasos! ¡Otra que Gary Cooper en Duelo al sol! El arquero le porfiaba que los daba demasiado cortos, el shoteador que los hacía muy largos... A veces las discusiones eran tan fuertes que tenían que venir los líneas a medir también ellos y se armaba una de tortazos que ni le cuento.

¿Sabe por qué los jugadores van a protestar los fallos y a veces terminan con tarjeta roja? No, no lo sabe y ellos tampoco. Es una herencia que han recibido desde el fondo de los tiempos y cumplen con el rito sin preguntarse de dónde viene. Le voy a explicar: en mis tiempos el pobre referí no tenía más que el silbato y las manos. Ni pañuelo llevaba. Las reglas decían que si te señalaba la entrada del túnel con el brazo extendido, era expulsión. Te rajaba de autoridad, con un gesto, y a veces tenía que guapear y sacarte a empujones. Claro que el reglamento era un poco más simple que ahora: una mano era una mano y se cobraba aunque la pelota te pegara de casualidad. Un foul era un foul y se daba tiro libre o penal, minga de ley de ventaja y esas cosas que si vas a la cancha con tu novia se las tenés que explicar diez veces. En orsai estabas siempre, ¿entendés? Si no tenías la guardia de infantería completa atrás tuyo al recibir la pelota, era orsai. Nada de si al partir el pase te encontrabas en la misma línea o un paso atrás. No había telebim y los fotógrafos usaban camaritas de cajón. El orsai era sagrado y por eso los delanteros salían tan buenos. Bernabé Ferreyra, el paraguayo Erico, Moreno, Pedernera... si no la agarraban bien atrás, ¡fácate!, les cobraban un orsai. Entonces, si te mandabas una macana, si le insultabas la madre al referí o colgabas a un rival del alambrado, el tipo pegaba un pitazo, señalaba la entrada del vestuario y estabas perdido. La única posibilidad de salvarse era encararlo antes de que hiciera el gesto fatal y agarrarle el brazo para que no lo levantara, doblárselo a la espalda, cualquier cosa. En el forcejeo, perdido por perdido, pedías disculpas, hacías promesas, rezabas el Padre Nuestro, algo que lo conmoviera. Había que ser rápido y estar muy atento porque enseguida venía un contrario y también tironeaba pero para liberarlo y que pudiera joderte. En la batahola alguien salía con la mano rota o el hombro sacado. Recuerdo que al Compadrito Zelaya, que era famoso por haberle anulado un gol a Chacarita de local, me le puse atrás y lo alcancé a agarrar de los guijarros. Bien fuerte, con el puño cerrado se los agarré y le dije al oído: «Si me echás, los perdés». ¡Para qué! Era compadrito en serio, el tipo: levantó la mano, me metió un dedo en el ojo y después me quería llevar al túnel de la oreja. Doce fechas de suspensión, me dieron.

Ahora estoy un poco cansado, ¿sabés? Me van a venir a buscar para llevarme a dormir la siesta. Haceme el favor, empujame el sillón a ver si me puedo robar unas galletitas para esconderlas en la pieza. Querés saber cómo termina lo del pibe Jara, ya sé... Te la hago breve y otro día la seguimos. Puso la pelota, se perfiló para la zurda y te juro, fue pura magia. Se cagó en todos los consejos de Renzati. Llegó caminando a la pelota, la chanfleó y la hizo pegar abajo del travesaño. La bola picó en la raya, perezosa, le pasó por encima al arquero, golpeó en un palo, fue al tranquito por la línea a acariciar el otro, dio unas cuantas vueltas en el mismo lugar, igual que un trompo, y se metió medio metro.

Al otro día en el entrenamiento todos lo cargaban, le decían que tenía una suerte bárbara. Entonces lo hizo de nuevo. Tres o cuatro veces. Y se mataba de risa. Por supuesto, nunca más lo dejaron patear un penal y que yo sepa por años siguió tirando el Carnicero Renzati. Fuerte, bajo y cruzado.

CABEZA DE CHINGOLITO

¿Me trajiste el libro de Chandler? A ver, buscá el cuento que se llama «La pesada» y leeme el comienzo. Me lo sé de memoria, me parece. La primera vez que lo leí fue estando en cana en Italia. Creo que me lo pasó un piamontés del pabellón de los chorros. ¿Lo tenés? Esperá, dejame probar: creo que todavía me lo sé de memoria. Seguime, a ver:

«Anna Halsey era unos ciento veinte kilos de mujer cuarentona con cara de masilla en un traje negro a medida. Los ojos le brillaban como botones negros, tenía mejillas suaves como piel de durazno y del mismo color. Estaba sentada detrás de un escritorio negro, con tapa de vidrio que parecía la tumba de Napoleón, y fumaba un cigarrillo con una boquilla negra que no alcanzaba a ser tan larga como un paraguas. Dijo: Necesito un hombre».

¿Qué tal? Me lo sé completo, eh... A veces me sabía todo Chandler. Con los nervios que tenés antes de los partidos, encerrado en el vestuario que parece una leonera, te construís tu propio mundo, si no te apolillás por dentro. Yo leía cosas así mientras el entrenador decía las pavadas de siempre. Te digo cómo sigue, un pedacito nomás para que te avives de la polenta que tendríamos que darle a este libro mío que estás escribiendo vos. Escuchá: «Necesito un hombre bastante buen mozo como para levantar a una mina que tiene sentido de clase, pero debe ser lo bastante duro como para agarrarse a trompadas con una pala mecánica. Necesito un tipo capaz de moverse como un señor del estaño y con más labia que Fred Alien por la radio y que cuando le den un mazazo en la cabeza piense que una corista lo atacó con un escarbadientes».

Es un personaje de Chandler, pero igual podría estar hablando de un jugador que conocí en la Juventus. Pietro Zanoni, se llamaba. Tipo grandote, pintón, con menos cerebro que un chingolito. Me acuerdo de él porque la primera vez que lo vi le habían pegado un mazazo en la cabeza en el momento de tirar un córner. Puso la pelota al lado del banderín y de golpe aparece un tipo grandote y a traición le da un garrotazo. ¿Vos te creés que Zanoni se enteró? Pateó el córner, agarró un rebote y recién después cayó sentado. Le tiraron un poco de agua y como se empecinaba en decir que no tenía nada, que estaba bien, el aguatero le explicó lo que había pasado, que el marido de la chica con la que salía a escondidas acababa de tomarse venganza. Pero Zanoni no se enteraba. Recibía los planchazos de los defensores y los garrotazos de los maridos despechados sin inmutarse porque su cerebro no alcanzaba a procesar lo que le ocurría al cuerpo. Una vez me invitó a tomar unos tragos al hotel donde después se suicidó Cesare Pavese. El grandote se tomó una docena de whiskys y yo no le fui en zaga y a la salida, inevitablemente, se cayó de cabeza en una zanja. Yo no. A mí me habían enseñado que un borracho culto nunca intenta saltar una zanja. Si no la puede evitar, lo más seguro es bajar al fondo aunque haya agua y barro y volver a subirla del otro lado. Intentar el salto es porrazo seguro. Huesos rotos. Entonces, al toparnos con unos de esos zanjones que existían por todos lados en Europa después de la Guerra, zanjones para poner caños o cables, yo me dije: «mejor arruinar el pantalón que las piernas», y bajé. Zanoni, en cambio, saltó como si fuera Tarzán colgado de una liana y se fue de cabeza contra los caños. No sé por qué, pero siempre caía de cabeza. En una de esas porque jugaba de centrofóbal, ¿no? Imagínate lo que me costó sacarlo. Parecíamos el Gordo y el Flaco pero sin público. Al fin pasaron los tipos de la basura y me ayudaron a subirlo. ¿Por qué te estoy contando esto? ¿En qué lugar del libro lo podemos poner? ¿Qué te parece si hacemos un capítulo sobre la inteligencia del cuerpo? Mohammed Alí, Pelé, Johnson, Maradona, son formidables en eso, pero Zanoni era la exaltación de lo contrario. No podía pensar ni con la mente ni con el físico. Resultaba imposible no tenerle simpatía, «era casi tan grande como un

camión de cerveza», para seguir con Chandler. Y ahí aparece Inés, los ciento veinte kilos de mujer cuarentona.

Yo ya estaba terminando como jugador. Treinta y dos pirulos, mucho chupi, faso, minas, libros; empezaba a perderme goles que la bestia de Zanoni podía hacer con los ojos vendados. Largar el fútbol es un momento bravo en la vida y pensé que si me hacía entrenador podía seguir recorriendo el mundo con tiempo para la lectura y los vicios de la vida. Pero esa historieta es para otro día. Ahora estamos con Zanoni y su gorda que pretende lubricarle el cerebro. De los pobres de espíritu tenemos la fantasía de que todos van a ir al cielo pero yo no estoy tan seguro porque las macanas que se mandaba Zanoni no eran para complacer a Dios, te lo juro. Un día la gorda Inés le dice: «Vení a comer con velas esta noche, estoy muy cargada y tengo ganas de reventarte, papito». ¿Qué hace Zanoni? Se aparece con un cuchillo grande como el de Sandokán, lo pone sobre la mesa ornamentado con flores y velas que a la gorda le habían costado un platal en el mercado negro y le dice: «Mirá Inés, yo te quiero, pienso en vos todo el día, pero antes de dejarme reventar te corto el cuello». La gorda casi se muere. Lo calmó, le explicó que el reviente en el que estaba pensando ocurría en la cama, era de puro goce. Pero la noche se había arruinado. El cuchillo de Sandokán brillaba sobre la mesa, la desconfianza de Zanoni había roto el encanto.

La gorda empezó a darle jarabes para estimularle el cerebro, tisanas, mejunjes y todas esas porquerías que en épocas de destrucción y mishiadura se les compran a los vendedores clandestinos. Pero claro, estaba lleno de inescrupulosos como el Harry Lane de El Tercer Hombre, y a la gorda empezaron a venderle mercadería trucha, a mandarle frascos equivocados que ella mezclaba en los cócteles que le servía a Zanoni. Hasta que una noche lo mató. Estaban en plena acrobacia en la inmensa cama y de pronto el grandote se quedó duro como un adoquín.

La gorda me llamó llorando a gritos, pidiendo auxilio. No sé si hice bien pero le dije que no avisara a los carabineros. Un tipo como Zanoni bien podía matarse al caer en un zanjón. Lo bajamos a la calle como si viniéramos abrazados los tres y

antes que amaneciera lo tiramos de cabeza en un pozo de Via Biancamano. No creo que a los muertos les salgan chichones, pero escuchamos un ruido solo y la gorda Inés sollozaba abrazada a mí.

Me dirás que Zanoni no dejó huella en la historia del fútbol. No estoy seguro: si yo lo recuerdo es porque algo suyo queda y quiero que figure en mis Memorias. Al fin y al cabo estuve preso tres meses hasta que se aclaró el asunto. La gorda Inés se comió uno o dos años, no sé. ¡Uy, fijate la hora que se nos hizo! Yo chamuyo, chamuyo y ni cuenta me doy. Lo que pasa es que vos te vas y vuelven el silencio, los malos augurios, las enfermeras, la tele, los médicos. Nadie que me escuche. La próxima vez traeme Adiós muñeca, de Chandler y media de medialunas. Ojo que acá les llaman croissants. Si además conseguís algún video con partidos de la Argentina pedimos una casetera y nos hacemos una panzada. Acá el Estado se hace cargo de los viejos, ¿viste? Te dan todo lo que necesitás. No me puedo quejar. Lástima que no tengan una máquina como la de la novela de Wells, que pueda mandarme de vuelta a los tiempos de Zanoni, el cabeza chingolito.

BATACLANAS

Llévame a tomar un helado al quiosco de los camilleros y te sigo contando. Acá en el geriátrico me tratan bien, no creas, pero a los franceses no les interesa el fútbol y me aburro porque no tengo con quién charlar. Fijate que el médico me habla de rugby, de ciclismo y yo le digo «Sí doctor, claro, doctor» y a veces me pongo a dormir. Es así, con los ojos entrecerrados, que me veo joven, con reflectores en los ojos y músculos de un tigre. No te imaginas lo rápido que era yo en ese tiempo, en Excursionistas, Tigre; después, en San Lorenzo ya gané experiencia, distancia, inteligencia. Y en Europa, bueno, me comí todos los garrones, cómo iba a saber yo que iba a haber una guerra. Me fui a Torino sin que importara un pito del Duce ni del Führer de Alemania ni del Padrecito de los Pueblos de Rusia, un carajo; yo lo que quería era jugar al fútbol. Claro que siempre andaba con libros porque en mi familia se leía mucho, si hasta me llevé a Italia uno de Roberto Arlt que era el escritor más famoso de entonces. Fijate que todavía me sé una parte de memoria. Unos tipos vuelven del teatro en el último subte y Arlt los describe así: «Un grupo de calaveras a la violeta comentando pantorrillas de bataclanas». ¿Qué tal? Mirá si a vos te saliera una frase así.

Claro, ahora suena viejo, pero es mi lenguaje, el vocabulario de cuando era pibe. ¿Sabés?, en ese tiempo yo creía que a los argentinos nos sobraba inteligencia, por eso me largué al mundo haciéndome el piola, el sobrador. Ahora, en cambio, viendo el país que hicimos, pienso que no somos inteligentes, somos astutos, que es distinto. Entre los astutos hay muchos giles. Creo que eso lo aprendí de un francés que se llamaba Camus, uno de los pocos intelectuales que tenía potrero. ¡Qué buen arquero era! Lo conocí en Argelia, en un partido bastante fuerte y le hice un gol de cabeza porque el back le obstaculizó la salida. En la cancha hablaba como una

cloaca, pero en el café era parco y decía las palabras justas. Un día largó el fútbol y se fue a París, pero siempre me atendía el teléfono. «¿Ca va, camarade?», me decía, y charlábamos en francés o en lo que nos saliera. Me contó que ya no jugaba al fútbol, que el viento lo había arrastrado a otros parques. El teléfono costaba un dineral pero nunca sentí que estuviera apurado por cortar la comunicación, como hacen algunos famosos con los viejos amigos de la garufa. Bien o mal le traduje la frase de Arlt y me dijo «parece Céline, eso es Céline». Pero en esos días para que te tuvieran en cuenta tenías que vivir en París y Arlt era de Flores... De eso se avivó Gardel. Carlitos no era astuto, era inteligente. Pero eso es otro cuento y si lo querés oír volvé otro día.

La cosa es que ahí en Argel conozco a un viejo con mucho vento, dueño del Racing de París. ¿Dije vento? Pone mosca, que si no nadie me va a entender. El viejo me pregunta: «¿Cuántos goles puede hacer usted en cinco partidos?». Yo tenía unas ganas bárbaras de conocer París, así que le dije: «Aparte de los de penal, le hago uno por partido». Esa noche me llevó a ver bataclanas como las de Arlt, pero esas además de los tobillos mostraban las ligas y me dio unos francos para que terminara la noche entre plumas. Al día siguiente vino a buscarme al mediodía, levantó la cuenta y le dijo a la madama: «Me llevo a este garcón argentino para que me salve de la quiebra». Al principio no entendí, pero después, en el camarote, mientras el tren atravesaba la noche, me contó la justa: «Con cinco goles me salvo —dijo—. Necesito ganar tres partidos y si me quedo en primera división los acreedores me levantan el embargo. Si hace esos goles lo cubro de oro». De modo que ahí me veo todavía, año treinta y ocho, traje inglés y brillantina, alojado en el Georges V subiendo y bajando la colina del Sacré Coeur, meta pata por el Bois de Boulogne, pensando día y noche en cómo hacer cinco goles en cinco partidos. Pensé y pensé y lo volví a pensar y al final decidí que no sabía qué mierda hacer. Me estaba metiendo en un lío. Al final, me dije: «No jodás, no es tan grave, el fútbol no es más que fantasía, dibujitos animados para mayores».

Dale, pasame otro helado, que no hay enfermeras a la vista. Haceme la gauchada, acomodame el almohadón que me duele la espalda. Carajo, debe ser la ciática que me tiene torcido. ¿Qué te contaba? Ah, sí: me presentaron a los jugadores del club y me dieron los documentos de otro delantero para que pudiera jugar. Witold Levy, o algo así. Un polaco que le pegaba de punta y cabeceaba con la nuca. Entonces pensé de nuevo que me estaba metiendo en un quilombo, los nazis estaban entrando en Varsovia, se sabía lo que hacían con los judíos y yo como un otario con los documentos del tal Levy.

Una noche lo llamé a Camus, le pedí consejo y me dijo que no me calentara, que en Francia tenían la Línea Maginot y que los nazis nunca entrarían en París. Así que empecé a hacer los goles. El viejo me llevaba a los estadios en limusina y yo le cumplía. La joda era que en algunos diarios decían: «El judío Levy, se convierte en goleador». Y otros batían: «Lo único que falta es que ahora los judíos sean goleadores». Nunca supe qué paso con el verdadero Levy pero la tarde que hice el quinto gol y nos salvamos del descenso había una tribuna entera de nazis franceses que me puteaban como si yo jugara en otro equipo.

«Tranquilo», me decía Camus, «nosotros tenemos la Línea Maginot que es infranqueable». El viejo me pagó un vagón de plata en negro, me entusiasmé y le hice caso a Camus; me quedé el año cuarenta también, meta goles, meta puteadas. Otros venían a ovacionarme a mí solo y me hice famoso. «¡Witold, Witold!» me cantaban unos que llevaban banderas rojas. Un día estábamos jugando y se aparecieron los alemanes. Te juro que no sé de dónde mierda salían, qué había pasado con la Línea Maginot, pero el estadio se llenó de soldados alemanes. ¡Dios mío! El referí se puso tan nervioso que cuando hago el segundo gol de cabeza me llama y me echa, me dice «no quiero judíos en esta cancha».

Guarda que ahí viene el enfermero para llevarme a tomar la sopa. Para volver a París tomate el métro que el taxi es carísimo. Después, si el libro de mis Memorias se vende bien, arreglamos... ¿Cómo zafé, querés saber? Mira, no lo vas a creer... ¿Leíste esa novela de Peter Handke sobre el arquero que echan de la

cancha? Yo caminaba y pensaba: ¡Para qué mierda me habré metido! Por ambicioso, por aventurero, y miré para la tribuna. Estaban desplegando svásticas y había bastante despelote así que en lugar de entrar al túnel fui al banco y me cambié la camiseta rajando; me puse una del otro equipo con el número diez que había en el suelo. En ese momento terminó el partido y me mezclé con los otros jugadores para volver al vestuario. Mis compañeros me miraban pero no decían nada porque creían que era para joderlo al referí. No sé, lo único que me acuerdo fue que los nazis andaban por los pasillos a los gritos. Te juro que tenía tanto susto que no entré en el vestuario; seguí por un corredor y sin darme cuenta al rato me encontré en la calle. Vestido de número diez, en una vereda desconocida. Miré para atrás y salí corriendo. Pero corriendo en serio, como si fuera picando de un arco a otro. Me metí en un méetro, salté por encima de los molinetes y nunca más volví a esa cancha.

¿No me creés? Vos escribilo así: estuve una semana caminando vestido de diez, sin otra cosa que ponerme, con un frío de cagarse. ¿Quién podía pensar que era un judío polaco si andaba así? Claro que la historia no termina ahí, ni de ese modo, pero ya vas a ir sabiendo todo a medida que escribas. Ahora andate y pasalo en limpio, dale forma y cuidá que no te lo afanen. Guarda con Stephen King que ya nos birló lo del viejo que escribe en el geriátrico. Unos meses que empezamos y ya nos jodieron. Son rápidos los yanquis. Ah, te tengo que dar un final para el capítulo... Bueno: una noche lo llamé a Camus desde un correo y le dije: «Albert, ¿qué carajo pasó con la Línea Maginot?». Hizo un silencio, me dijo que no confiara en los teléfonos y me explicó: «Era una mala defensa, Fernández: los delanteros de ellos se vinieron por las puntas, pasaron por las Ardenas y nos jodieron».

«¿Y ahora qué tengo que hacer?», le pregunté. «Encerrarte, quedarte piola y escribir un libro», dijo. Yo hubiera seguido el consejo, pero te juro que no me salía una palabra. Una noche me escondí en un tren de carga y me dejé llevar. Lo que no me vas a creer es dónde estaba cuando me despertaron los perros... Ahora rajá, turrito; el domingo traeme unas frutillas con crema y te cuento.

4.

POLIZONTE

Prometí que iba a contarte adónde me llevó aquel tren de carga que tomé para escaparme de los nazis con los documentos de un judío que me habían dado en el Racing de París. A ver si adivinás... ¡No, qué España! Estuvimos dando vueltas de arriba para abajo, entre cañonazos, morteros y bombardeos aéreos. No te imaginás el hostiazo que nos pegó la aviación inglesa cuando íbamos para el norte. Le dieron al vagón que estaba justo delante del mío y ahí nos quedamos dos días hasta que los alemanes consiguieron que se moviera de nuevo. No te imaginás el ruido que hacían las ruedas torcidas: me reventaba los oídos, no me dejaba pensar en nada. Por eso la vez que nos atacó un batallón que cayó de un barranco como si fuesen piratas no entendí lo que ocurría, quiénes eran ni qué querían. Me pareció que hablaban noruego o finlandés, algo así. La cosa es que liquidaron a los alemanes y siguieron ellos con el tren. Igual, yo no me animaba ni a asomar la nariz. A veces me desmayaba de hambre y tuve que comerme mi propia ropa; hasta los zapatos me comí, como Carlitos Chaplin en *La quimera del oro*. Con el paso de los días hubo tres o cuatro asaltos más y el tren cambiaba de dueño a cada batalla, de modo que yo no tenía idea de adónde íbamos ni de quiénes conducían el tren.

Al amanecer de un día frío de 1942 entramos en una estación inmensa y vacía. Los soldados, o lo que fueran, se fueron cantando en un idioma para mí desconocido. Recorrí los vagones, me vestí con lo poco que encontré y salí a la calle a ver dónde diablos me encontraba. Lo primero que vi fue un inmenso mural con la cara de José Stalin, rozagante y sin edad. «Estoy salvado», pensé. Por lo poco que conocía de política sabía que ahí no me iba a hacer rico, pero al menos no me molestarían por llevar los documentos de un judío.

Anduve caminando una semana, durmiendo en barracones de laburantes, comiendo en casas de familia, con mujeres y viejos que me llamaban tovarich. Nos comunicábamos por gestos, pero no conseguí identificarme como argentino porque en ese tiempo no había compatriotas famosos en todo el mundo, ni Milstein ni Maradona. Todavía no habían empezado los triunfos de Fangio, los presidentes eran todos de cabotaje y no teníamos campeones de boxeo. Me quedaba el tango. Carlitos Gardel, claro, pero ¿cómo imitarlo? Igual, ya tenía unas cuantas vodkas entre pecho y espalda y me largué con La cumparsita. Me aplaudieron bastante, no te creas... En la pared tenían fotos de Lenin y sobre todo del Padrecito de los Pueblos, banderas rojas con la hoz y el martillo. Eran de una generosidad conmovedora, así que me fui tranquilizando y andaba todo el día por Moscú pensando cómo hacer para conseguir un club donde jugar.

El problema era que no podía leer el diario, no conseguía hacerme entender con la gente común, que no entendía otro idioma que el suyo. Por fin, una mañana me topé con un estadio y entré a ver qué pasaba. Estaban entrenando los del Dínamo, que en ese tiempo era el cuadro de la KGB. Lo reconocí por las camisetas, incluso había jugado contra ellos estando yo en la Juventus y les había marcado un gol con la mano. «Qué vueltas tiene la vida, mirá dónde vengo a caer con el caballo cansado», me dije. Pensaba sentarme en la tribuna a mirar, pero decidí acercarme y ver si reconocía a alguien, aunque tenía la secreta esperanza de que fueran ellos los que se acordaran de mí.

Me quedé parado cerca de la raya a ver el picado y de golpe lo ubiqué al arquero. Tarmanowsky, se llamaba. Viéndolo ahí me pasé de nuevo la película de aquella palomita mía en el momento que él salía a buscar la pelota y llegaba antes que yo con sus brazotes como chimeneas. Fue entonces que estiré el brazo y ¡páfate!, se la desvié justo delante del morro. Golazo, te juro, ¡lástima que no había televisión! De pronto recordé ese día en Moscú que mi puño desvió la pelota y se topó con la nariz de Tarmanowsky y le partió el tabique. Justamente por eso, al

verlo sangrar, el referí convalidó el gol porque la sangre probaba que mi puño había golpeado por accidente en su cara y no en la pelota.

Me hice el gil y me fui corriendo para el otro sector, pasé delante de los utileros, del entrenador y el aguatero y los saludé en castellano. Al final no sabía si tenía ganas de que me reconocieran. Me senté en el pasto y al rato cayeron dos tipos que se me sentaron uno de cada lado. El primero, bajo y morrudo, me habló en ruso y como respuesta le enumeré unos cuantos idiomas en los que podía responder, pero omití el alemán y el inglés por si las moscas.

«En español. Estuve en las Brigadas Rojas durante la guerra», me dijo el otro. «Cagamos», pensé. «Qué mala leche, subirme justo a un tren capturado por los rusos que todavía no cambiaron de arquero». Y el otro: «¿Qué Ministerio, camarada?». Justo en ese momento se oye un ruido inconfundible de huesos rotos, un jugador que grita y veo que todos salen corriendo a auxiliarlo. Le digo al ruso: «Doble fractura de tibia y peroné. Con suerte dentro de un año puede caminar de nuevo, pobre muchacho». En aquellos años era así, la medicina no funcaba como hoy. El que tenía de ladero ni se mosqueó. «¿Qué Ministerio?», me repite. «¿Ministerio?», le digo, «¿a qué se refiere?». Y él: «Al que lo invitó. ¿Deportes, Agronomía, Exterior?». No le entendía un pito, así que cuando me llevaron a una oficina le tuve que contar lo que me había pasado y cómo llegué hasta ahí. Imaginate, se puso como loco. Que cómo podía ser que a Seguridad se le hubiera escapado un colado en el tren, que yo podía ser un espía alemán, un trotskista, un saboteador. Que a quién quería engañar con ese documento a nombre de un tal Levy, judío de Polonia inscrito en Francia. Ahí nomás me hizo poner de pie y me ordenó que me bajara los pantalones y le mostrara las vergüenzas a ver si estaban bien podadas. «Ni podadas están, camarada», le advertí, «si yo soy medio gallego con cruza de india salteña». Creo que no era muy exacto, pero fue lo que me salió en el momento. El ruso insistió con cara de pocos amigos y tuve que humillarme. Ahí nomás tiré los lienzos y los dos me miraron asombrados. «Pero cómo, y esta abundancia de colgajo, ¿cómo pega con tus documentos?». Se lo expliqué diez

veces y me pidieron que no me moviera de allí hasta que volvieran. Si era solo un polizonte, me dijo el morrudo, no me molestarían, pero si llegaban a descubrir mi condición de espía ya podía empezar a escribir una carta para despedirme de mi familia.

Salieron y yo, qué querés, temblaba. Me senté en una mesa de masajes a reflexionar sobre mi torcida suerte y en eso trajeron al pibe quebrado. Tibia y peroné, como había dicho yo. Lo hacían morder una toalla para que aguantara el dolor y el médico pedía instrumentos y una ambulancia. El entrenador se agarraba la cabeza, me parece que puteaba en todos los idiomas de la Unión Soviética. Al verme me tomó de un brazo y me habló, me comentó algo como si yo formara parte del club y pudiera hacer algo. Le dije que no entendía ruso y al fin, con aliento de vodka perfumada, me gritó en italiano: «¡El único delantero que me quedaba, carajo!». «¿El único?», le pregunté con un cosquilleo en el estómago. «El único que la metía», agregó, y se quedó en silencio mientras entablillaban al pobre goleador.

«Una vez supe jugar en la Juventus», le largué al descuido. El tipo se dio vuelta, me miró, me estudió de la cabeza a los pies y se quedó, pensativo. «Ahora vengo del Racing de París», lo apuré. «¿Y qué hace acá?». Los otros nos miraban sin entender. «Cosas de la vida», dije. «Parece que los muchachos de la KGB me van a meter preso por entrar al país sin invitación». Se echó a reír. «¡Preso! La hace demasiado fácil, tovarich. ¡Lo van a mandar a Siberia!». Se dio vuelta para irse y yo de puro desesperado, dejé caer: «Cuarenta y siete goles en un año».

Se volvió y me prestó atención. Total, no tenía nada que perder. «¡Cámbiese!», me gritó. Y después se dirigió a los otros en ruso, les pedía que volvieran rápido a la cancha, que el entrenamiento seguía. «El domingo jugamos contra el Estrella Roja», dijo y me tiró una camiseta: «Necesito un goleador, necesito ganarles a esos fanfarrones del Ejército que nos tienen de hijos... Venga, si hace un gol capaz que le puedo dar una mano, pero si me está mintiendo más vale que empiece a escribir su última voluntad...».

En un santiamén estuve cambiado y salimos al terreno. No sabés cómo me latía el corazón... Igual que ahora, que estoy cansado, con hambre, confundido por los recuerdos. Si querés saber cómo sigue la historia volvé el domingo bien temprano. Te voy a contar lo que pasó en la cancha. Y el lío que se armó cuando volvieron los tipos de la KGB.

INVIERNO DEL 42

¡Me trajiste medialunas...! No sabés cómo te lo agradezco. Lástima que acá en París no haya alfajores, que no tomen mate. Dale, poneme dulce y escondé el frasco. Si cae una enfermera se arma un lío bárbaro y chau libro de memorias. El colesterol, qué querés. Un día te dicen que es malo y otro que es bueno. La glucemia me miden... Con todas las que pasé mirá si voy a tenerle miedo a una cosa así. A esta edad para qué cuidarse en las comidas, ¿me querés decir? ¿Para qué esperar los noventa pirulos sentado en una silla de ruedas? Me lo pregunto y al rato algo me hace dudar. Allá, en la ladera de la colina, ¿ves? Ahí se juntan los ciervos, de ese lado vienen las tormentas; aunque te parezca mentira, así de estrolado como estoy hay veces en que me digo «dale, Míster, vivite un día más, aunque sea uno, para disfrutar de los ciervos bajo la lluvia».

A vos te cuesta entender porque todavía podés patear un córner, te parece que la vida es larga. Yo te hablo del año cuarenta y dos, con los nazis rodeando Stalingrado y aunque ya ni figura en los libros a mí me parece que fue ayer. Karamezov, el entrenador del Dínamo, me dice: «Muévase por todo el frente de ataque, saque a los defensores, tire paredes y no se olvide del gol, lo que necesito es un gol. Qué me importa que sea judío, si hace uno lo hago pasar por armenio, turco, por lo que quiera». Imaginate, no me podía sacar de la cabeza a los tipos de la KGB. El estadio estaba vacío pero había retratos de Stalin por todas partes. Y yo pensaba: «¿Por qué no me habré quedado en Villa Crespo con Atlanta o en Boedo jugando para San Lorenzo?», y de golpe me acordé de Arrieta y García, el ala izquierda que tenía el Ciclón. Creo que todavía no le decían así, no estaban Zubieta y Lángara, los republicanos que llegaron escapando de la persecución franquista.

Debuté reemplazando al brasileño Petronilo do Brito, que estaba lesionado. Ya sé, me estoy yendo por las ramas... Lo que pasa es que Arrieta y García tenían una jugada sensacional que traían conversada del Café de los Angelitos. La practicaban una o dos veces por partido, nada más. De golpe arrancaban y hacían una doble zeta a la carrera hasta que uno la recogía cerca del banderín y ¡pum!, centro atrás para el brasileño que agujereaba la red. Ese día no estaba Petronilo y me la enseñaron a mí. Arrieta me dijo: «Si ves que me hago el otario, que arranco como si no supiera lo que voy a hacer, cortate y junalo al arquero, filtrate entre los backs, prepará el cabezazo, que el centro llega como que hay Dios, ¿entendiste?».

Te lo cuento y me vienen lágrimas a los ojos. Les que ría explicar esa jugada a los rusos del Dínamo pero no entendían un carajo en ningún idioma. Se las dibujé con un palito en el claro del arco y nada, así que se me ocurrió marcarles una zeta en cada mano para que la tuvieran presente. Moje el palito en el barro y les hice la marca mientras les contaba con gestos lo que me había dicho un día Monti, que jugaba en Italia: «Cuando agarres la pelota imaginate que salís a bailar con una bacana en el Tabarís; tenés que llevarla por toda la pista sin chocar con nadie». Nunca entendí lo que me había querido decir pero les hice la mímica y se fueron cagados de risa. Uno era rubio y grande como un árbol y el otro un gurrumín de morondanga. Yo ya me había avivado de que los tipos estaban muy averiados, el que no era chicato cojeaba dos centímetros y algunos caminaban de refilón. Se veía que volvían del frente. Los soviéticos parecían liquidados y Stalin estaba furioso porque los aliados se negaban a abrir otro frente para aliviarle la presión.

Tenés razón, me adelanto a los acontecimientos y vos te perdés. No importa, grabalo todo y después lo ordenás, ponés cada pieza en su lugar. Este capítulo es surrealista o más bien dadaísta, digno de Tristán Tzarcí, vas a ver. Mirá: allá están los ciervos, se juntan y de tanto en tanto miran al cielo. Señal de que va a llover. En Moscú, en cambio, hacía un tornillo terrible, nevaba finito y los dos infelices del ala izquierda cada vez que agarraban la pelota se ponían a hacer zetas, pero sin soltarla; iban de un lado al otro muertos de risa. Yo me amargaba, pensaba «vamos

todos en cana», hasta que miro al arquero y veo que me está relojeando, se devana los sesos pensando: «A este lo conozco de alguna parte». En eso el gurrumín encara, se frena para que la zeta le salga bien derecha y se la tira larga al insider. No sabés... era patético. Corría rengo, dando barquinazos mientras al marcador que lo seguía se le caían los anteojos, perdía la dentadura, vaya a saber qué postizo de la cara. Todos minusválidos, pero cómo iba a pensar que Tarmanowsky había perdido una mano, le quedaba nada más que el muñón... ¿Te reís? ¿Ves qué lejos estás de mí? A uno se le caía el alma, te juro. En eso veo venir el centro y me tiro en palomita, la peino para que vaya al otro palo, mansita, mientras el muñón de Tarmanowsky me da en plena frente. Caí sentado en el área, mirando al mismo tiempo la pelota que entraba y los tipos de la KGB que llegaban en bicicleta.

Karamezov saltaba como loco de contento. Mientras me arrastraban al vestuario para interrogarme de nuevo, seguía gritando el gol. No sé qué parte del físico le faltaba, por qué se desplazaba como una momia. Creo que no podía mover el cuello. Una especialidad de los nazis en Stalingrado era retorcerles el cogote a los heridos y los rusos habían aprendido la técnica: me pusieron sobre la camilla con la cabeza afuera y empezaron a darle vueltas como si fuera una tuerca. No te cuento lo que sigue porque es demasiado truculento. Buscalo en El cero y el infinito, de Koestler, y copialo de ahí. Yo no quiero acordarme. Los otros jugadores empezaron a mostrarles a los de la KGB la letra zeta que yo les había dibujado en las manos y los tipos pensaron que se trataba de una svástica, así que ahí nomás me empezaron a tratar de nazi y judío, todo junto. Mirá, me pegaron tanto que al rato me confesé trotskista, cómplice de Zinoviev y Bujarin, lo que quisieran escuchar. Karamezov no se animaba a contradecirlos, les pedía que no me arruinaran del todo para que pudiera jugar contra el Estrella Roja del Ejército. Les rogaba que no me rompieran las piernas, decía que si me mandaban a un instituto de reeducación tuvieran la gentileza revolucionaria de traerme prestado la tarde del partido.

Ya sabés: nada es para siempre. En el campo de concentración al que llamaban «instituto» los castigos eran duros, pero estaban más organizados, tenías

que darles un motivo para que te interrogaran. Al menos había fuego para calentarse y un poco de comida. De tanto en tanto se organizaban partidos entre disidentes extranjeros y soviéticos o entre anarquistas y desviacionistas. Simulaban que no había antisemitismo y como yo insistía en que era más argentino que el bife, me pusieron en un equipo al que llamaban Los imperdonables.

Gracias a Dios en esos días ocurrió la victoria soviética en Stalingrado. Los nazis empezaron a retroceder. Era tal la euforia y la alegría que todos, prisioneros y carceleros, festejamos juntos. Llegó la orden de separar a Los imperdonables, que éramos un revoltijo de ladrones, borrachines y gente venida de países bananeros. Eso me salvó. Nos devolvieron amontonados en un tren hasta un suburbio de Moscú y ahí empezó otra aventura.

Adiviná quiénes me estaban esperando en la estación. Sí, acertaste: Karamezov y Tarmanowsky, el arquero manco. Habían pasado seis meses y tenían que pelear el descenso en el último partido del campeonato. Querían que así como estaba, abollado, con veinte kilos menos, me pusiera la camiseta del Dínamo y los salvara del desastre.

¿Cómo podía decirles que no?

LEJOS DEL BARRIO

Sabía que me ibas a traer literatura rusa, estaba seguro, pero lo que más te agradezco es el dulce de membrillo. ¡Qué panzada me voy a dar! Decime, ¿de dónde lo sacaste? De Chez Fauchon, claro... Ganaste la lotería o te estás patinando por anticipado los derechos de autor de mis memorias. ¡Atorrante! Te llevás el cincuenta por ciento, pero el cuentito lo pongo yo, el que vivió estas historias es este cuerpo que ahora arrastran las enfermeras en una silla de ruedas. ¿Ya arreglaste con alguna editorial? Elegí bien, guarda con los ladrones, no vayas a lo de Willy Sonchável Lerrus que es el editor más tacaño del mundo, menos a lo de Henri Piquete que te afana hasta el encendedor. No aceptes más de cinco años de contrato ni les regales derechos de cine o de tele, acordate lo que le pasó al pobre Dostoyevski...

¿Dónde quedamos el otro día? Ah, sí, el día que me sacaron del campo de reeducación y al llegar a Moscú me esperaban Karamezov, el entrenador del Dínamo, y Tarmanowsky, el arquero manco. Tenían que jugar el último partido del campeonato con el Estrella Roja, el club del ejército, y si no ganaban se iban al descenso. Imagínate: me dijeron que en una de esas en el estadio iba a estar el Padrecito Stalin en persona, el Hombre de Hierro, heredero de Lenin, conductor del proletariado internacional, mariscal de mariscales, victorioso en Stalingrado. Aunque todos los jugadores eran lisiados de guerra había que hacer un buen partido porque si el tipo se ponía de mal humor con un solo gesto te despachaba a los Urales a romper piedras con los dientes.

El problema era que nadie sabía si el camarada era hinchado del Dínamo o del Estrella Roja, así que no había manera de hacer trampa dejándose ganar. En ese

tiempo, la obra de Dostoyevski estaba prohibida en toda la URSS por pesimista y descreída, mal ejemplo para el proletariado. Eso lo sabías, ¿no? Por eso me trajiste Crimen y castigo. Hubiera preferido El jugador porque también yo dejé mucho en la ruleta. ¿Sabías que Dostoyevski tiene un monumento en el casino de Baden Baden? Perdió tanto plata ahí que los alemanes le hicieron un monumento... Bueno, como te contaba, no me preguntaron si quería jugar, me subieron de prepo a un coche en el que esperaban Socha y Volpo, los tipos de la KGB que me habían dado las primeras palizas. Seguían pensando que yo era el judío de apellido Levy, como decían los documentos que me habían dado en París. Yo ya había aprendido algo de ruso e insistía en que era argentino, descendiente de gallegos, pero enseguida me di cuenta de que eso tampoco me servía porque Socha sonrió y dijo: «Más vale que no, todavía estamos esperando la carne».

No entendí lo que quería decirme. Tampoco podía sospechar lo que me esperaba. «Por qué me habré alejado del barrio», pensé. En el estadio me tuvieron cuatro días encerrado comiendo papas y porotos hervidos, entrenando con los mutilados de guerra. Yo casi era uno de ellos. Tenía una rajadura en la frente que cada vez que cabeceaba me dejaba loco. Una costilla fisurada por una patada que me habían dado en el campo de concentración por lavar mal las cacerolas, así que ni pensar en parar la pelota con el pecho. Las piernas me funcionaban más o menos bien y esa era una gran ventaja respecto de mis compañeros. Tenía que pensar cómo darle los pases a cada uno según sus carencias: al wing derecho le faltaba el ojo izquierdo, de manera que no vería nada que le tirara para ese lado. El centrojás llevaba un corsé en el cuello y no podía cabecear ni mirar a los costados. El insider izquierdo, ya te conté, era rengo y apenas se desplazaba a los saltos. En cambio, el wing era un gurrumín medio sordo a causa de una granada que cayó en su trinchera y tenía que manejarlo por señas. Tarmanowsky era manco, pero se defendía bastante bien. Me tranquilicé un poco cuando me dijeron que los del Estrella Roja estaban todavía más estropeados que nosotros porque venían del frente sur, donde los alemanes les tiraban con metralla, granadas y bombas

incendiarias. Me anticiparon que el arquero calzaba botas ortopédicas y que el back central sufría amnesia continua, es decir que ni siquiera sabía qué partido estaba jugando.

Nunca olvidaré a José Stalin. Bajó a la cancha antes del partido acompañado por Beria, el jefe de policía más temido de toda la historia. El francés Fouché fue un gran humanista comparado con él. Stalin esgrimía una sonrisa leve, de campesino rudo. Era petiso y hablaba bajo, como todos los noctámbulos. Nos dio la mano a todos, murmuró unas palabras imposibles de descifrar y se fue caminando sin escolta hacia el palco. ¡Quién hubiera dicho que se había bajado a toda la vieja guardia de la Revolución, hecho liquidar a cincuenta mil oficiales del ejército antes de entrar en guerra y mandado a matar a Trotski a su casa de México! De haber sabido eso yo habría estado seguro de que siempre simpatizaba con el equipo de la KGB.

Lo que fue el partido te lo voy a contar otro día. Las tribunas estaban repletas, llenas de banderas rojas y otras con los colores de los clubes, que también eran rojas. A mí me daba vergüenza caminar tan derecho y me inventé una renguera para no inclinar demasiado el partido. Igual tuve que hacer los goles porque aunque pateara despacio o apuntara lejos del arco, el guardameta de los zapatos ortopédicos se desparramaba al menor movimiento. Creo que visto sin el drama que tenía detrás, parecía un partido filmado por la troupe de Mack Sennett. En el momento que convertí de cabeza el tercer gol, el camarada Stalin se puso a aplaudir a los vencidos y toda la tribuna se puso de pie e hizo lo mismo. Ponete en mi lugar: tenía cagados los calzoncillos y me hacía pis encima, pero Karamezov me hacía señas de que me quedara tranquilo, que todo andaba bien.

Íbamos tres a dos con los tres goles míos pero por las dudas me tiré atrás, al área nuestra, y no bien tuve la oportunidad desvié un centro con la mano para que les dieran un penal. ¡Tonto de mí! Tarde me di cuenta de que en el palco Beria se agarraba la cabeza, que Socha y Volpo me gritaban «judío mercachifle» y cosas peores. Había un ominoso silencio en las gradas. El referí parecía Frankenstein de

tantas coseduras que llevaba en la cara y en las piernas. Mientras contaba los pasos advertí el odio y el asombro en la cara de Tarmanowsky: por fin me había reconocido, estaba seguro de que era yo quien le había roto la nariz cuando jugaba en la Juventus. «¡Argentino canalla!», me gritaba, «¡argentino degenerado!». Los insultos no me hacían ni fu ni fa, pero eso de «argentino» me sonaba a condena.

No sabés cómo atajó el penal. El del corsé en el cuello se lo tiró alto y al medio y Tarmanowsky cayéndose de culo alcanzó a levantar la pelota con el muñón; provocó uno de esos despelotes en el área chica en los que no sabés cómo te llamas ni quién es quién. Como pude me largué al bulto y de media tijera la tiré lejos, convencido de que más me valía que ganáramos el partido. Así fue: terminamos tres a dos. El Dínamo se salvó del descenso y Karamezov se nos desmayó de la emoción o del susto, qué sé yo.

Lo que siguió lo viví como un espejismo. Socha y Volpo entraron con policías de uniforme y me arrastraron hasta una camioneta que esperaba bajo la tribuna. Al rato llegó el manco Tarmanowsky, me escupió en la cara y se sentó junto al chofer. Dijo: «Es él; se llama Peregrino Fernández. Argentino y siniestro enemigo del pueblo». Al amanecer, un tribunal militar me condenó a ser ahorcado en la plaza de armas por sabotaje y alta traición.

Ahora andate que estoy agotado. Volvé otro día, traeme panqueques de dulce de leche, y te cuento por qué me comí ese garrón y cómo hice para zafar del patíbulo cuando tenía la soga al cuello.

EL AHORCADO HUYE

Mirame, si no fuera tan viejo se diría que soy un personaje de La montaña mágica, tosiendo como un tuberculoso y discutiendo de filosofía. Horrible, ¿no? ¿Cómo puede ser que el autor de esa barrabasada sea el mismo de La muerte en Venecia? Vaya a saber por qué es tan famoso todavía. Será por el Nobel que ganó o porque estuvo del lado correcto en la guerra y fue a parar a Estados Unidos justo cuando yo caía en Moscú. No es que me quiera comparar, yo no soy más que un tipo del fútbol que lee libros y mira películas. Un desconocido que cruza la plaza a lo lejos.

Te agradezco los panqueques de dulce de leche. Sos un campeón por las cosas que conseguís. Llevame abajo de aquellos árboles; desde ahí podemos junar si aparecen enfermeras o guardianes y comemos tranquilos. Siempre te quise preguntar si habías leído a Bret Harte, los Cuentos del Oeste... ¡No te imaginás cómo me impresionaron a los veinte años! Me parece que los descubrí antes de que Borges hiciera tanta alharaca. Leía un cuento por domingo, antes de salir a la cancha. ¡Ah, vos también lo leíste! Bárbaro, así me podés seguir mejor y vas a entender lo que me pasó en Moscú. Ya sé, querés que vaya al grano. Me disperso mucho y después te cuesta desgrabar y armar las historias.

¿Te cuento por qué un tribunal militar me mandó a la horca? ¿De qué me acusaba la ley de los soviets? De sabotaje a la Revolución, nada menos. No a mí como persona, sino como argentino. Yo no podía saber que todos los compatriotas que caían al país, salvo Victorio Codovilla que era el capo del Partido Comunista, iban derecho al calabozo. La Argentina fue el primer país del mundo en estafar a la URSS. Resulta que los rojos salieron a buscar comida porque la gente se les moría

de hambre, sobre todo la del Ejército Rojo de Trotski que peleaba contra la Guardia Blanca y los mercenarios que pasaban por la frontera de Polonia. Lenin amenazaba con extender la Revolución a Alemania y entonces nadie les quería vender ni una bolsa de papas. Mirá, mejor agarrá un libro de historia y sacá algo más de ahí, no quiero aparecer como un tipo que habla de lo que no sabe. Haceme quedar bien, ni muy bestia ni muy sabihondo.

La cosa es que perdidos por ahí, de puerto en puerto, los agentes soviéticos llegaron a Buenos Aires y se reunieron a solas con no sé qué funcionarios de alto nivel. Iban disfrazados como Rivadavia y Belgrano en Inglaterra. Eso mejor no lo pongas, porque a Rivadavia yo no lo puedo tragar... Por fin, una coima acá, otra allá, consiguieron no sé cuántos miles de toneladas de carne que debían ser enviadas inmediatamente a un puerto del Báltico. Solo que los argentinos no confiaban en la Revolución y querían cobrar por adelantado. Imaginate, pobres rusos parando en un hotelito de Constitución, comiendo en El Puchero Misterioso para ahorrar el mango, y estos se descuelgan con que si no ven la plata antes y en libras esterlinas, no hay negocio. En ese tiempo no podías agarrar el teléfono y llamar a Moscú. Ni los telegramas llegaban, pero se las arreglaron para mandar un mensaje en código Morse y pedir un depósito en Suiza. Debía ser un fangote porque los comunistas no tenían otro lugar donde comprar. Era la Argentina o nada, así que agarraron viaje, se dieron la mano con los funcionarios y esperaron a que la guita llegara a Zurich para salir corriendo, remontar el Paraná en un barquito y esfumarse por Paraguay a lomo de mula.

La cuestión es que la plata empezó a dar dividendos en Suiza y la carne nunca llegó a Rusia. No fue que se perdiera en el camino, sino que jamás la mandaron. Viveza criolla, ¿viste? Al tiempo, cansada de esperar y reclamar, la URSS dispuso declarar hostilidades simbólicas a la Argentina. La primera medida fue encarcelar a cuanto criollo pisara territorio comunista. Así fue que me encontré en el patíbulo, con las manos atadas, la soga al cuello y un verdugo grandote que me miraba con lástima profesional. Abajo, bien abrigadas, esperaban tres mujeres

que, supongo, iban a labrar el acta para algún ministerio. ¿Qué podía decir que me inmortalizara ante aquellos pocos testigos? No podía gritar «¡viva la patria!» porque era ella la que me condenaba. Además, temblaba como un pajarito y aunque en esos últimos minutos esperaba rebobinar la película de mi vida, la verdad es que no se me ocurría nada interesante. Traté de acordarme de algunos goles extraordinarios que había hecho y al fin, mientras el verdugo apretaba el nudo me puse a transmitirlos en voz alta, imitando a Fioravanti.

Fue entonces que el tipo me miró sorprendido, prendió la linterna y me la enfocó a la cara. «Qué — me dice en voz baja y acento porteño —, ¿vos también sos de allá?». Yo sudaba y tenía ganas de ir al baño, pero no era el momento. Murmuré: «Villa Crespo». Y él, bajando la cabeza: «Carajo, seguro que íbamos al mismo café». Resultó llamarse Fidel Romanowsky; de pibe le decían Cacho y después pasó a ser Igor. Era de padres rusos y en 1918, muy pibe, lo habían llevado a la que por sangre era su patria. Eso lo salvó de ir en cana como a los otros argentinos. «Se afanaron la guita y la carne», me dijo al oído. «Y a vos ¿de qué te acusan?». Empezaba a amanecer; sentí que Romanowsky tenía alma de suburbio y me tiré un lance: «De crimen pasional...» le dije llorando. «Me metía los cuernos y la maté...».

Al decir eso recordé El socio de Tennessee, de Bret Harte. El condenado a muerte habla a través del «vehemente estilo narrativo de un redactor del Pregón de Red Dog». Y si me da la memoria te recito lo que escribe: «El cronista omitió la belleza de aquella mañana estival, la armoniosa y bienhadada conjunción de tierra, el aire y el cielo, la vida rebosante de bosques y colinas así como el alborozado resurgimiento de la naturaleza, sus promesas y su innata serenidad, ya que todo esto no formaba parte de la lección social. Y sin embargo, cuando el acto mezquino y absurdo tocó a su fin y, cuando una vida con todas sus posibilidades y responsabilidades se desprendió de aquella cosa deformada que se balanceaba entre el cielo y la tierra, los pájaros cantaban, las flores se abrían lozanas y el sol resplandecía con la misma alegría de siempre».

Yo sentí eso y más, pero Romanowsky me dijo en voz baja que me iba a soltar las manos. Que un instante antes de que la trampa se abriese bajo mis pies, me agarrara de la soga y sobre todo que no gritara, que los ahorcados no gritan. Me preguntó si existía todavía el baldío de la calle Humboldt, donde jugaba a la pelota de chico y agregó que me quedara tranquilo, que iba a sacarme del apuro.

Todo salió bien: le debo la vida a Cacho o Igor, el ruso de Villa Crespo. Años después lo acusaron de conspiración y lo colgaron en el mismo patio de armas. Pero aquel amanecer me acomodó en una bolsa de arpillera mientras las mujeres del ministerio iban a buscar un carro tirado por caballos. No te imaginás lo deprimente que es un funeral con caballos. Me acordé del pobre Mozart, de César Vallejo y de Arolas acuchillado en la Place Blanche. Solo que no tenía un amigo que me acompañara como al socio de Tennessee, ni siquiera un perro que trotara detrás del carro.

En los suburbios rompí la bolsa y aproveché que el conductor no iba armado. Salté, salí corriendo entre los árboles y me colé en un tranvía tan rápido como la vez que escapé de los nazis en el estadio de París. Deambulé, fui de un puerto a otro y supe de un barco que salía con armas para Inglaterra. Pensé en Graham Greene, en Somerset Maugham y en el polizone del Arturo Gormon Pym, de Poe. No creo que te haga gracia saber cómo pude ocultarme en la bodega. Eso no lo quiero contar, no insistas.

Nunca más volví a Rusia... O mejor dicho, sí: una vez, como guitarrista de Perón. Así me llamaba el general: «mi mejor guitarrista». Eran los años de exilio en Madrid: salíamos de gira por Europa, él discursaba cualquier cosa caliente y yo traducía lo que se me daba la gana. Fueron buenos tiempos, ya te voy a contar.

EL ORO DEL PRÍNCIPE

Mírenme: voy vestido todo de blanco; traje blanco de hilo, sombrero blanco, zapatos blancos de Italia; llevo una sonrisa blanca y un blanco cigarrillo atrás de la oreja. Voy por la Via del Tritone y arrastro chicas de labios rojos que se me cuelgan de las mangas. Vengo de los siniestros campos de Stalin, hago goles de nuevo, soy un héroe de la Italia Imperial. Hasta el Duce habla de mí. Mientras camino todo vestido de blanco ululan las sirenas y pasan aviones arañando los techos. Alrededor de mí, ruinas, polvo blanco: el mundo parece irreal.

El domingo pasado, un raro día de calma, me topé con una multitud seria, silenciosa, que estaba cagando en la vereda. Los fascistas habían cerrado las lujosas confiterías de Via Veneto para suministrar a los rebeldes la ración semanal de aceite de ricino. Los milicianos del Duce ríen: al rato las barrigas se derriten y antes del estallido abren las puertas para que la gente haga en las alcantarillas. Prolijamente. Agachados con los blancos culos volcados sobre la calle. Ríos de vergüenza bajan hacia la Fontana di Trevi, circulan por Piazza Colonna. ¿Te acordás del personaje de Amarcord? Volvía a su casa con los pantalones hediondos por la purga y la espalda llagada por los azotes. Yo estaba ahí, en el pueblo, en la película. A ver si te acordás: soy el que pasa todo el tiempo en moto, nunca se me ve el rostro, soy un recuerdo de Fellini. Cómo no: somos músicas que quedan en los otros.

Te voy a ordenar un poco los apuntes. Al llegar a Londres en el carguero soviético, salí en busca de Graham Greene con el pretexto de llevarle los saludos de su amigo Camus. En los picados que hacían en el patio del Foreign Office, Greene jugaba de cinco: reflexivo, obsesionado por la fe y la religión. Ya voy a volver a él porque en un entrevero casi me rompe una pierna. En verdad nos vimos una sola

vez, medio en secreto, porque quería darme un mensaje en clave para un tipo de la resistencia italiana. «Vos no tenés pasta para la guerra — me dijo —, mejor andate a un lugar donde no caigan bombas y ese lugar es el Vaticano. Alquilate un bulín bien cerca y si seguís metiendo goles la vas a pasar bárbaro».

Sabias palabras. Pero existía un problema: los campeonatos estaban oficialmente suspendidos. Las palabras «club» y «sport» habían sido prohibidas por venir de Inglaterra y reemplazados por «squadra» y «stadio». El Duce y el papa Pío XII, coronado el año treinta y nueve, habían autorizado una copa alternativa, medio trucha, con plata en negro, en la que jugaban todos los acomodados del régimen y los vagos de media Europa. El Vaticano ponía obispos y cardenales para que hicieran de árbitros. Si se podía se jugaba y si no, no. En general los partidos se hacían en terrenos de la Iglesia para que los fieles no se dispersaran y se pasaran a la guerrilla. Antes de empezar los partidos se rezaba un Padre nuestro o un Avemaría; el referí, que iba de sotana, nos bendecía a todos, mostraba hostias amarillas y rojas y los fotógrafos del régimen tomaban fotos de la multitud orando. Las agencias de prensa y los noticieros de cine las difundían en los países del Eje como propaganda de guerra.

Gramsci, condenado a veinte años de cárcel, ya había muerto; el socialista Matteotti, asesinado; miles y miles de opositores se pudrían adentro y nosotros meta pelotazos, como si no pasara nada. Digo «meta pelotazos» porque de gambetas y pases cortos ni la menor idea. Un príncipe florentino lleno de guita que jugaba en el equipo de San Pietro venía acomodado porque su mujer se acostaba religiosamente con un obispo del Véneto. Era tan careta que exigía el puesto de goleador, como si eso existiera, y para que no molestara le dijimos que fuera a pararse en la raya del área rival. Naturalmente la regla del orsai se había derogado porque complicaba mucho a los curas y a los que nunca habían pisado una cancha. En el primer partido, al ver que yo me gambeteaba tres, cuatro troncos en un solo movimiento, el príncipe me ofreció su amistad y el menudeo de las mercaderías que trabajaba de contrabando. Imaginate: en Italia no había nada para morfar y el

tipo caía vestido de uniforme real, el sombrero cubierto de plumas como esos bersaglieri que todavía ves en Roma, sonriente y repartiendo caramelos suizos.

A poco de empezar el torneo advirtió que nadie más que yo estaba en condiciones de darle pases de esos como puestos con la mano. ¡Si los otros eran tan malos como él...! Entre tanto yo me cansaba de hacer goles, enseguida me convertí en el ídolo de Italia, en la estrella de un campeonato que no figuraba en ningún diario, que todos comentaban y nunca existió. Me agarra un día a la salida de la capilla y me invita a subir a la Masserati: «Póngame la pelota delante del pie derecho y lo cubro de oro», me dice. En la gaveta del auto llevaba de todo menos preservativos. Tenía chocolates, encendedores de plato, camembert francés, salchichas alemanas y en el baúl una pila de botellas de Fanta, que era la bebida creada por los nazis para reemplazar a las gaseosas de Coca-Cola. Me convidó una que sacó de un cajoncito lleno de hielo y me propuso un arreglo: por el primer pase me daba el traje blanco de hilo con el que me veías al principio del relato; por el segundo, el sombrero y los zapatos y si lo sacaba goleador del campeonato me entregaba diez lingotes de oro.

Pucha, nunca estuve tan cerca de convertirme en un bacán. Ya sé, te reís porque te estás acordando del franchute que me llevó al Racing de París y me ofreció una fortuna por convertir cinco goles. ¿Qué esperabas? ¿Qué dijera que no? Debía cinco semanas de alquiler en la pensión.

Acepté. Me dije que el oro me permitiría costearme hasta Casablanca, tentarlo a Rick y conseguir un pasaje para la Argentina. El inconveniente era que el príncipe no lograba pegarle a la pelota ni que se la pusieras arriba de un montículo. Había que entrenarlo, darle clases magistrales. Estaba convencido de que yo era Mozart y él Salieri. Solo que nunca había tocado el piano. Ni una pelota. Quedamos en que me mandaría a buscar cada vez con una chica distinta y maravillosa y yo le enseñaría fútbol en la explanada de su castillo. Cómo explicarte: tirado como andaba, sin pilchas, sin compañía, sin una lira en el bolsillo, yo estaba como el loco

de Amarcord, me subía a un árbol y gritaba «Voglio una donna!». «Voglio una donna!».

Y por fin la dama pasaba a buscarme a la tardecita, me dejaba en Villa Borghese y a las noches, con los viáticos del príncipe huíamos al mar del lado de Ostia. Quiero decir: lo dañino del fascismo es que logra que los imbéciles se crean muy piolas. Cuanto más idiota es un tipo, más orgulloso lo pone el fascismo. Hay obras por todas partes, inauguraciones, banderas, curas, fútbol y mucho silencio. Te tranquiliza no tener que pensar, terminás esclavo de un príncipe fante.

Perdoname la digresión. No pongas nada de política en el libro a ver si se nos malogra. Lo que importa ahora es que el primer día en el castillo el príncipe se apareció vestido de sportman: pantalón hasta la rodilla, musculosa negra, zapatones de boxeador. Dio las hurras como si en el lugar lo esperara una multitud. Le acomodé muchas pelotas en fila, pegadas una a la otra a no más de cinco metros de la pared. Dibujé un círculo grande para que le apuntara y pensé que así iba a pifiar menos. Al principio era un desastre, como poner a Borges de marcador central. Y sin embargo, mirá vos cómo es la vida, el príncipe hizo carrera en el fútbol. Triunfó a la caída de Mussolini. Se pasó a tiempo a la Resistencia y jugó como seis años en la squadra de la Roma. Era especialista en rebotes y tiros libres, ya te voy a contar. Entonces me di cuenta que cuando colgara los botines podría ganarme la vida currando como entrenador.

Alcanzame un vasito de oporto, ¿querés? Antes de que te vayas te voy a contar el partido que jugamos, el príncipe y yo, bajo la mirada del Santo Padre que seguía el partido desde el balcón de las bendiciones. Querés creer que le puse una pelota impecable, oronda al pie, y la bestia le dio de lleno por primera vez, la calzó como Bernabé Ferreyra, como Batistuta, rompió la red y le arrancó limpito el bonete al Papa. ¿Te reís? Hacés bien, es la anécdota que más divertía a De Gaulle, al mariscal Tito y a otros tipos a los que visitábamos en secreto con el general Perón. El líder les hablaba de la sinarquía y de las estrategias del socialismo nacional y yo

traducía el cuento del Papa sacudido por el pelotazo. Le atribuía la hazaña al general y allá donde nos presentábamos lo pasábamos bomba.

VIAJES CON EL GENERAL

Ya sé, querés que te hable de las giras que hicimos con el general Perón en los años sesenta cuando los dos parecíamos acabados y sin retorno. Ya es hora de que te cuente alguna de las aventuras que corrimos y que te confíese que nunca le fui leal ni le hice justicia. Yo era demasiado zurdo y había leído mucho a Martínez Estrada como para creer que Perón tenía intenciones revolucionarias. Sin embargo, el día en que lo conocí quedé fascinado por el desparpajo con que manejaba la chantada criolla y el arte de la seducción. A un tipo como este, me dije aquella mañana, lo pueden echar de la cancha una y diez veces, pero siempre va a volver.

Yo había llegado a Madrid con el Benfica de Portugal, como técnico, y en la semifinal de la Copa de Campeones el Real nos metió cinco pepas. Te imaginás que ahí nomás me rajaron, me dieron un cheque por lo que me debían pero me avisaron que no podía volver con el equipo a Lisboa porque corría peligro de muerte. Para mí fue un alivio porque ya no creía en lo que estaba haciendo y para divertirme inventaba tonterías, ponía dos zagueros en línea y siete mastodontes patrullando el mediocampo; usaba pizarrones y daba charlas sobre los libros que los delanteros tenían que leer durante la semana para sentirse más seguros al pisar el área. Les enseñé Pessoa completo y los inicié en Macedonio Fernández y paradójicamente eso nos fue alejando del arco contrario. Por fin, en Madrid me dieron el olivo de mala manera y al volver al hotel me encontré con un mensaje urgente del médico de Perón para que a la mañana siguiente me presentara en Puerta de Hierro.

Todavía López Rega no se había instalado en la casa. Isabelita era joven, estaba bastante fuerte, pero se lo pasaba rezando y gritándoles a los perros. El General me recibió de traje en su escritorio y él mismo se puso a cebar el mate.

Antes de que amaneciera ya me había contado un montón de chistes, me embaucaba con que necesitaba un estratega de izquierda que dominara varios idiomas y me propuso que me quedara a su lado hasta que me llamaran de un club con prestigio de Italia o España. «¿Qué vamos a hacer todo el día juntos, General?», le pregunté. «Jugar al truco, caminar; si estima que mi cuerpo aguanta me enseña a patear y a cabecear. Usted sabe, eso va a impresionar mucho a los muchachos que vienen a verme desde Buenos Aires». Imagínate, no sabía qué decirle: «Mire que yo nunca fui muy peronista que digamos», argumenté, y me contestó: «Tampoco yo; ahora estoy en otra cosa, en algo grande, estoy pensando la Argentina del año dos mil».

Lo que quería, me contó, era abrirse, salir a ver el planeta nuevo y bullicioso. Contagiarse del fuego revolucionario que corría por el Tercer Mundo y también por el Primero. «Quiero ir al África y a Dinamarca, a Rusia y a Irlanda, necesito un tipo inteligente y desinteresado que me sirva de traductor y confidente. Creo que usted es mi hombre». «Pero ¿por qué yo?», le pregunté. «Porque usted sabe cómo hay que pararse en una cancha, porque usted estuvo cerca del gol y conoce lo que es hacerlos y malograrlos. Por eso».

Citaba mal a Séneca y a Clausewitz, pero era un as jugando al truco y contando anécdotas. Pasamos las tardes pateando una pelota en el jardín, ensuciando la ropa que Isabelita colgaba a secar, rompiendo plantas, riendo como tontos. El General recibía miles de cartas de sindicalistas, empresarios y farabutes de toda especie. Muchos venían a verlo a la quinta de Madrid, le contaban una gansada, hablaban mal de otro peronista y se sacaban fotos sonrientes. A veces el lugar parecía un nido de serpientes y no creo que Perón pudiera confiar en gente como esa. Isabelita era la única Cenicienta. Por eso López Rega la atrapó a ella, le daba masajes en los pies y le hacía rezar a dioses extraños. Pero eso lo sabe todo el mundo así que no lo pongas en el libro. En ese tiempo gobernaba Arturo Illia y Perón le desconfiaba mucho porque el viejo no era militar. No se puede hacer la guerra contra un civil que encima tiene cara de abuelo bondadoso. Por eso, a la

espera de que Onganía llegara al poder, el General decidió que tenía que salir a enseñarle su doctrina al resto del mundo y de paso aprender un poco de los guerrilleros cubanos y congoleños que parecían destinados a la victoria.

Un día me avisó que hiciera la valija, que salíamos a predicar la doctrina justicialista por los lugares más calientes del mundo. Así fue que lo acompañé en barcos y avionetas a disertar contra la sinarquía internacional por Nigeria, Gabón y las selvas del Congo Belga un poco antes de que mataran a Patrice Lumumba, allá por el sesenta y uno. El General sufría mucho el calor y el viaje al África se le hizo cuesta arriba. Allá se acostumbraba a discutir de política después de medianoche y él se acostaba y se levantaba temprano como los gallos.

Este es un aspecto del General que siempre permaneció en la penumbra: ¿era o no hinchado de Racing? «Sería una torpeza admitirlo, me pondría en contra a todas las otras hinchadas, imagínese», me contestó la noche en que discutimos la vinculación entre fútbol y política. Era la noche previa a nuestro primer partido en tierras desconocidas. Los belgas tenían un equipo muy fuerte que acababa de ganar la Copa Internacional Colonialista contra los otros rapiñadores del África: Holanda, Francia, España, Portugal, Alemania, Inglaterra y no me acuerdo qué otro país. Al llegar a Brazzaville nos enteramos de que Patrice Lumumba, nacionalista de izquierda, líder de los independentistas, tambaleaba como miembro del gobierno de Joseph Kasavubu y que solo un gran acontecimiento popular lo podía salvar. El General se preguntaba qué podíamos hacer solos como estábamos, para darle una mano y congratiamos con otros líderes de la región. Le propuse: «¿Qué tal si desafiamos a los campeones belgas a un cara de perro? Si ganan Lumumba se va y si ganamos nosotros ellos retiran las últimas tropas y dejan sin apoyo a Kasavubu. Naturalmente, usted como argentino va a ser el árbitro y los puede joder».

Andábamos por lo que ahora es el Zaire en una vieja moto con sidecar. Lo dejé al General durmiendo la siesta en una choza a orillas del lago Tanganica y con un coronelucho de nombre Jean Claude Ngaza me fui a Kinshasa a verlo a Lumumba. Nada fácil, el tipo era una leyenda viviente, héroe de la independencia,

ejemplo para los jóvenes revolucionarios de todo el mundo y nosotros golpeando a su puerta para proponerle un partido de fútbol. A los guardias y secretarios del palacio les expliqué en francés que veníamos de otro continente pobre, lejano y expoliado para buscar consejo y aportar la experiencia del general Perón, líder de los trabajadores y enemigo mortal del imperialismo.

Al principio se sorprendieron porque tenían el nombre del General asociado al fascismo tardío, pero al cabo de un par de horas de explicaciones, marchas y contramarchas en las que estuve a punto de caer preso ahí mismo, logré convencerlos de que a él le había ocurrido en 1955 lo que estaba a punto de ocurrirle a Lumumba en ese preciso momento. Las fuerzas de la reacción y el colonialismo internacional lo habían volteado. Y para que no les quedara duda de nuestra identidad ideológica les canté, traducida y bien entonada, la Marcha Peronista en la parte donde dice «combatiendo al capital».

Los convencí o se apiadaron de mí, no sé. Lumumba nos recibió de pie en uniforme verde selva, con una sonrisa que invitaba a ser breve y claro. Le dije: «Mi General sugiere derrotar por goleada a los belgas, dar el batacazo en la prensa mundial». «Y cómo, si no tengo jugadores», argumentó. Le dije que yo podía seleccionarle un equipo defensivo que golpeará de contraataque y le expuse mis pergaminos de juventud. Todavía puedo tirar pases de treinta metros, arriesgué. El General aparecerá como árbitro neutral pero nos garantizará al menos tres jugadas de gol. Después se trata de aguantar metidos abajo del arco. «Usted es blanco, ¿cómo podría jugar para nosotros?». Me pinto, les dije, «me pinto con un corcho como los cantantes de jazz en los tiempos de Faulkner».

Se largó a reír. «Mire, a mí me van a matar pronto, de modo que puedo arriesgarlo todo. Incluso atacar mientras se juega el partido al traidor de Katanga que será mi asesino. Moise Tshombe, se llama. ¿Qué necesita?». «Probar a la tropa», pedí. «Conseguir veinte o treinta pelotas de fútbol, poner a los guerrilleros en calzoncillos y verlos jugar. Hasta hace unos meses yo era el entrenador del Benfica, señor». Eso lo impresionó. Llamó a un secretario y le dijo que se pusiera a mi

disposición. «Ahora quiero hablar con su general. Con el hombre que condujo a la victoria a los trabajadores de la Argentina. ¿Dónde tiene su cuartel?».

Imaginate, no podía decirle que estaba durmiendo la siesta en una choza tranquila. Hice una cita para la noche en un campamento secreto y salí en la moto a toda máquina. Tenía que conseguir un uniforme de combate para que luciera el General, algo que lo hiciera parecer el líder de una revolución. Mientras me apropiaba de uno en un suburbio de Konanga me di cuenta de que estábamos metiéndonos en problemas. Pero ya estábamos embarcados, mucho antes de que lo hiciera el Che Guevara en esos mismos arrabales. Me dije: el General se bancó los bombardeos de Plaza de Mayo y después se escondió vergonzosamente en una cañonera paraguaya. ¿Qué actitud tomará ahora?

Con esa incertidumbre en el alma entré a la choza.

Allí estaba, tomando mate y jugando a la perinola con dos negros altos y huesudos. «Venga, Míster», me dijo, «tradúzcales las veinte verdades de nuestra doctrina a ver si se entusiasman y consiguen carne para un asadito». Cuando le dije que tenía que vestirse de guerrillero y prepararse para conocer a Lumumba, me dio la sensación de que había metido la pata. Qué cagada, pensé, y ahora qué hago, de qué me disfrazo. Andá, escribí esta parte y en la próxima te la sigo. Te vas a llevar una sorpresa.

EL ALMA DEL GUERRERO

¿Trajiste el pan dulce? ¡Grande, sos un maestro! ¿Español o argentino? Bueno, qué importa de dónde venga, acá en Francia no hay, ni lo conocen. Para las fiestas el gobierno nos manda libros, videos, equipos multimedia, pero lo que los viejos necesitamos son mejores anteojos... Pasa que en el geriátrico la rotación es muy rápida, no alcanzás a confesarte que ya salís por la puerta de atrás en el sobretodo de madera. Mirá, cortá el pan dulce que te voy a leer una carta de Conrad a su amigo Edward Garnett: «Tiene razón en su crítica de mi novela. La estructura es mala. Es mala porque la decidí conscientemente y yo no tengo ningún discernimiento artístico. Cuando las cosas se escriben a sí mismas, me gustan. Hallan una forma propia y son tolerables. Pero cuando yo quiero escribir, cuando intento a sabiendas escribir y construir, entonces aparece mi ignorancia y la calidad de mi inteligencia, mezquina y obnubilada, se revela ante la mirada escandalizada de mi padre literario. Siempre he dicho que soy una especie de impostor inspirado».

¿Qué tal? ¿Falsa modestia? ¿Extrañeza ante su propio genio? El creador de lord Jim, del capitán Kurtz, del Negro del Narciso, solo podía escribir escondido de sí mismo. En el momento en que intervenía «a sabiendas», se jodía. Con esto quiero decirte que no quiero correr ese riesgo. Mis memorias serán breves, pequeñas historias mías y de otros; interrogaciones y blasfemias. ¿Qué otra cosa puedo hacer ahora que estoy en tiempo de descuento? Mirarme para adentro, buscarme, eso es todo.

Hoy me encuentro en el Congo, viviendo o soñando aquel viaje con el General. Entro en la choza a orillas del lago Tanganica y me lo encuentro de traje y

corbata sentado en el camastro, jugando a la perinola con unos soldados africanos como los que se ven en las películas, armados hasta las orejas. No sé cómo hacía pero les había ganado todo lo que llevaban: brazaletes, collares, granadas, morteros. Se reía sin ofender, ese era uno de sus secretos. También Conrad tenía pasión por el juego, solo que no era hombre de suerte. En Montecarlo intentó suicidarse a la salida del casino; no sabía que pronto iba a cambiar de idioma, que se convertiría en uno de los más grandiosos escritores ingleses. Se lo comenté al General, delante de aquellos desplumados que tenía enfrente, pero no sabía quién era, no tenía afición para las lecturas que no fueran de estrategia.

Le dije que Patrice Lumumba nos esperaba esa noche para una cumbre entre libertadores de pueblos y se desconcertó un poco: «Che, no me meta en líos ajenos que ya tengo bastante con Vandor y Frondizi. Vine a conocer el África, no a que me fusilen por tonto». Intenté tranquilizarlo: se trataba de que vistiera uniforme de guerrillero por un día y luego, para dirigir el partido de fútbol, prometí que le conseguiría unos pantaloncitos cortos. No parecía muy convencido pero ya no podía dar marcha atrás. Lo ayudé a calzarse la ropa de combate y como no tenía espejo para mirarse anduvo un rato nervioso, paseándose por la choza. Al caer la noche lo ayudé a subir al sidecar. El coronel Ngaza se apretó a su lado y nos condujo por senderos oscuros hasta un campamento al que llegamos cerca de medianoche. El General dormitaba con el gorro calzado hasta las patillas y de tanto en tanto se despertaba sobresaltado levantando los brazos como si estuviera en el balcón de la Rosada.

No voy a extenderme en los detalles de la recepción. Todos los milicos, de derecha o de izquierda, del Primer Mundo o del Tercero, saludan igual, gritan igual, se paran igual de tiesos y dicen las mismas tonterías antes de entrar en tema. Traduciendo, yo retocaba las frases del General y al ver que Lumumba llevaba un gato colorado en brazos, atenué el entusiasmo del líder por perros y caballos. Lumumba nos invitó a pasar a su carpa mientras empezaba a garuar. Sobre la mesa había un mapa de la zona y, pinchado a un pizarrón, un mapamundi con alfileres

rojos indicaba los lugares en los que despertaban movimientos de liberación. Al ver señalada la Argentina, me corrió un frío por la espalda: ¿Interpretaría el General que la Revolución Libertadora era juzgada progresista por Lumumba? ¿O se trataba de un reconocimiento a la Resistencia Peronista? Le pregunté en francés al coronel Ngaza y me sorprendió que mencionara la presencia de una guerrilla en los cerros de Salta. «Es mi gente», intervino el General enseguida. «Muchachos que tienen ahí territorio liberado. También para darle una mano a Castro mandé a un tal Guevara a Cuba; le dicen El Che, no sé si lo ubican».

Era mentiroso pero rápido. Al rato Lumumba había entrado en confianza: «¿Y qué lo trae por estas tierras, mi general?», preguntó. «Quiero aprender, ver con mis propios ojos la derrota del colonialismo. Me espera una tarea igual». Lumumba se recostó en su silla de paja: «¿Le parece que con un partido de fútbol podemos distraer a los belgas? ¿Lo dice en serio?». Perón se refregó los ojos, contento de haber caído bien: «Les armamos un despelote bárbaro. Acá mi asistente le puede contar». Me señalaba a mí: dije que había que lanzar el desafío por las radios clandestinas y proponer un referí neutral, en lo posible sudamericano. Luego, el General se presentaría como un turista que pasa de casualidad por el lugar. No podía fallar. Ahí nomás, Lumumba le ordenó al coronel Ngaza que redactara una carta de desafío formal y diera aviso a las emisoras rebeldes.

Esto que te estoy contando ocurre en un tiempo y un lugar tan remotos que ni siquiera habían llegado la tele y las FM y los lectores de hoy se verán en figurillas para recurrir a las enciclopedias y remontarse a Lumumba, Moise Tshombe y los otros. En aquellos años el colonialismo necesitaba ocupar el territorio con soldados y eso era lo que entusiasmaba al General: las cosas eran blancas o negras, sólidas y tangibles, no había software, Internet, ni tarjetas de crédito. Justamente, llevábamos algunos cheques de viajero y un puñado de dólares atados a las vergüenzas. A veces cavábamos pozos para enterrar la plata y marcábamos el lugar con un sistema de señales que el General conocía de sus tiempos de montañista. Éramos frugales y llegado el momento de comprar un silbato para dirigir el partido y

alquilar a dos gallegos para que hicieran de líneas nos dolió tener que poner la plata de nuestros flacos bolsillos.

De aquella aventura africana, que terminó en desastre para nosotros, recuerdo sobre todo la pinta del General vestido en uniforme de combate. Todos le hacían la venia y le contaban sus cuitas y él, chocho, los escuchaba aunque no entendiera nada de lo que decían. Si se veía en apuros me llamaba para que oficiara de intérprete. Detestaba a los borrachos y en aquel campamento corrían damajuanas de vino de Argelia. Te confieso que yo mismo, una noche cerrada en que Lumumba hizo cantar la Internacional, me agarré una curda de aquellas. El General, indignado por la presencia de banderas rojas, me llamó y me dio orden de que saliéramos al patio y entonáramos Los Muchachos Peronistas. Por fortuna los africanos atribuyeron el gesto al alcohol y hasta nos acompañaron con palmas y toques de tambor. Yo cantaba cualquier cosa porque nunca me supe la marchita de memoria; de pronto el General advirtió que lo mío era el repertorio de Carlitos Gardel y me susurró al oído: «Mejor rajemos, che, que acá no hay ambiente». Lumumba festejaba y aplaudía, tal vez consciente de que a los pocos días lo iban a asesinar. «Igualito que a Dorrego», comentó el General al regresar a Madrid.

El partido se jugó en ausencia de todo testigo creíble. Yo me estaba haciendo viejo, pero igual me embadurné el cuerpo con pomada negra y jugué de diez, pescando rebotes. Los belgas eran ágiles como liebres y los gallegos que contratamos como jueces de línea de inmediato se nos pusieron en contra. Para narrar el final necesitaríamos el talento de Conrad. Antes de contarte el partido y la sangre que corrió aquella tarde, te leo un párrafo de El alma del guerrero. Copiá, dale: «¿Hay alguna cosa que no seas capaz de imaginar? —dijo él, sobriamente—: El mundo entero está en ti».

11.

LA MISIÓN

Antes de empezar el partido el General se acercó al coronel Ngaza y lo amonestó ostensiblemente, como si el otro se le hubiera insolentado. En el momento me sorprendió, pero después lo puse en la cuenta de alguna de sus insondables estrategias. Le pegó un reto en cocoliche, agregando alguna palabra en alemán para que sonara más contundente. Después miró el reloj, levantó el brazo derecho y pitó el comienzo con la seguridad del que ha dirigido fútbol toda su vida.

Un tipo al que le decían Sancocho me dio la pelota y al pararla sentí que me dolía hasta el huesito dulce. Hacía mucho que no jugaba en serio, de modo que la tiré atrás para que se hiciera cargo alguien más joven que yo. Un belga fornido, entusiasta, tuvo la mala idea de correrla y nuestro seis, un tal Kurachi, demoró el rechazo para ir al choque, lo abarajó con el puntín de la derecha y le dio un puñetazo en la cabeza. El General se hizo el oso e hizo seguir como si se tratara de un choque accidental así que salimos jugando por la derecha, con el lateral lanzado como un cohete. Yo trataba de esconderme para cuidar el físico, imagínate que ya había pasado los cincuenta pirulos y no me quería desgarrar a los cinco minutos de juego.

El General empezó como uno de esos referís que sacan partidos, pero después nos empezó a sorprender. Yo esperaba que nos diera un penal, pero lo que hacía era cobrar pequeños tiros libres que nos iban acercando al arco rival sin que se notara. De pronto el siete nuestro, de nombre Mempere, cabeceó un tiro libre mío al estilo de un Boyé y casi rompe el travesaño. Ahí y por la media hora siguiente, los belgas empezaron a cuidarse. Cada vez que salían les metíamos un contraataque y como el General hacía de cuenta que el orsai no existía, las cosas se

les empezaron a poner difíciles. Creo que los africanos no dejaban de pensar en la arenga que les dio Patrice Lumumba antes de salir para la cancha: ordenó queuviéramos entretenidos a los colonialistas para facilitarle el golpe de comando que había planeado.

La táctica del General, me parece, apuntaba a la distracción. Nos estuvo retando todo el tiempo, tratándonos como a basuras, amonestándonos y hubo un momento en que paró el partido, llamó a los capitanes y citó ese párrafo de Borges sobre la inexistencia histórica del continente africano. Naturalmente, se ganó el aplauso de los jugadores belgas, pero al ratito nomás les anuló un gol con el falso pretexto de que el nueve había pedido la pelota dentro del área. Eso dio pretexto a una larga discusión filológica porque entre ellos había algunos que hablaban en francés y otros en holandés mientras los nuestros se gritoneaban en tutsi y no sé qué otro idioma que sonaba como latas maltratadas. Yo me maldecía por no haber conducido mejor a los muchachos del Benfica y así haberme evitado la amistad con el General y sus veleidades de conductor de masas. Lo cierto es que los belgas empezaron a darnos un baile considerable y los centrales de nuestra defensa no tenían más remedio que revolear la pelota para cualquier parte.

Hubo un momento dramático poco antes de terminar el primer tiempo: el once de ellos recibió la pelota solo, con nuestro arquero caído, y yo, en la desesperación, me le tiré encima con las piernas en plancha, única manera de impedir el gol. Naturalmente, el General pitó penal mientras cruzaba las manos por encima de su cabeza. Nunca había visto ese gesto en una cancha y creí que se trataba de un estilo propio del líder. Los belgas festejaban la sanción y uno de ellos, me parece recordar que un ocho petiso y fornido, acomodó la pelota en la marca de los once metros. De pronto, el General descruzó los brazos, se dirigió al shoteador y gritó «¡Penal, pero penal indirecto!».

Nos quedamos pasmados. «Última disposición de la FIFA: si en la jugada el arquero está caído hay que cobrar penal indirecto», informó el General. Los belgas lo miraban como a uno de esos locos que andan por la calle hablando solos. «¿Y eso

qué es?», preguntó el capitán, exaltado. «Tienen que tocar la pelota dos hombres para que el gol sea válido». «¿De tan cerca, sin defensores adelante?», se asombró un back que se corrió a curiosear. «Así es. Más fácil, imposible». En verdad, no entendí qué buscaba, no supe si improvisaba para ganar tiempo o si se proponía reinventar las reglas del fútbol. Puso la pelota sobre la marca que había hecho con un pie y llamó a los belgas para que se hicieran cargo. Al lado del ocho se puso el cuatro, un rubio de cachetes colorados y antes de hacer nada se volvieron a mirarlo. El General cruzó de nuevo las manos sobre la cabeza y dio un pitazo corto para ordenar la ejecución. Ahí nomás el cuatro se la tocó cortita al ocho que casi rompe la red del chumbazo que tiró. Ya salían corriendo a festejar cuando el General pitó de nuevo y empezó a mover los brazos para indicar que todo quedaba anulado.

Se le fueron al humo. Uno de los belgas lo pechó y casi lo voltea. Por la cara que puso el General me di cuenta de que esa prepotencia lo sacaba de quicio: «Posición adelantada, ¡orsai grande como una casa!», gritó y apuntó un dedo para el otro campo mientras devolvía el pechazo y empezaba a provocarlos: «¡Manga de ignorantes, en el penal indirecto la pelota se juega para adelante, en eso está la ventaja!». Nuestro arquero trataba de apartar a los blancos que se querían comer crudo al referí y el tal Sancocho tuvo la pésima idea de citar a Franz Fanon, el pensador anticolonialista que hacía furor en la época. Por un momento también yo pensé que el General había cambiado, que se había convertido al socialismo más combativo y me interpose para defenderlo de los que querían atropellarlo.

A esa altura, un teniente coronel belga entró corriendo a la cancha y empezó a insolentarse en holandés. El General le relojeó el grado y sin más vueltas se quitó la chaqueta negra. Abajo llevaba una camiseta Argentina de la AFA con charreteras de general de caballería. Se las señaló y empezó a gritar: «¡Firme, carajo! ¡Silencio, carajo!», hasta que el otro se quedó duro, echando espuma por la boca. «¡Juan Domingo Perón, general rebelde del Ejército Argentino, general honorario del Ejército Paraguayo, oficial instructor de las Naciones Unidas...! ¡Firmes, carajo!». Por las dudas yo traduje al inglés sin el carajeo y me ofrecí a colaborar para que

pudieran entenderse en esa insólita Torre de Babel. «¡Traduzca, recluta!», me ordenó y se lanzó a perorar sobre reglas del fútbol y el arte de la guerra antisubversiva. Empezó diciendo que un penal directo era cosa de maricones y anticipó que para probarlo en el segundo tiempo cobraría uno a favor de los negros. Se manifestaba tan racista para con los africanos que los belgas quedaron desconcertados. «Ya vieron, señores, que un atrevido salió a citar a Fanon... ¿a quién no hubiera citado si yo le daba un penal a la raza blanca? ¿A Althusser? ¿A Mao? ¿Al propio Marx? La guerra imperial se conduce con maneras de caballero y golpes de bestia, eso es más viejo que mear contra los portones». Algo así dijo. Los otros escuchaban atónitos y la lección duró hasta el instante en que algo explotó a lo lejos y pudimos ver el reflejo de las llamas en el cielo. Lumumba acababa de atacar donde tenía que atacar y nuestra misión estaba cumplida.

Los belgas se enteraron por el sistema de radio que acababan de perder uno de sus cuarteles. Pocos días después empezaba la guerra civil en la que asesinaron a Lumumba y nosotros salimos del Congo disfrazados de curas en un trencito de trocha angosta. No hubo segundo tiempo. El General se fue de la cancha expulsado por los colonialistas y repudiado por los africanos que no entendían su talento estratégico. Al regresar a Madrid lo esperaba una delegación de sindicalistas y políticos peronistas. Unos querían derrocar a Frondizi y otros lo defendían. Al fin pidieron el arbitraje del General. «No se apresuren, muchachos, los partidos duran noventa minutos y antes de patear el tablero hay que pensarlo bien, medir los pro y los contra». Se puso de pie, me pidió que trajera la pelota y los invitó a salir al jardín. «Juéguense un partidito, que yo lo voy a dirigir; el que gane tendrá la razón». A los diez minutos de juego los participantes, de trajes y camperas, ya tenían la lengua afuera. Entonces el General cruzó los brazos sobre su cabeza y cobró el primer penal indirecto a favor de los sindicalistas. Nadie le protestó.

A la mañana siguiente, mientras yo preparaba mi valija para ir a entrenar a los Coyotes de Texas, me dijo: «Vea, no hay que dejar que la gente crea que alguien

le impone una opinión. Tienen que pensar que se han salido con la suya. Eso es lo que aprendí en el Congo».

ESCRITOR EJEMPLAR

El final de la guerra me sorprendió en París jugando para el Red Star. Esta vez me dieron unos documentos falsos a nombre de un tal Jean Dubois, un colaboracionista que la Resistencia había liquidado en Brest por mostrarse demasiado amable con los alemanes. Yo ya me había comido los garrones de la Italia fascista y el stalinismo en la URSS y suponía que no iba a tener más problemas de ese tipo porque en la Francia ocupada las cosas estaban bastante tranquilas. De tanto en tanto algún bombardeo intimidatorio de la aviación inglesa, pero nada del otro mundo comparado con lo que pasaba en Londres o en el frente ruso.

Imaginate, que una noche voy al teatro con mi novia a ver el estreno de Las Moscas, de Sartre. Yo llevaba un documento insospechable de judaísmo, comunismo o mestizaje y andaba con una mina bárbara, lo que no probaba nada pero hacía difícil que pudieran acusarme de pederasta. Así que nos sentamos alegremente en la fila seis a la espera de alguna súbita manifestación de repudio a los nazis o que estos se indignasen con la pieza y se llevaran presos al autor y a los actores. En fin, que fuimos a ver un escándalo, tan frívola nos parecía esa guerra sin tiros en la que Francia batía récords de asistencia a cines y teatros, récords de ventas de libros, récords de entradas a espectáculos y cabarés.

El teatro estaba lleno de oficiales alemanes en uniforme de gala, entorchados de svásticas. Nosotros esperábamos una batahola y a medida que la obra avanzaba y el propio Sartre se revolvía en su butaca de la última fila, pensábamos en el odioso recibimiento que mereció el Nabuco de Verdi, en el pobre Oscar Wilde y en el Marqués de Sade pudriéndose en la cárcel, en el Dante exiliado en Rávena, en

Alejandro Dumas y Victor Hugo prófugos en Bruselas y así de seguido. Queríamos presenciar con nuestros propios ojos un acontecimiento que pasaría a la historia: el sacrificio de un artista rebelde.

No me vas a creer: cae el telón y los oficiales nazis empiezan a aplaudir. Se ponen de pie y se rompen las manos de tanto aplaudir. Y los actores, chochos, que llamaban al autor a que suba al escenario. El teatro entero ovacionaba y el gran Jean Paul Sartre hacía gestos de agradecimiento, se plegaba en dos, saludaba como si no viera los uniformes.

¡Qué desilusión! ¡Qué compleja es el alma de los hombres...! Estuve dos partidos sin hacer goles, mirá. Ya vivíamos juntos Mirelli y yo, en una chambre de bonne, que es como una casilla de perro pero más chiquita y sin letrina. Todo estaba racionado y había que rebuscárselas en el mercado negro. Sobraba la plata porque no había en qué gastarla como no fueran libros o espectáculos. Te podría contar mil historias; si elijo esa secuencia de Sartre es porque después de la liberación lo vi en las barricadas literarias juzgando a delatores y a oportunistas en lo que llamaban «depuración de intelectuales». Hubo un puñado de tipos que pagaron por todos. Drieu la Rochelle, el de El fuego fatuo, se suicidó; al editor Denoel lo mataron de un balazo en plena calle; Louis Ferdinand Céline, uno de los pocos genios de este siglo, se escapó a campo traviesa hasta que lo agarraron en Dinamarca y lo metieron en cana en un sótano junto al actor Robert Le Vigan y al gato que llevaban con ellos.

El que la ligó en serio por tantos escritores indignos fue Robert Brasillach, uno de los grandes poetas de aquel tiempo, el favorito del general De Gaulle. Un tribunal lo condenó a muerte por colaborar con el enemigo, pero a casi todos los escritores, derechos o traidores, la sentencia les pareció exagerada. Una cosa es un escarmiento, pensaban, otra que te manden al paredón. Al fin y al cabo, salvo el poeta René Char y los tipos del periódico Le Canard Enchaîné, que entraron en la Resistencia el mismo día que los nazis ocuparon París, quien más quien menos había vivido, convivido o franeleado con los alemanes. De modo que publicaron

solicitadas con las firmas de izquierdistas y reaccionarios y designaron una comisión para que pidiera una audiencia a De Gaulle. Iban a solicitarle clemencia.

De Gaulle les concedió veinte minutos. Un secretario de Estado aconsejó a la delegación que aprovechara el tiempo al máximo. Que argumentara de manera elocuente, clara y emotiva dado que se trataba del escritor preferido del General. De modo que se sentaron frente al jefe de la Resistencia y se explayaron sobre las contradicciones entre el talento y las debilidades del alma, le hablaron del intachable pasado pretérito del autor de *Como el tiempo pasa*; lo conmovieron con una apología de una poética que superaba las flaquezas humanas del autor y concluyeron con un alegato sobre el lugar que ocuparía la obra de Brasillach en la Francia eterna.

Al cumplirse el plazo de veinte minutos, De Gaulle se puso de pie con gesto solemne y sostuvo: «Señores: a escritor ejemplar, castigo ejemplar». No se pronunció una palabra más y a la madrugada Brasillach enfrentó el pelotón de fusilamiento. Dos directores de periódicos fueron despenados también, decenas de cagatintas condenados a trabajos forzados y todos los diarios que habían circulado bajo la ocupación, confiscados. Una nueva prensa nació con la Liberación, una prensa que tuvo como emblema la revista *Combat*, de Albert Camus. Ahora te hablo de mí, aunque nunca dejé de hacerlo: esos regocijos populares me tentaron a terminar mi carrera en el fascinante París de la posguerra. El fútbol no es muy popular acá, pero a la fascinación por los debates políticos se sumaron en mi vida otros encantos tardíos: muchachitas rientes y floridas, camaradas de causas perdidas, amigos de la noche, filósofos siempre equivocados.

Ahora, en este geriátrico impoluto, hago la cuenta sin remordimientos: ciento setenta goles en siete países, pocos de penal; unas cuantas veces en cana por meterme donde nadie me llamaba. Jugué en todas partes: estadios, potreros, castillos, avenidas de doble mano, buques y hasta en un Hércules que volaba clandestino con armas para Cuba. Hice plata y la derroché. Vi el mundo agonizar y renacer. Vi la derrota nazi y se me vino encima el Muro de Berlín. Yo estaba ahí. Te

lo cuento sin nostalgia. Al escribir, cuidame. Son mis memorias; no quiero aparecer como un viejo gruñón que idealiza sus años juveniles. Andate con esta cita de Sartre que tengo subrayada en El idiota de la familia:

«El lenguaje del locutor se disuelve inmediatamente en el alma del que oye; queda un esquema conceptual y verbal a la vez, que preside a la reconstitución y a la comprensión. Esta será tanto más profunda cuando la restitución palabra por palabra sea más inexacta».

Ahora andá. La próxima vez no te olvides de traerme unos cigarros cubanos. Cuando te vas enciendo uno y medito sobre la eterna y cruel inexactitud de la palabra.

ALGUNAS LECCIONES

Esos habanos que me trajiste me recuerdan los días de esplendor cuando todavía creía que lo mejor estaba por llegar, ¿sabés? Es muy raro que una persona de talento admita que debe trabajar para pulirlo. Hay que ser muy grande para seguir aprendiendo porque creés saberlo todo. Te cuento esto para que en mis memorias figure la pura verdad: yo nunca fui un jugador habilidoso como Orteguita o como Romario, pero creía en los maestros como en Dios mismo.

Aunque te parezca mentira mi primer gran tutor fue un arquero. Un tipo como yo, que nació para el gol, me hice de la mano del que fue el mejor arquero que tuvo Boca en aquellos tiempos: Américo Tessorieri. Te hablo de cuando yo era muy pibe, allá por el veintipico. Nadie escapa de su infancia. A mí me quedan imágenes difusas y una foto que llevo en la cabeza: Tessorieri, flaquísimo, alto, desgarrado, de pie bajo el arco.

Quiero decir, el arco de él, a su espalda, para que yo entienda cómo se siente el guardavalla en los momentos de incendio. Es como estar delante de una vidriera y tratar de impedir que los forajidos lo rompan a hondazos. Al comprender el mundo del arquero supe dónde estaba su fragilidad. Y en qué momentos podía ser invencible. Sabía explicarse, Tessorieri; me ponía una mano en el hombro y hablaba bajo, con tono de poesía escolar. Fijate: me acaban de mandar una narración suya del veinticuatro, el año en que atajaba en Boca y en la Selección; si alguna vez tu hijo te dice que quiere ser arquero leésla.

Habla Américo Tessorieri: «Yo no he aprendido de nadie; cuanto realizo en el arco es experiencia, estudio, cálculos, horas perdidas en trazar croquis de jugadas frente a la valla, de medir mis medios físicos, de pesarlos y comprobarlos, tras de lo

que adquiriría una enseñanza para la suma de conocimientos que exige la defensa del goal. En mi trabajo de guardavalla no se admira la elegancia ni esos rasgos genuinos que vienen a ser como el clasicismo del juego en dicho puesto. La forma en que llevan la pelota los forwards, la colocación de mis backs, por ejemplo, me brindan anticipadamente la trayectoria que seguirá la pelota a fin de que mis manos estén siempre listas para alcanzarla. El estado de ánimo de los míos o de los rivales es un anuncio que percibo admirablemente. No basta ver jugar. Hay que estar en los nervios y el corazón de los jugadores y prever las amenazas de catástrofe para el arco. A la observación de la mecánica del juego debe unirse cierta delicadeza para sentir lo que pasa por los jugadores para anticiparse al desconcierto inminente y salir del arco, entonces, duplicadas sus energías y atrapar la pelota en el aire y lanzarla lejos, como el fuego».

¿Qué te parece? Esto lo escribió en noviembre de 1924. Recuerdo que se había comprado un Ford descapotable en más de tres mil pesos de entonces. Así decía la gente, pero la verdad es que yo siempre lo vi andar a pata. Me iba desde Villa Crespo hasta la calle Brandsen, golpeaba a la puerta y salía la vieja. Tesorieri estaba en el fondo tomando mate y haciendo croquis. «Vos que querés ser goleador, mirá esto — me decía y señalaba la hoja de cuaderno —: Acá viene el centro y este back — apretaba el lápiz sobre un redondelito, al borde del área grande —, este back gilastrún pifia el rechazo y te cae a vos para la zurda... ¿manejá bien la zurda? — Yo asentía, parado a su lado —. A ver, ¿a dónde me pateás?».

«Abajo, acá», le decía yo y le señalaba un rincón que había dejado medio desguarnecido. «¿Con la pata de palo, ahí? No, pibe, no te sale». «¡Sí que me sale!», le porfiaba, y él: «Si la enganchás bien, este back —redondeaba otro puntito en la hoja — cruza y te la saca. Probá arriba, si tirás arriba a mí me tapa el back y no llego, ¿ves?», y me hacía el dibujito. Muchos años después Helenio Herrera y Osvaldo Zubeldía se hicieron famosos con algo parecido. Yo mismo tuve que currar con croquis y pizarrones en mis tiempos de técnico hasta que perdí seis partidos seguidos en Lisboa y me sacaron a patadas.

Al tiempo me tocó enfrentarlo. Me temblaban las rodillas, te aseguro, por más que me había cansado de hacer goles en las inferiores, al ver que el flaco Tesorieri, ya veterano y glorioso, se paraba sobre la raya de gol y saltaba para colgarse del travesaño, sentía que se me bajaban las medias. Al rato de empezar el partido pasó algo curioso: en un córner que el wing derecho pateó muy abierto bajé la pelota con un frentazo para que el diez nuestro la agarrara de volea y por un instante tuve la sensación de que Tesorieri se pasaba un poco en la salida. El diez fue a meter el chutazo y el Flaco, con toda naturalidad, volvió sobre sus pasos y se le arrojó a los pies. En el momento no supe por qué, pero me quedó una sensación extraña, algo me decía que mi maestro no era un arquero perfecto, que también él podía equivocarse.

En el segundo tiempo mi vanidad me hizo creer que no solo podía equivocarse, sino que no era tan bueno como decían. Le tiré de lejos y aunque venía fácil dio rebote. Boca nos dominaba y nos hizo dos goles de modo que yo no conseguía acercarme a él. El momento tan ansiado llegó cerca del final. No me importaba el resultado, quería hacerle un gol a Tesorieri y así demostrarle que ya lo sabía todo. Nos dieron un tiro libre a veinte metros y pedí que me dejaran a mí. En ese tiempo no se formaba barrera, eso era cosa de maricones. Todos se apartaban y dejaban al shoteador y al arquero frente a frente. Recordé aquella lección sobre la pata de palo y me dije que el Flaco, a su vez, tendría dificultad para interceptar con el brazo ortopédico. Usábamos metáforas así de tontas, inventadas por el periodismo. El otro día en un diario que me trajiste leí que un Fulano hizo un gol tras una «asistencia» de Mengano. Así hablan los gallegos, ¿no? Los jugadores ya no hacen pases sino «asistencias»...

Te decía que elegí mandar la pelota alta, a la izquierda de Tesorieri. No quiero vanagloriarme pero le pequé muy bien. Como Batistuta. Imaginé que el Flaco iba a volar para manotearlo, pero no, ni siquiera se movió. Dejó pasar el cañonazo acompañándolo con la mirada y salió como lanzado por un resorte hacia el medio del área. Ahí comprendí su maestría: en una fracción de segundo se dio

cuenta de que mi pelotazo iba a pegar en el travesaño y salió corriendo a disputar el rebote. Se anticipaba a lo que ocurriría, tenía un reloj y un croquis en la cabeza.

¿Leíste *El ángel del fútbol*, del danés Hans Jorgen Nielsen? Es una de las mejores novelas de fútbol y política que se hayan escrito. Tómala, me la devolvés la semana que viene. Fijate como cincuenta años después no está tan lejos de lo que decía el gran Tesorieri.

«Hay tres clases de futbolistas. Los que ven los espacios libres, los mismos que cualquier payaso ve desde la tribuna y los ves y te ponés contento y te sentís satisfecho cuando la pelota cae donde debe. Después están los que de pronto te hacen ver un espacio libre sin más, un espacio que vos mismo y quizá los otros podrían haber visto de haber observado atentamente. Esos te toman de sorpresa. Y luego hay aquellos que crean un nuevo espacio donde no debería haber habido ningún espacio».

«Esos son los profetas. Los poetas del juego».

